

ANA ÁLVAREZ

Secretos
entre
bambalinas



Selecta 

Secretos entre bambalinas

Ana Álvarez

Selecta

*Para Laura, mi hija,
en quien me he inspirado
para el personaje de Mar*

Capítulo 1

¡Hasta el moño!

Diario 8 de febrero

¡Estoy hasta el moño! Contigo, diario, tengo que ser sincera, más sincera incluso de lo que soy conmigo misma. Tengo una familia estupenda que me quiere: marido, hija, cuñada y suegra; una suegra que me quiere tanto que se presenta en mi casa casi a diario y hace de ella su propio hogar. Viene a comer o a cenar cuando le apetece y recurre a mí siempre que tiene un problema como si fuera su hija. No a su hijo ni a su hija, sino a mí. Me dice que soy la mejor, que como yo no le soluciona nadie los asuntos, y me halaga, pero... también sería un alivio que recurriera a otros de vez en cuando.

A veces siento que soy eso para todos, un solucionador de problemas. «Mamá», «Silvia», «cariño» son palabras que escucho justo antes de una petición, y no sé decir que no. Siempre entro al trapo. No sé cómo se las arreglarían sin mí, me necesitan en su día a día para cualquier cosa. Todos sin excepción. Y yo estoy cansada, agotada tras largas jornadas de trabajo en el banco, donde soy administrativa y, además, también allí, solucionador de problemas.

Como tengo la «suerte» de trabajar solo media jornada me toca también hacerlo todo en casa cuando llego. Mi marido tiene horario comercial y no dispone de tiempo para realizar tareas domésticas, o al menos eso dice. No me quejo, es un buen hombre, pero entiéndelo, diario, eres el único lugar donde puedo desahogarme y patalear. Bueno, también me desahogo con Lola, mi compañera de trabajo en el banco y amiga íntima. Pero con ella debo ser cautelosa, porque en cuanto me quejo un poquito me dice que los mande a todos a freír espárragos, que no me quieren, que abusan de mí. No es así, claro que me quieren, por eso confían en que me ocupe de todo lo que ellos no saben o no pueden hacer.

Pero hoy ya son las dos menos veinte de la madrugada, y acabo de soltar la plancha. Mi hija de dieciocho años tiene mañana una cena con amigas y me ha pedido que le planche un par de prendas para la ocasión. Ya he aprovechado para bajar el montón de ropa por planchar que tenía acumulada desde hace un par de días.

Ha sido una jornada agotadora, todos se han ido a la cama hace rato y yo, mientras todos duermen, aprovecho para escribir mis impresiones del día en el diario. Me relaja antes de conciliar el sueño, por muy cansada que esté, si no escribo, aunque sea unas líneas, no consigo dormir.

Mañana me espera otro día duro, uno más. Solo con echar un vistazo a la agenda, siento pánico. En el banco hay un marrón tremendo que el inútil de mi jefe no querrá solucionar sin mi ayuda, a pesar de que cobra cuatro veces más que yo. Cuando vuelva a casa la encontraré manga por hombro y tendré que ordenarla un día más, para que mi marido, al regresar, vuelva a desordenarlo todo. Le encanta sacar cosas que nunca se acuerda de volver a colocar en su sitio, empezar mil tareas que no acaba; tendré que discutir con mi hija para que se ponga a estudiar, pues sus calificaciones de la última evaluación no han sido todo lo buenas que deberían; mi suegra vendrá a comer o a merendar sin previo aviso y me tocará improvisar. También haré la comida para el día siguiente y, como es la tarde que mi sobrino, el hijo de Margarita, la hermana de Alfonso, tiene natación, me tocará ir a recogerlo, pues su madre trabaja por la tarde, traerlo a casa, bañarlo y dejarlo listo para cuando vengan a buscarlo. Cenado la mayoría de las veces porque el crío llega hambriento después del ejercicio.

Mi cuñada me preguntó si podía ocuparme, y como no sé decir que no, es otra obligación que me ha caído encima.

Me siento agotada, duermo una media de cuatro horas diarias desde hace meses, no sé cuándo fue la última vez que tuve vacaciones, pero vacaciones de verdad, de las que te lo ponen todo por delante. Creo que nunca, excepto algún fin de semana.

Tampoco recuerdo cuándo me senté a leer un libro por última vez, ocupación que me encanta y apenas realizo por falta de tiempo.

Sé que no debo quejarme, que tengo una vida estupenda, que mi familia se merece cualquier sacrificio que haga por ella; solo entre estas páginas me permito un desahogo, que mañana lamentaré porque en realidad no tengo motivo para sentirme así. Será el cansancio. Pero hoy, por esta noche, tengo que expresar lo que siento o voy a reventar. Los quiero mucho a todos, pero... ¡¡estoy hasta el moño!!

El reloj sonó a las siete, como cada día. Silvia lo apagó de un manotazo y se sentó en la cama del tirón. Si no se levantaba de inmediato corría el riesgo de volver a dormirse, lo que supondría un auténtico desastre. El cansancio se había convertido en parte de su ser, como si lo llevara adherido a la piel.

Se puso una bata y se dirigió a la cocina. Conectó la cafetera —que había dejado preparada la noche anterior—, exprimió naranjas para hacer zumo, cortó pan para las tostadas y al fin se metió en la ducha, antes de que nadie se le adelantara. Aquella mañana no podía permitirse llegar

tarde al banco, su jefe preguntaría por ella a primera hora, estaba segura.

Salió de la ducha, se secó el pelo, se maquilló ligeramente y fue a despertar a Mar mientras terminaba de preparar el desayuno.

Cuando su hija salió del baño, entró en el dormitorio para llamar a su marido.

—Despierta, Alfonso. Es la hora.

Nunca había conseguido que se despertase por sí mismo. Las alarmas, fueran del tipo que fueran, parecían rebotar en su sueño y jamás las oía.

Él abrió los ojos.

—¡No es posible que ya sea de día! Estoy muerto de sueño...

—Yo hace ya una hora que estoy levantada.

—Pero tú entras a trabajar antes que yo.

—Si fueras capaz de levantarte sin ayuda, te dejaría dormir más, pero ya sabes lo que sucede si no te despiertas antes de que me marche.

Que llegaría tarde al trabajo, eso sucedería.

Refunfuñando, Alfonso se incorporó en la cama.

Llevaban casados dieciocho años, desde que se quedara embarazada de Mar al poco de conocerse. Ambos habían decidido casarse a pesar de su juventud, estaban enamorados y tenían un trabajo con el que mantenerse; ninguno de los dos había dudado al respecto.

No se arrepentía, adoraba a su hija y también quería a su marido, aunque con los años él se había vuelto un poco gruñón. Pero era un buen hombre, algo machista, aunque eso lo había sido siempre.

Se reunieron a desayunar en la mesa de la cocina. Silvia terminó de forma apresurada, dejando a Mar y Alfonso aún comiendo, y se levantó dispuesta a marcharse.

—¿Ya te vas? —preguntó su marido.

—Sí, hoy es importante que llegue pronto al banco. Hay un asunto delicado que abordar.

—Mi importante mujercita —comentó con condescendencia—. ¿Qué sería del mundo sin ti?

—Se iría a pique, seguro. —«Igual que esta familia». Trató de bromear, aunque el comentario le molestó—. Me marchó. Cuando terminéis dejadlo todo en el lavavajillas, por favor.

Salió de la casa con el convencimiento de que no sería así, de que, como mucho, encontraría lo utilizado en el fregadero para que ella se ocupara a la vuelta. Con toda seguridad se les haría tarde y no les daría tiempo a cumplir su encargo. Ya estaba habituada; sin embargo, lo intentaba cada mañana. Quizá alguna vez lo consiguiera.

Condujo hasta el banco en medio de un tráfico terrible, que ralentizaba su marcha. El reloj avanzaba demasiado rápido y, a pesar de que había salido con mucha antelación, dudaba de que llegase antes de su hora al trabajo, como pretendía.

Entró en la oficina sin aliento, justo a la hora en que debía llegar. Lola la observó desde su mesa.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó sin ocultar su preocupación—. Estás muy pálida.

—Me ha pillado un tráfico tremendo y me he agobiado un poco.

—No llegas tarde.

—Pero quería estar aquí antes; ya sabes que Fermín me llamará en breve para encomendarme que lidie con el cliente del impago.

—Ya ha preguntado por ti dos veces, pero es él quien tiene que hacerlo, no tú. Es su cometido.

—Lo sé. Pero sabes que recurrirá a mí; lo hace siempre para que me ocupe de las situaciones incómodas, a él no se le dan bien.

—Pues va siendo hora de que aprenda, que para eso cobra mucho más que nosotras. A mí no se le ocurre pedírmelo.

—Tú tienes más carácter que yo.

El director de la sucursal salió de su despacho en aquel momento. Era un hombre rozando la cincuentena, de buen porte y pelo gris que le confería un aire elegante.

—¡Ya estás aquí, Silvia! Menos mal... ¿Puedes recibir tú al cliente y decirle que el plazo de pago se le agota y si no lo hace efectivo antes de que finalice se procederá al desahucio? Ven a mi despacho y decidimos la estrategia.

«Decidimos la estrategia, pero quien deberá enfrentar al pobre hombre que va a perder su casa soy yo».

Aquella mañana se sentía hastiada, al borde del agotamiento, del colapso nervioso. Lo último que necesitaba era ocuparse de aquel asunto.

El moroso llegó en poco rato. Iba cabizbajo y contrito. Fermín se excusó con una reunión inexistente y abandonó la sucursal, dejándola sola en el despacho para que diese la mala noticia. Lo más probable era que fuese a desayunar a la cafetería donde solía hacerlo.

El trago fue mucho peor de lo que esperaba. La situación del cliente era desesperada, y su empatía se disparó sin que pudiera evitarlo. Sin embargo, el banco era estricto en su reglamento y Fermín lo era mucho más. Las lágrimas le quemaban en la garganta, luchando por salir, mientras trataba de mantenerse firme, de comportarse como la hija de puta que le había tocado ser esa mañana. Tuvo que hacer oídos sordos a las súplicas, a las peticiones de aplazamiento y escudarse en que en su calidad de simple empleada no podía hacer nada por solucionar, ni siquiera aplazar, el problema.

Al fin la entrevista terminó. Desolada, vio salir al cliente del despacho, pero ella se sintió incapaz de abandonarlo y enfrentarse a sus compañeros.

Justo en aquel momento le vibró el móvil, que tenía silenciado, en el bolsillo del pantalón. Tentada estuvo de no responder, pero algo más fuerte que ella le impedía ignorar la llamada. El nombre de Leonor y la cara sonriente de su suegra ocupaban la pantalla.

—Sí, Leonor, dime —respondió tratando de recomponerse.

—Hola, Silvia, cariño.

La palabra cariño solía ir acompañada de alguna petición.

—¿Ocurre algo? —preguntó temiendo qué querría la madre de Alfonso. Desde luego no

avisarla de que cenaría con ellos, para eso ni se molestaría en llamar.

—No, solo te quiero pedir un pequeño favor... ¿Podrías esta tarde recogerme en la peluquería? Me han dado cita a las siete, y amenaza lluvia. Mañana tengo una excursión y no puedo permitir que la lluvia estropee mi peinado. Te aviso cuando me falte poco para terminar.

—Esta tarde tiene el niño natación, debo recogerlo y bañarlo, ya lo sabes. ¿Por qué no se lo pides a Alfonso? Puede recogerte cuando salga de trabajar.

—Ya sabes que cuando sale le gusta llegar a casa lo antes posible. Está muy cansado el pobre, todo el día de pie en la tienda.

—Pues coge un taxi, a mí me viene muy mal.

—No me gusta cómo conducen los taxistas, recuerda que una vez tuve un accidente con uno de ellos.

Años atrás —muchos años— el taxi en el que iba chocó con otro vehículo, accidente que se saldó con el susto y una leve contractura cervical, pero desde ese momento Leonor la había convertido a ella en su taxista particular.

—Puedes recoger al nene —continuó diciendo la mujer— y vienes por mí después, me llevas a casa y ya os vais vosotros para la tuya.

Eso implicaría correr mucho para que su sobrino estuviera bañado y cenado cuando su padre lo recogiese. Y su cuñada era muy estricta con los horarios del pequeño, le tocaría aguantar reproches si no lo lograba. Pero Leonor no se iba a dar por vencida, ya había decidido que la recogiese ella y no cejaría en su empeño.

—De acuerdo, así lo haremos —cedió cortando la llamada.

De repente fue como si el mundo entero le cayera encima, los sollozos la agitaron convulsionando todo su cuerpo y se dejó caer sobre la mesa golpeando la madera con los puños cerrados.

Lola entró de inmediato.

—¡Silvia! ¿Qué te pasa?

Era incapaz de decirlo. Incapaz también de dejar de llorar.

Su amiga se sentó a su lado, le cogió las manos, cuyos nudillos empezaban a mostrar las señales de los golpes.

—Cálmate. Ese mal nacido de Fermín no ha debido encomendarte esa mierda...

—No es solo eso, es... ¡Todo!

—Pues claro que es todo —reconoció su amiga—. Estás agotada, las ojeras te delatan por mucho maquillaje que uses para cubrirlas. ¿Cuánto has dormido esta noche?

—Unas cuatro horas.

—¿Y las noches anteriores?

—Más o menos lo mismo. No me da tiempo a hacer todo lo que tengo pendiente.

—Es que no tienes que hacerlo todo tú, ya te lo he dicho muchas veces. Obliga a tu familia a que haga su parte.

—Si Alfonso o Mar se ocupan de alguna tarea luego tengo que volver a hacerla yo porque no se les da bien.

Lola miró al techo para controlar su rabia. Nunca conseguiría que Silvia obligara a su marido y a su hija a compartir las tareas domésticas, aparte de las obligaciones que le echaban encima su suegra y su cuñada.

Fermín llegó en aquel momento.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha hecho algo el moroso?

—El moroso no le ha hecho nada —intervino Lola—. No se encuentra bien, ha sufrido un ataque de ansiedad y me la llevo al centro de salud.

—Pero...

—Sin peros, Fermín. Parte de lo que le sucede es culpa tuya; no has debido encargarle una tarea tan ingrata, que además no es de su competencia. Nos vamos al médico.

Lola recogió los abrigos y bolsos de ambas y salieron del banco.

—Ya me encuentro mejor —comentó cuando le dio en la cara el aire frío de la mañana.

—Ni se te ocurra volver. Te mereces una mañana libre. Vas a tomar una tila en algún bar y después nos vamos a Punta Umbría a dar un paseo por la playa, ya verás lo bien que te sienta.

—Suenan maravilloso. Pero ¿qué dirá Fermín si nos ausentamos toda la mañana?

—Que diga lo que le apetezca, no vas a volver hoy a trabajar. Estás al borde del colapso nervioso y, como sé que si te dejo sola vas a irte a tu casa a hacer tareas, no me separaré de ti en toda la mañana. Ya daré las explicaciones pertinentes. No nos va a despedir, somos demasiado valiosas, le salvamos el trasero demasiadas veces para que ni siquiera nos eche una bronca.

—De acuerdo. Me vendrá bien una mañana de asueto, y si es contigo mucho mejor. ¿Cuánto hace que no salimos las dos más que a desayunar en horario de trabajo?

—Desde que estás demasiado ocupada para hacerlo.

—Prometo buscar un hueco.

—Ya he oído eso antes, y más de una vez. No importa; hoy la mañana es nuestra.

—Gracias, Lola.

—No me las des, y disfruta sin ningún tipo de remordimiento.

Se sentaron en una cafetería lejos del banco y se tomaron, Silvia una infusión relajante y Lola un té, y después cogieron el coche y se dirigieron a la cercana localidad de Punta Umbría para dar un largo paseo por la arena.

Se descalzaron y disfrutaron de la frialdad de la misma bajo los pies, del aire salino en la cara y de la brisa fresca del día de febrero. No llovía aún, pero sin duda lo haría a lo largo de la jornada, como había pronosticado Leonor. Pero no quería pensar en ella en aquel momento, ni en las muchas tareas pendientes que la aguardaban en casa. Ni siquiera en su familia, solo deseaba pasear y sentir que el nudo que le oprimía el pecho se disolvía por un rato.

Se prometió a sí misma buscar algún tiempo para ella a lo largo de la semana. Lo conseguiría si supiera decir NO a las peticiones, si pudiera imponer su voluntad a la de los demás. No le

resultaría fácil, llevaba demasiado tiempo cediendo ante todo el mundo, pero lo intentaría.

Capítulo 2

Harta de todo

Diario 9 de febrero

Estoy harta de todo. Hoy he tenido un ataque de ansiedad y una crisis nerviosa en el trabajo, aunque no ha sido solo por asuntos laborales. Ese ha sido el detonante, pero creo que se ha tratado de la gota que ha hecho rebosar el vaso, que ya estaba muy lleno. Demasiado lleno, diría yo.

Lola acudió al rescate y me sacó de la oficina, aunque yo no quería. Nos fuimos a la playa y, a pesar de que hacía un frío de mil demonios, fue liberador. No recuerdo cuándo fue la última vez que dispuse de toda una mañana para mí, sin que nadie me pidiera nada, sin tener nada que hacer. Sí lo tenía, pero decidí olvidarlo por unas horas y limitarme a pasear, a charlar con mi amiga, a abrirle mi corazón y sacar de dentro toda la opresión que me ha estado agobiando los últimos días. O tal vez las últimas semanas. O los últimos meses. Hace mucho que me siento como si estuviera subida a un tiovivo que gira y gira sin cesar, del que no tengo control alguno. Y del que no me puedo bajar.

Lola me ha escuchado, no ofreciendo consejos como suele hacer, sino en silencio, dejando que hablara, que volcara todo lo que llevo callando y que solo dejo salir entre estas páginas. Hoy parecía más una terapeuta que una amiga y me ha venido bien. Me sentía liberada cuando nos despedimos a las tres para regresar cada una a su casa.

Y al llegar a la mía me ha golpeado la realidad de nuevo. Como imaginaba, los platos y tazas del desayuno estaban en la encimera, sucios y resecos. Tuve ganas de llorar, me he tragado las lágrimas mientras los enjuagaba y los metía en el lavavajillas.

Mar no almorzaría en casa, y Alfonso ha llegado quejándose, como siempre, de algún cliente con el que ha tenido un desencuentro. No me ha preguntado por mi mañana, ni se ha interesado por el motivo que me había hecho salir antes de casa. Se abrió una cerveza y se acomodó en el sofá a esperar que yo sirviera la comida.

Cuando nos hemos sentado a la mesa, he intentado entablar una conversación, contarle lo que

me ha sucedido y lo liberador que ha resultado mi paseo por la playa. Quería proponerle que nos fuéramos un fin de semana los dos solos a alguna parte, una escapada que no resultara muy costosa, pues tratamos de ahorrar para el año siguiente porque Mar comenzará sus estudios universitarios en Sevilla y eso supondrá una carga económica importante. Pero no me ha hecho ni puñetero caso. Cuando he sacado el tema de mi estallido ni se ha enterado, pues daban una noticia deportiva en la televisión y subió el volumen. Mi voz se perdió entre goles, fichajes y partidos de liga.

Sentí de nuevo ganas de llorar, pero me contuve. Terminé de comer y él se preparó para marcharse de nuevo al trabajo. Antes de que lo hiciera le sugerí que recogiese a su madre de la peluquería, pero se excusó con la retahíla de siempre: que llevaba un día duro, que estaba muy cansado, y que Leonor se siente más cómoda en el coche conmigo que con él.

Se largó sin darme opción a replicar. Me dediqué a ordenar la casa, a fregar el baño, a poner una lavadora y tenderla y al fin llegó el momento de recoger a mi sobrino de natación. Por suerte su padre lo llevaba y yo solo tenía que recogerlo. El crío es un encanto y está muy bien educado, pero no es mi hijo. No es mi obligación. Lo siento así, pero me cuesta decírselo a los demás.

El resto de la tarde ha sido caótico, carreras y más carreras, y cuando al fin he podido librarme de todas mis obligaciones, todos se habían acostado y yo estaba un día más, exhausta. Y al borde del derrumbamiento nervioso. No puedo seguir así, de modo, diario, que voy a dejar de escribir y tratar de hablar con mi marido y decirle cómo me siento.

Silvia cerró el diario y se preparó para acostarse. Mar hacía rato que se había retirado a su habitación, escuchaba el ordenador en el que estaría viendo alguna de las series que le gustaban.

Alfonso dormía —o fingía hacerlo— y se planteó dejar la conversación para otro momento. Luego recordó que él no dudaba en despertarla cuando tenía ganas de sexo, algo que cada vez sucedía de forma más esporádica y rutinaria. Tenía treinta y ocho años y el sexo se había convertido para ella en poco más que un intercambio de fluidos, que la mayoría de las veces ni le apetecía. Sin duda necesitaban un fin de semana a solas para reavivar la pasión, además de descanso.

Entró en la cama y le colocó la mano en el hombro con suavidad.

—Alfonso... —lo llamó en voz baja. Él se removió un poco. Volvió a insistir—. Alfonso...

—¿Qué quieres? —No había amabilidad en su voz—. Estoy cansado, no me apetece echar un polvo. Déjalo para el fin de semana.

—No quiero sexo, sino hablar.

—¿Hablar? ¿A estas horas? Estás loca... ¡Cómo se nota que solo trabajas media jornada!

Ni siquiera se había dado la vuelta para mirarla.

—Necesitamos un descanso, los dos. He pensado que podíamos ir un fin de semana a algún

sitio para descansar y desconectar... Coger un hotelito y perdernos un par de días.

—¿Un hotel? —gruñó medio dormido—. Tenemos que ahorrar para los estudios de la niña, por si lo has olvidado.

—Pero necesitamos descansar. Yo, al menos, lo necesito.

—Si tanta falta te hace pídele a mi tía la llave del piso que tiene en Málaga. En febrero no suelen ir. Eso sí lo podemos asumir. Además, ya sabes que a mí me gustan las comidas que tú haces, fuera de casa me cuesta encontrar algo que me agrade.

—Pero eso implicaría que tu madre vendría con nosotros, y seguramente Margarita y su familia también. —«Y yo seguiría cocinando y ocupándome de todo».

—El apartamento es de su hermana, es lógico que quiera venir. Nunca va a ningún sitio, la pobre.

—Tu madre hace a veces viajes con los jubilados. Pero yo quiero ir contigo, solos los dos.

—¡Venga, vale, tú ganas! Un polvete rápido y luego déjame dormir. ¿eh?

Se giró y buscó con la mano el borde del camión para levantarlo.

—¡Que no quiero sexo, joder!

No solía decir tacos, pero la situación la estaba sobrepasando.

—Pues entonces cállate de una vez y déjame descansar.

Se volvió dándole la espalda de nuevo. ¿Cuánto tiempo hacía que solo veía su espalda en la cama? Demasiado.

Hizo lo mismo, e intentó quedarse dormida, espalda contra espalda, pero no logró conciliar el sueño. A pesar del agotamiento permaneció con la vista perdida en la ventana que dejaba pasar la luz mortecina de una farola. Ni siquiera tenía ganas de llorar, se sentía vacía, muerta por dentro. Sin ilusiones y sin escapatoria.

Lola llegó al banco aquella mañana con bastante antelación. Fermín solía ser el primero y quería hablar con él a solas, antes de que llegara Silvia. Sin dilación, entró en el despacho de su jefe, cuya puerta estaba abierta siempre antes de que la sucursal recibiera al público.

—Me gustaría hablar contigo un momento —comentó.

—Claro. Siéntate.

Era un buen jefe, que en general se preocupaba por los empleados, solo que algo apocado cuando se trataba de afrontar situaciones complicadas.

—Vienes a reprocharme que ayer le encargara a Silvia la tarea que le provocó la crisis de ansiedad.

—Quiero hablar de ella, sí, pero no fue eso lo que la hizo estallar. Al menos, no solo eso.

—¿Qué le ocurre?

—Que necesita escapar de Huelva una temporada. Está al borde de una crisis nerviosa,

sobrepasada y exhausta. Ayer me la llevé a la playa a dar un paseo y estuvimos hablando un buen rato. Me preocupa mucho.

—¿Quieres que le adelante las vacaciones? No hay ningún problema, que me lo diga y lo arreglamos.

—Eso no solucionaría nada, lo que necesita es alejarse de su familia. Sola.

—Puede irse sola de vacaciones...

—No lo hará. Está convencida de que no sobrevivirían sin ella, de que es imprescindible, y nadie lo es.

—No entiendo qué es lo que quieres que haga yo. No puedo decirle cómo debe gestionar sus relaciones personales.

—Búscale un traslado temporal, no muy largo. A un lugar lo bastante alejado para que no pueda ir y venir en el día y no le des opción a negarse.

—Sabes que la política de desplazamientos no funciona así. Aunque en su contrato hay una cláusula que permitiría trasladarla, si ella no quiere, no puedo obligarla.

—No te digo que la traslades de forma definitiva, sino por un tiempo, y si ello implica un plus económico estoy segura de que lo aceptaría. Necesita dinero para afrontar una situación familiar.

—Eso sí podría hacerlo, si hubiera una vacante que cubrir en otro lugar de Andalucía. Pero sabes que no podemos prescindir de ella en la oficina.

—Vuelvo a decirte que nadie es imprescindible. Y corres el riesgo de tener que afrontar una larga baja por depresión, porque está al borde de la misma. Tú verás...

—¿Tan mal está?

—Lo de ayer solo fue un amago de lo que puede pasar. Yo me comprometo a realizar parte de sus tareas mientras esté fuera.

—Está bien, veré si encuentro algo que ofrecerle.

—Si quieres, yo me ocupo de buscar un puesto a su medida y mostrarte las opciones para que tú decidas. Si no lo consideras una intromisión en tus funciones.

—Te lo agradecería, ya sabes lo ocupado que estoy.

—Me pondré a ello hoy mismo, cuando termine mi tarea. No le digas que yo he tenido algo que ver con su traslado. Hazle creer que se trata de una necesidad del banco.

—De acuerdo. Pero no te hagas muchas ilusiones; no estoy seguro de que sea factible.

—Esperemos que sí lo sea.

Salió del despacho con aire satisfecho. Claro que sería factible, ya se encargaría ella. Si lo dejaba en manos de Fermín jamás se materializaría, conocía a su jefe y su manía de dejarlo todo para otro momento o en manos de sus empleados, pero si se lo daban hecho no se negaría, aunque solo fuera para no tenerla a ella dándole la lata con el tema.

Silvia estaba ya sentada en su puesto, con la cara demacrada que la caracterizaba las últimas semanas.

—¿Cómo estás? —le preguntó solícita.

—Bien.

—Eso no lo crees ni tú misma. ¿Otra noche sin dormir?

—Me cuesta conciliar el sueño a pesar del cansancio. Anoche... digamos que tuve una pequeña discusión con Alfonso.

—¿Qué ha hecho esta vez? ¿O qué no ha hecho?

—Más bien lo segundo. Le propuse que nos fuéramos un fin de semana los dos solos para desconectar y se negó en redondo. Es cierto que tratamos de ahorrar para los estudios de Mar, pero seguro que podríamos encontrar algo que nos podamos permitir. La alternativa que me ofreció era marcharnos al piso de su tía, con lo que se nos uniría toda su familia. Y no es eso lo que yo quiero.

—Pues díselo con claridad.

—Lo hice, pero... Mejor corramos un tupido velo sobre su respuesta.

—Si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Lola. No pasa nada.

—Como quieras.

Se sentó en su mesa y contempló a su amiga: los hombros tensos, el rictus de la boca crispado; nunca la había visto así. Aunque llevaba muchos años soportando la incompreensión de su familia, parecía a punto de romperse, mucho más allá del episodio de la mañana anterior. Dejó sus tareas pendientes para más tarde y se dedicó a buscar posibles destinos para su amiga, ya fuera para cubrir alguna baja o una colaboración. Cualquier cosa le valdría si conseguía sacar a Silvia del círculo vicioso en que estaba metida.

Contactó con el personal de otras sucursales, lo bastante lejos como para cubrir sus propósitos, y en un par de horas había localizado el puesto ideal: una baja por maternidad en una sucursal de Almería. A cuatro horas de distancia en coche y con un puesto algo superior al que desempeñaba en Huelva. Debía conseguir que Fermín diera el visto bueno y que Silvia aceptara dejar a su familia «abandonada» durante cuatro meses.

Acabó sus tareas para que Fermín no tuviera nada que reprocharle y, al final, de la mañana volvió a entrar en su despacho.

—Creo que he encontrado el traslado ideal para Silvia —anunció.

—Te has dado prisa. Supongo que has terminado tu trabajo antes.

—Por supuesto.

—Bien. Siéntate y dime.

—En Almería capital hay una chica a punto de coger una baja maternal. Su plaza aún no se ha cubierto porque requiere una serie de conocimientos específicos. Nadie en su oficina es capaz de realizar su trabajo, pero Silvia sí. Y además van cortos de personal.

—Almería está bastante lejos. ¿Crees que ella querría trasladarse allí?

—Supongo que no, pero aceptaría si el traslado fuera acompañado de un plus económico mientras dure. Solo serían cuatro meses y el dinero le vendría muy bien. Y si se resiste, ya me

encargo yo de convencerla.

—Está bien, miraré la posibilidad de ofrecerle el traslado y veré qué cantidad adicional podemos ofrecerle.

—No te demores o podrían cubrir la plaza.

—¡Lola, la que lo quiere todo para antes de ayer!

—También la que lo tiene todo para antes de ayer, cuando hace falta.

—Cierto. Te prometo que mañana tomaré una decisión.

—Gracias, Fermín.

—Gracias a ti por librarme de la tediosa tarea de buscar. Espero que sirva para que Silvia se recupere.

—Ya verás como sí.

Salió satisfecha del despacho y se acercó a su amiga.

—¿Hace una cerveza antes de ir a casa?

—No puedo. Tengo que freír patatas para el almuerzo. Si me retraso a Alfonso no le dará tiempo de comer antes de volver al trabajo.

Decir que Alfonso podría freírse sus propias patatas no serviría de nada. Que su marido tendría al almuerzo listo cuando ella llegara, tampoco. Silvia necesitaba alejarse de su familia y ocuparse solo de sí misma por un tiempo, y ella se lo iba a proporcionar.

Capítulo 3

Enfadada

Diario 10 de febrero

Estoy enfadada. Aunque la palabra enfado es muy suave para expresar lo que siento. La actitud de Alfonso la noche pasada me humilló, ese ofrecimiento a echarme un polvo para callarme fue ofensivo. Y más de lo que puedo tolerar sin mostrar mi descontento. Pero lo peor ha sido esta mañana, cuando se ha comportado como siempre, sin hacer ninguna mención a lo sucedido ni pedir disculpas. También ha ignorado mi petición de irnos un fin de semana a algún sitio.

Tal vez es porque ya no me desea y eso me lleva a preguntarme si lo deseo yo a él. No como al principio, después de diecinueve años la relación cambia, pero me gustaría reactivar la fogosidad que un día tuvimos. Nuestros encuentros sexuales de los últimos tiempos —años quizás— han sido bastante rutinarios, y creo que más producto de la costumbre que de otra cosa. Sé que es posible resucitar nuestra relación, pero para eso debemos quererlo los dos, porque no estoy dispuesta a revivir la escena de anoche. No volveré a consentir que me ofrezca un polvo como si fuera una limosna o como si pensara que con un poco de sexo —desganado— se solucionan nuestros problemas.

Me levanté y preparé el desayuno en silencio, para mostrar mi enojo, pero nadie pareció percibirlo, pues nadie me preguntó el motivo de mi inusual mutismo. Solo Mar me miraba más seria de lo habitual y se puso a comentar su salida con sus amigas, tal vez para cubrir el tenso silencio por mi parte.

Alfonso se limitaba a dar cuenta de su café, sus tostadas y su zumo recién exprimido —por mí— sin mencionar mi petición de irnos de fin de semana, como si esta nunca hubiera existido.

Terminé de desayunar y salí en dirección al banco sin siquiera despedirme, y sin recibir ningún comentario tampoco.

Lola debió notar mi enfado porque me preguntó cómo estaba, pero fui incapaz de darle detalles, es demasiado humillante para mí. Además, sé lo que me diría: que aguanto demasiado,

que le dé un escarmiento a mi marido, pero yo lo quiero a pesar de todo y no doy por perdido nuestro matrimonio.

Durante la tarde volví a mostrar mi enfado ante mi suegra, que se presentó a merendar y decidió quedarse también a cenar. Y, por supuesto, después me tocó a mí llevarla a casa, porque Alfonso estaba muy cansado y la idea de pedir un taxi ni se le pasó a nadie por la cabeza. Silvia, la taxista, estaba disponible, como siempre.

He llegado a casa después de dejar a Leonor en la suya y Alfonso estaba ya acostado, viendo una serie en el televisor del dormitorio. Me he desnudado sin que me mirara siquiera. Solo tengo treinta y ocho años y estoy, como diría mi madre, «de buen ver». Me mantengo delgada, me cuido, y mi piel, aunque ya no tiene la tersura de los dieciocho, no tiene arrugas, manchas ni estrías, mis senos se mantienen firmes. Y ni siquiera ha apartado la mirada de la pantalla mientras me cambiaba de ropa.

Debo constatar que él se conserva peor que yo, que las entradas se le han vuelto pronunciadas y en pocos años se convertirán en calvicie, que el sedentarismo le ha generado una incipiente «tripa cervecera», pero lo peor de todo no es el físico, sino que se ha vuelto gruñón con los años. E indolente.

Me entran ganas de acostarme desnuda para ver si se excita, y negarle sexo si lo pide, porque no me apetece acostarme con él estando tan enfadada. Pero he pensado que mejor lo dejo estar, que ni siquiera merece la pena.

He cogido el diario y he salido a la cocina, mi lugar favorito de la casa, para escribir un rato. Espero que esté dormido cuando regrese al dormitorio.

Silvia entró en el banco como cada mañana. Se había maquillado a conciencia para ocultar las ojeras. Estaba decidida a mostrarle al mundo la mujer que, sin ser una belleza, resultaba atractiva. A pesar de tener una hija mayor de edad, a pesar de estar pronta a cambiar de década.

Lola la observó con una sonrisa cuando entró.

—Hoy te ves mejor. ¿Has descansado?

—Maquillaje — dijo con un guiño — y amor propio.

—Pues Fermín me ha dicho que quiere verte en su despacho en cuanto llegaras.

Se le cayó el alma a los pies.

—¡Ay, Dios! ¿Qué marrón me va a endilgar ahora? ¿Tú sabes algo? —preguntó a su amiga. Esta se encogió de hombros, evasiva.

—Lo intuyo; pero mejor que te informe él.

Si Lola lo sabía y no la ponía en antecedentes, la cosa era seria. Le tocaría lidiar con algo muy desagradable, estaba segura.

—¡Vamos allá!

Se armó de valor y entró en el despacho.

—Buenos días, Fermín. ¿Querías verme?

—Sí, Silvia. Pasa, por favor, y cierra la puerta.

«Malo».

Se sentó sin que mediara invitación a hacerlo, tenían la suficiente confianza para no necesitar una indicación explícita.

—Tú dirás.

—Tengo que pedirte un favor. De hecho, no es cosa mía, sino del banco.

La cosa no hacía más que empeorar.

—Tenemos un problema en Almería.

—¿En Almería? —se extrañó—. ¿Qué clase de problema?

—Una chica se va de baja maternal y no podemos cubrir su puesto. No encontramos a nadie con el perfil adecuado.

—¿Y qué pretendes que haga yo? ¿Que busque personal para sustituirla? Eso excede mis competencias.

—No, lo que te estoy proponiendo es que lo cubras tú. Tienes la capacitación necesaria y encajarías a la perfección en el perfil requerido.

—¿Qué perfil? —«¿El de la tonta de la sucursal?»—. Solo soy una administrativa.

—Eres mucho más que eso, y lo sabes. Eres versátil, te adaptas a todo tipo de tareas, sabes llevar un equipo y hablas tres idiomas... Eres la persona perfecta para el puesto.

—Salvo por un pequeño detalle: vivo en Huelva. ¿O acaso lo has olvidado?

—Tendrías que trasladarte, claro, pero sería algo temporal, solo cuatro meses. Y conllevaría un plus económico.

—No te niego que me vendría bien un poco de dinero extra, pero no puedo irme, Fermín. Mi casa, mi familia está aquí. Alfonso tiene su trabajo, Mar sus estudios... y este es mi puesto.

—Cuatro meses, Silvia, solo cuatro meses. No pretendo que traslades a tu familia, pero seguro que puedes ausentarte por una breve temporada. ¿Qué te parece un veinte por ciento más de sueldo durante tu traslado?

—Eso me vendría de perlas, pero... No lo veo.

—No te cierres en banda, tómate un par de días para pensarlo.

—De acuerdo, aunque no creo que acepte. No dejéis de buscar quien cubra el puesto.

—Nadie podrá desempeñarlo como tú, estoy seguro.

—Tengo que consultarlo con la almohada. Y con mi marido, por supuesto.

—Claro. Pero necesito tu respuesta en un par de días.

—La tendrás.

Salió del despacho. La cara expectante de Lola le hizo acercarse.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

—Fermín me ha preguntado mi opinión antes de proponértelo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que eres la persona perfecta.

—Sabes que no puedo irme cuatro meses.

—¿Por qué no?

—¡Cómo voy a dejar a mi familia! ¿Tú lo harías?

—Por supuesto, si encajara en el perfil. Pero no me lo han propuesto a mí, sino a ti. Tu familia se las apañará, no es mucho tiempo. Piensa en la compensación económica y lo bien que os vendría para la universidad de Mar el año que viene.

El tema del dinero era una de sus preocupaciones, la hipoteca se llevaba un buen pellizco de los sueldos y Alfonso no ganaba mucho. Aunque los dos estaban dispuestos a sacrificarse por su hija. Ella tuvo que renunciar a la universidad por su embarazo, y no permitiría que Mar lo hiciera por el tema monetario.

—Eso si consigues terminar el curso y pasar la prueba de acceso.

—Lo hará, sabes que siempre se pone las pilas a final de curso. Por eso debéis contar con un colchón económico que os permita afrontar los gastos que conllevará tenerla estudiando fuera de Huelva.

—¿Y cómo se las va a apañar Alfonso? Ni siquiera es capaz de despertarse solo... mucho menos prepararse la comida, y de limpiar ni hablemos. Si me fuera me encontraría la casa hecha una pocilga a la vuelta.

—Pues con el dinero extra, pagas a alguien que haga una buena limpieza. Si no piensa limpiar será él quien viva en la inmundicia, no tú.

—Y Mar.

—Mar tiene dieciocho años. Seguro que tú limpiabas a esa edad.

—Por supuesto, buena era mi madre. Me casé solo un año mayor; pero eran otros tiempos...

—Si tu hija va a vivir sola el año que viene no le vendrá mal familiarizarse con el mantenimiento de su entorno, y no depender para todo de mamaíta. Hazla adulta antes de que se marche.

—Estás decidida a que me vaya, ¿verdad?

—Pienso que te vendrá bien, tanto a ti como a vuestra pareja. Seguro que una ausencia temporal revive la relación cuando os volváis a encontrar.

—¿Cómo sabes que mi relación con Alfonso no está en su mejor momento?

—Porque te quieres ir a pasar un fin de semana sola con él. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Hemos caído en la rutina, hace bastante que el sexo es esporádico y poco excitante.

—Pues piénsatelo, Silvia. No descartes la posibilidad de aceptar, bajo mi punto de vista tiene más ventajas que inconvenientes.

—Él no va a querer...

—Preséntaselo como algo irrevocable, que te viene impuesto y no puedes negarte. En nuestro

contrato hay una cláusula por la que nos pueden trasladar...

—Pero nosotras debemos estar de acuerdo.

—¿Y él lo sabe?

—No lo creo. Nunca se ha interesado por mis cosas hasta el punto de preguntar los detalles del contrato.

—En ese caso, muéstraselo como un traslado obligatorio... y temporal. Eso lo apaciguará.

—Lo pensaré. Fermín me ha dado un par de días.

—Hazlo. Y ahora vamos a trabajar o nos van a mandar a las dos al último pueblo perdido de Andalucía.

—¡Ojalá pudiera irme contigo!

—Eso nunca sucederá. Fermín no puede prescindir de las dos a la vez, es demasiado dependiente del personal.

—Lo tenemos muy mimado.

—Sí, eso creo.

Se sentó a su mesa y comenzó a trabajar, pero su mente divagó entre la posibilidad de aceptar o rechazar la propuesta. No lo iba a tener fácil para convencer a Alfonso y estaba segura de que su suegra no la apoyaría en absoluto. Todos estaban demasiado acostumbrados a depender de ella, pero, por un momento, imaginó lo que sería pasar una temporada pensando solo en sí misma.

Nunca se había visto en esa tesitura, siempre había cuidado de los demás. Primero de sus hermanos menores cuando vivía en el pueblo, después se casó y se convirtió en esposa y madre responsable a la edad de veinte años, y cambió a su familia por la de Alfonso.

Jamás pudo disfrutar de lo que viviría su hija el año siguiente y, aunque no se arrepentía de haberse casado y de cuidar de su niña, a veces se preguntaba cómo hubiera sido ser una joven como las demás, sin las responsabilidades que conlleva el matrimonio y la maternidad. Tal vez ahora pudiera vivirlo si se decidía a aceptar la propuesta de Fermín. Tal vez.

Silvia llegó a su casa y, como todos los días, encontró a Alfonso sentado en el sofá con una cerveza en la mano, esperando a que ella calentara la comida que previamente había cocinado la tarde anterior.

—Hola —lo saludó seria para demostrar que seguía enfadada.

—Hola. ¿Qué hay de comer? Estoy hambriento.

—Lentejas de primero y pescado al horno de segundo. Lo caliente en un momento.

—Es más tarde hoy...

—Había mucho tráfico.

—¡No te habrás entretenido hablando con Lola! Sabes que no me da tiempo a comer tranquilo

si te retrasas.

—Siempre dejo la comida preparada, puedes calentarla tú si un día llego más tarde —comentó irritada.

—La cocina no es lo mío.

—Se trata de calentar, no de preparar un plato de estrella Michelin. Un par de minutos en el microondas y listo.

—Prefiero esperar a que vengas.

Sirvió la comida después de poner la mesa. Tampoco eso se le daba bien a su marido. Si aceptaba el traslado no solo tendría que hacerlo, sino también preparar la comida y recoger la cocina. Aunque tal vez le encomendara la tarea a su madre, pero no estaba segura de que Leonor aceptara. También estaba demasiado acostumbrada a que ella cocinara para todos. Sintió un leve regusto al pensar en el caos que supondría su marcha y, aunque nadie era imprescindible, todos se darían cuenta de cómo dependían de ella, y de la labor que realizaba en la casa y en la familia. Labor que nadie le agradecía.

Como siempre, Alfonso se levantó de la mesa sin quitar un solo plato y se sentó en el sofá a descansar viendo la televisión unos minutos antes de marcharse.

—Hoy no me da tiempo a tomar el café de sobremesa —le recriminó.

—Tómalo en la calle antes de entrar —recomendó sin sentirse culpable como solía.

—Sabes que el café del bar no me gusta tanto como el que tú preparas. Lo haces a mi gusto.

—Por un día no te vas a morir.

—Por un día no, pero no me gustaría que se convierta en algo habitual.

No respondió. Pero mientras quitaba la mesa y ponía el lavavajillas tomó una decisión. Aceptaría el traslado.

Capítulo 4

Decidida

Diario 11 de febrero

Estoy decidida a aceptar el traslado temporal a Almería. No quiero ni pensar en cómo se las va a apañar mi familia sin mí, prefiero valorar lo positivo, porque toda moneda tiene dos caras: que el plus económico nos permitirá afrontar mejor los gastos universitarios de Mar. Al vivir sola podré reducir los míos a pesar de tener que pagar un alquiler, y trataré de que no sea muy elevado.

No va a ser fácil que Alfonso acepte mi marcha, está demasiado acostumbrado — malacostumbrado, diría Lola— a que sea yo quien me ocupe de todo lo referente a las tareas domésticas. Se excusa en su trabajo a jornada partida, pero eso no implica que no quite su plato de la mesa o recoja todo lo que saca.

No pienso decirle que la decisión es mía porque trataría de convencerme de que rehusara, y probablemente lo conseguiría. Como ha hecho siempre. Por no escuchar sus quejas, su cansancio o sus gruñidos, he ido echando tareas sobre mis hombros hasta liberarlo de todo lo que no sea su trabajo. Es cierto que trabaja en un comercio y pasa bastantes horas de pie, pero solo tiene cuarenta y un años, no es ningún anciano.

Debo confesar que siento cierta satisfacción ante la idea de que averigüe lo que hago cada día sin que nadie lo valore. Estoy harta de que me diga que yo solo trabajo medio día, cuando es él quien se acuesta primero, quien se sienta en el sofá al llegar a casa mientras que yo termino más estresada en mi «tarde libre» que en el banco.

Pero lo mejor de mi traslado es que Leonor se tendrá que acostumbrar a tomar taxis o moverse en autobús, porque dudo mucho que su hijo le haga de chófer. Solo por imaginar su cara cuando tenga que valerse por sí misma merece la pena estar alejada de los míos durante cuatro meses.

Eso sí lo voy a sufrir, nunca he vivido sola, pasé del domicilio de mis padres al que comparto con Alfonso, y me va a resultar duro no tenerlos cerca. Pero solo serán cuatro meses, pasarán rápido.

De todas formas, debo acostumbrarme a que Mar vuele del nido, el año que viene estaremos solos Alfonso y yo. ¡Y mi suegra!

No tengo nada contra ella, es buena persona y me quiere como a una hija, solo que no siempre me apetece que esté en casa. Ni tener que contar con una boca más —por si acaso— a la hora de planificar las comidas. Eso de que donde comen tres comen cuatro solo es verdad si se cocina para cuatro.

Mañana le notificaré a Fermín mi decisión, y después, cuando ya sea irrevocable y no haya marcha atrás, lo comunicaré en casa. Solo por si acaso me diera pena dejarlos a su aire. Aunque tal vez en esta ocasión el enfado supere mi incapacidad de decir NO.

Silvia llegó a su casa después de haber notificado en el banco que aceptaba el traslado. Fermín comenzó la tramitación y Lola quiso invitarla a una cerveza a la salida para celebrarlo, pero rehusó. No quería echar más leña al fuego del enfado de Alfonso, que no dudaba que se produciría al enterarse de la noticia. Sin embargo, prometió que la tomarían al día siguiente para buscar juntas un alojamiento adecuado. Le hacía ilusión mirar en inmobiliarias la que sería su casa —y solo suya— durante unos meses. Algo pequeño y fácil de mantener limpio, pues no se llevaría más que lo indispensable. No necesitaba mucho en su día a día: ropa, algún libro, música que llevaba en una aplicación en el móvil y el ordenador portátil. Se movía ligera de equipaje.

—Hola, Alfonso.

—Hola.

Ni una mirada, ni una pregunta sobre su jornada de trabajo, ni siquiera sobre qué almorzarían. Nunca había sido muy hablador, mantener una conversación sobre cualquier tema siempre había sido imposible, pero en los últimos tiempos sus charlas se limitaban a algún comentario corto y poco más. Las conversaciones las mantenía con Lola y con Mar, cuando el tiempo y los estudios se lo permitían.

Puso la mesa, calentó la comida y se sentaron a almorzar. Mar aquel día les acompañaba, lo que supuso que solo tendría que contar la historia una vez. No se demoró en preliminares, solía ser directa y afrontar las situaciones desagradables sin dilación.

—Tengo que comentaros un asunto importante. Hoy me ha llamado Fermín a su despacho para notificarme que me trasladan de sucursal de forma temporal durante cuatro meses.

—¿Y eso? —preguntó su marido.

—Hay que cubrir una baja maternal con un perfil específico y no encuentran sustituto. Han decidido que lo haga yo. Supondrá un plus económico que nos vendrá muy bien.

—¡Estupendo!

—Tiene un inconveniente —advirtió antes de que se entusiasmara demasiado—. No es en Huelva.

—¿Algún pueblo? Espero que te paguen el kilometraje.

—Es en Almería capital.

—¡¡¿En Almería?!! Eso está lejísimo, no podrás venir cada día.

—No, claro que no. Tendré que buscar un alojamiento donde quedarme.

—Te habrás negado...

—No puedo hacerlo, hay una cláusula en mi contrato que permite el traslado dentro de la comunidad autónoma.

—Pero tu jefe tendrá que comprender que no puedes irte, que no eres libre; tienes una familia que atender.

—No hay niños pequeños, por lo tanto, no puedo negarme. No es algo que yo decida. Debo irme, no me dan opción.

—Pero ¿qué vamos a hacer nosotros?

—Somos adultos, papá —intervino su hija—. Nos las arreglaremos.

—Gracias, Mar. Yo os dejaré unas «chuletas» sobre el funcionamiento de la lavadora, el lavavajillas y demás electrodomésticos; Y algunas recetas de cocina básicas que podáis preparar. También comida congelada solo para calentar, aunque por mucho que quiera no será para cuatro meses. Y si tenéis problemas, siempre podéis recurrir a la abuela. A fin de cuentas, viene casi a diario.

—Sabes lo cansado que vengo de la tienda para ponerme a cocinar. Tampoco me gusta la comida que se sirve a domicilio, aparte de que sería un despilfarro económico.

—Lo sé, Alfonso, y lo siento, pero no puedo hacer nada. Piensa en el aumento de sueldo. Hay que ser positivos.

—No compensa, por mucho que sea el plus económico.

—Dejaré hecha una buena limpieza antes de marcharme para que os resulte más fácil.

—¿Cuándo tienes que irte?

—En una semana. Mañana me quedará un rato más para ultimar lo del alojamiento.

—¿Mañana no vienes a tu hora?

—Me retrasaré, sí —afirmó decidida a tomarse una cerveza con Lola.

—¿Y qué pasa con la comida?

—Que la tendréis que calentar vosotros o esperar a que yo llegue.

—Si tardas no me dará tiempo a comer.

—De todas formas, te tendrás que acostumbrar a hacerlo, en una semana no estaré aquí.

—¿Crees que si voy yo a hablar con tu jefe y le explico la situación...?

—Te cuidarás mucho de hacerlo. Aparte de que no servirá de nada, ya soy mayorcita para que mi marido hable en mi nombre. Hace muchos años que resuelvo mis propios asuntos, y los de toda la familia también.

Mar los observaba en silencio, sin intervenir en la conversación, que se volvía tensa por momentos. El tono de Alfonso subía a cada frase.

—¡Hay que joderse! ¿Y qué vas a hacer tú sola en Almería?

«Mucho menos que aquí».

—¡Pues trabajar, lo mismo que en Huelva! —exclamó levantándose para quitar la mesa. «Y leer, y pasear, y descansar»—. Puedes venir a ver cómo se pone el lavavajillas, y vas aprendiendo.

—Me basta con que dejes una chuleta con las instrucciones —gruñó sentándose en el sofá, como un niño enfurruñado—. No puede ser tan difícil. Voy a descansar, hoy que puedo.

—Pues claro que no es difícil —comentó Silvia sin dejarse vencer por las ganas de evitar una discusión.

Dedicó la tarde a preparar su partida. A dejar instrucciones precisas del uso de los electrodomésticos, a lavar cortinas, fundas de sofá, y todo lo que requiriera dejar la casa en perfecto orden para una temporada.

Cuando llegó Alfonso continuaba más contrariado que por la mañana. Leonor se presentó poco antes de la cena y tampoco se tomó bien su marcha.

—¿Qué va a pasar con el niño? ¿Quién lo recogerá de la piscina? Ya sabes que sus padres trabajan.

—Puedes hacerlo tú, que eres su abuela y, que yo sepa, dispones de las tardes libres.

—¡Tendría que coger dos autobuses!

—Tampoco pasa nada porque el peque deje de ir a la piscina durante unos meses. Va por placer, no por prescripción médica.

—¡Qué desbarajuste! ¿No podrías negarte? Seguro que hay otra persona que pueda ocupar el puesto.

—No lo hay, y solo serán unos meses. Podrían trasladarme de forma definitiva a cualquier sucursal de Andalucía.

—¡No pueden hacer eso!

—Sí que pueden, y tendría que aceptar o dejar el trabajo. Algo que no nos podemos permitir. De modo que vamos a tomar esto como algo inevitable y temporal y a dejar de rasgarnos las vestiduras.

—No se va a hundir el mundo porque mamá se vaya unos meses —intervino Mar—. Es cuestión de organizarnos un poco. Si todos arrimamos el hombro no será complicado.

—Gracias, hija. Menos mal que encuentro apoyo en alguien.

Alfonso bufó y Leonor alzó los ojos al techo dudando de las palabras de su nieta. Y Silvia sintió que no le importaba demasiado el caos en que se convertiría su casa cuando se marchara. Ella aprovecharía su estancia en Almería para vivir una experiencia en la que solo tuviera que cuidar de sí misma. Solo serían unos meses, no tenía que sentirse mal por ello, por ser un poco egoísta por una vez en su vida.

Capítulo 5

Liberada

*D*iarario 18 de febrero

Me siento liberada en mi primera noche fuera de casa, como una adolescente que sale por primera vez del domicilio paterno para comerse el mundo. Desde el momento en que subí al coche para trasladarme a mi nuevo destino, una sensación de libertad se apoderó de mí a pesar de la expresión adusta con que Alfonso me despidió.

Ha pasado toda la semana refunfuñando por mi marcha, ni siquiera el hecho de que el banco me haya proporcionado uno de los apartamentos que tiene en propiedad para mi alojamiento lo calmó. Tras ver los precios de alquiler en Almería comprobé que la vivienda se llevaría la mayor parte del plus económico. Lola tuvo la fantástica idea de que me alojara en uno de los pisos del banco sin más coste que los derivados de las facturas de luz, agua y gas y Fermín accedió sin problemas. Debe ser muy necesario cubrir la plaza para que todo sean facilidades.

La noche antes de la partida cenamos en familia, con la indudable presencia de mi suegra. No fue la comida más agradable del mundo, a pesar de que me había esmerado en preparar un menú especial.

Durante la semana me había matado para dejar la casa resplandeciente, el congelador lleno a rebosar de comida preparada y lista para consumir. Junto a cada electrodoméstico, unas instrucciones más para tontos que para las personas normales, con la intención de que no hubiera ningún contratiempo a la hora de hacerlos funcionar. Había resultado agotador, pero al final lo dejé todo listo para mi partida.

Cuando terminamos de cenar llevé a Leonor a su casa, por última vez en una temporada. Al regresar, mi hija me estaba esperando para darme un abrazo y desearme suerte en mi pequeña aventura almeriense. Me aseguró que todo iría bien, que su padre se adaptaría a estar sin mí, y que ella pondría todo de su parte para que la casa funcionara lo mejor posible.

Después entré en mi dormitorio, con la esperanza de que Alfonso estuviera despierto y pudiéramos celebrar mi última noche en Huelva como lo haría cualquier otra pareja: con una

sesión de amor apasionado. Pero no fue así, él dormía o fingía hacerlo y, aunque hice bastante ruido para desvestirme y no fui nada cuidadosa a la hora de meterme en la cama a su lado, solo lanzó un gruñido áspero. Manifestó su descontento hasta el último minuto. Me hubiera gustado hacer el amor no solo porque no tendríamos posibilidad de hacerlo en unos meses, sino también para sentir que no estaba tan enfadado como aparentaba.

No insistí, me di la vuelta en la cama y me dormí. Estaba agotada, pero también nerviosa por lo que sucedería al día siguiente.

A medida que devoraba kilómetros hacia mi nuevo destino los nervios iban desapareciendo y una especie de euforia se apoderaba de mí con la música del coche a todo volumen. Permití que la incomodidad que me había generado la actitud de Alfonso se evaporara, y comencé a disfrutar.

El piso que me ha proporcionado el banco es pequeño, apenas un estudio con cocina integrada en el salón, un dormitorio en el que solo cabe una cama, una mesilla de noche y un armario de una sola puerta, y un cuarto de baño que, incomprensiblemente en un piso tan pequeño, incluye una bañera. Todo un lujo del que he prescindido durante años en mi casa. Y un alojamiento más que suficiente para mí.

Me he instalado y he salido a dar un paseo y cenar en un bar cercano, y después he regresado para escribir en el diario mis primeras impresiones como mujer independiente. Mañana acudiré al banco para comenzar mi nueva etapa laboral. Aunque parezca extraño, no echo de menos a nadie.

Silvia entró en el banco a primera hora de la mañana. Se encontraba lo suficientemente cerca del piso para hacer el recorrido a pie y situarse en el barrio. Se trataba de una zona viva, con tiendas, bares y restaurantes y gente por la calle a pesar de ser temprano. Viandantes que acudían, como ella, al trabajo y niños con mochilas escolares. Le gustó, como también le gustó la sucursal del banco donde trabajaría.

La mujer a la que sustituiría, una chica rubia evidentemente incómoda por el avanzado estado de gestación, se esmeró en informarla de todo lo que necesitaba saber para el desempeño de su trabajo. Incluso le ofreció su número de teléfono por si necesitaba alguna aclaración en el futuro. Permanecería dos días más en el banco antes de coger la baja, para facilitarle la incorporación, pero no había ningún requisito del trabajo que ella no conociera.

Cuando salió a mediodía pasó por un supermercado para hacer una compra y después volvió a bajar para almorzar en otro de los bares cercanos. Se sentó a una mesa y disfrutó de que le sirvieran la comida, para variar. Aquella tarde cocinaría para el día siguiente, pero de momento, se relajaría y disfrutaría de su recién estrenada libertad.

Dudó si telefonar a su casa, pero consciente de que se encontraría el malhumor de Alfonso por su ausencia, decidió no hacerlo. Si él llamaba respondería, no iba a desaparecer, pero en caso

contrario lo dejaría estar. Se sentía demasiado bien para estropear el momento.

Después de comer dio un paseo por los alrededores para situarse. Vio un parque agradable con bancos en el que sentarse a tomar el sol y disfrutar de un rato de lectura, cafeterías y tiendas de ropa, varios supermercados, un gimnasio e incluso un centro cívico en el que se anunciaban actividades culturales. Todo el tipo de cosas que le gustaban y a las que había renunciado por falta de tiempo. Ahora lo tendría porque, por primera vez en su vida, sí disponía de las tardes libres si se organizaba.

Llegó a su casa y cocinó para varios días. Después se sentó a leer uno de los libros que había comprado. Tranquila y relajada.

Una llamada de Mar la sacó de la historia en que se había sumergido.

—¡Hola, cariño!

—¿Qué tal, mamá? ¿Cómo ha ido tu primer día?

—Bastante bien. El trabajo, muy parecido al que desempeñé en Huelva, y el piso, cómodo y agradable. Y gratis. No me quejo. ¿Y vosotros? —preguntó con cierto temor de que le hablase de catástrofes domésticas.

—Sobrevivimos —rió su hija, pero el tono era tranquilizador.

—¿Y tu padre?

—En su línea. Gruñe un poco, pero no llegará la sangre al río. No te preocupes por él, se adaptará. Nos tienes a todos muy malacostumbrados.

—Lo sé.

—Es hora de que nos convirtamos en adultos, y tal vez hacía falta algo como esto para que lo hiciéramos.

—Gracias. Me alegra saber que cuento con tu apoyo. Pero no dejes los estudios ahora que no estoy allí para azuzarte.

—No lo haré. Sé que estás haciendo este sacrificio para que el año que viene pueda ir a la universidad y no te defraudaré. Haré mi parte, te lo prometo.

—¡Esa es mi chica!

—Y tú disfruta, no te dediques solo a trabajar.

—No lo haré. He pensado apuntarme al gimnasio. Hay uno cerca y me apetece ponerme un poco en forma.

—¡Estupendo! Ahora te dejo, voy a ayudar a papá a preparar una tortilla de patatas... o un revuelto si no lo conseguimos. Pero estará igualmente comestible. ¡Hasta otro rato!

—¡Adiós, cariño!

Se alegró de que fuera su hija y no Alfonso quien la hubiese llamado. No tenía ganas de escuchar las quejas y lamentos de su marido. Deseaba tener la noche en paz y no que la hicieran sentir culpable por haberse marchado.

Volvió a tenderse en el sofá para continuar leyendo. A gozar del silencio sin el molesto sonsonete de la televisión de fondo ni de tener que darle conversación a Leonor. Hacía años que

no tenía una tarde solo para ella.

Silvia se adaptó a su nueva vida con facilidad. El trabajo en el banco era cómodo y no le supuso ningún problema desempeñarlo. Su nuevo jefe no se parecía en absoluto a Fermín y no le exigía nada más que sus funciones, por lo que, en cuestión de pocos días, lo tuvo todo controlado. No comprendía cómo no habían encontrado a nadie que pudiera cubrir un puesto que no requería ninguna dificultad.

Sin embargo, las tardes libres que en un principio agradeció, en las que se dejó llevar por la indolencia de no hacer nada más que leer o escuchar música, empezaron a pesarle. Siempre había estado muy activa, y pronto descubrió que se sentía incapaz de leer más de dos horas seguidas sin deseo de cambiar de actividad.

Finalizaba febrero y hacía frío, el tiempo era desapacible para salir a pasear, y tampoco deseaba hacerlo sola, por lo que una tarde, tras descansar un poco después del almuerzo, decidió acudir al centro cívico para averiguar si podría ofrecerle algo que le interesara.

Estaba ubicado en una casa antigua, con un patio interior y varias puertas dobles con acceso al mismo. Se dirigió resuelta a un pequeño mostrador donde un funcionario miraba el móvil con aire aburrido.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió el hombre.

—Soy nueva en el barrio y he visto que realizáis actividades culturales.

—Se imparten cursos de diversa índole, sí. Pero la mayoría de ellos están ya avanzados. También gimnasia y otros tipos de actividades. Las inscripciones se hacen en septiembre.

—¿Y no hay nada a lo que me pueda incorporar, aunque esté avanzado?

—Como no sea en el grupo de teatro para coser la ropa o algo así... Puede preguntar.

—¿Dónde puedo hacerlo?

—Se encuentran en la segunda planta, en el salón de actos. Hoy tienen ensayo, está de suerte.

—Gracias.

Subió las escaleras con decisión. No sabía coser, pero le encantaba el teatro. De niña había participado en alguna obra escolar y lo había disfrutado mucho. Le daba lo mismo la tarea que le encomendaran, lo importante era ocupar las tardes y hacer algo diferente.

La puerta del salón de actos se encontraba cerrada, por lo que llamó con los nudillos esperando una invitación. A través de la madera se oían voces animadas y retazos de conversaciones. Puesto que nadie se hizo eco de su llamada se atrevió a entreabrir la puerta una rendija. Sobre el escenario había un grupo de personas, y en la primera fila un hombre moreno y una mujer joven contemplaban lo que parecía ser un ensayo. Se sintió fascinada y entró en la habitación, permaneciendo en la entrada, sin atreverse a avanzar ni a interrumpir.

La camaradería y la complicidad flotaban en el ambiente, tanto en el escenario donde unas cortinas rojas servían de telón, como entre las dos personas sentadas en las butacas, que de vez en cuando cuchicheaban entre sí en voz baja. Se dijo que le encantaría incorporarse a la actividad, y que trataría de que la admitieran. Estaba dispuesta a realizar cualquier trabajo que le encomendaran, incluso coser, si le indicaban cómo hacerlo.

Cuando el ensayo finalizó y los actores bajaron del escenario, carraspeó para hacer notar su presencia. Todos volvieron la cabeza hacia ella.

—Disculpen, he llamado, pero imagino que no lo han oído. Me he tomado la libertad de entrar.

—Cerramos la puerta para evitar distraernos mientras ensayamos. Pase —la invitó el hombre que se había levantado para hablar con sus compañeros.

—He preguntado abajo, en el mostrador, y me han dicho que realizáis una actividad de teatro.

—Así es. ¿Le interesa el teatro?

—Mucho. He venido por si podía unirme...

—Me temo que los papeles ya están asignados —comentó una de las mujeres que poco antes estaba sobre el escenario.

—No pretendo conseguir un papel; pero tal vez haya otra tarea que pueda realizar. Soy nueva en la ciudad y dispongo de las tardes libres. No sé coser —puntualizó.

—Será un placer que te incorpores al grupo. ¿Puedo tutearte? Soy Leo —informó el hombre, que parecía llevar la voz cantante—. Y ellos son Aurora, Cecilia, Jacobo, Elsa y Mario. Faltan algunos, que ya conocerás otro día.

—El tema del vestuario ya está resuelto, pero siempre es bienvenida una nueva incorporación —afirmó Cecilia, la mujer que había estado sentada al lado de Leo—. Y prefiero que me llamen Ceci.

—Yo Silvia.

—Bienvenida, Silvia. Estamos terminando ya por hoy, pero nos reunimos de nuevo pasado mañana a las seis de la tarde.

—Aquí estaré. Me gusta el teatro y será un placer colaborar con vosotros. ¿Qué obra estáis ensayando?

—*La dama del alba*. Leo es un enamorado de la obra de Alejandro Casona —informó Mario.

—No lo conozco demasiado. *La dama del alba* y alguna más, pero pocas.

—Yo preferiría una comedia, pero nuestro director es inflexible.

—El año que viene, Aurora, haremos una comedia. Este año tenemos actores demasiado buenos para desperdiciarlos con una obra ligera.

—¡Eso de demasiado buenos lo dices tú!

—Y no me equivoco.

—Pero Casona no es un dramaturgo fácil ni popular. ¿Crees que la obra tendrá éxito? —se atrevió a preguntar.

—La interpretaremos en mayo, cuando se den por finalizadas las actividades en un acto de cierre. Y no hacemos esto para ganar dinero ni para tener éxito, sino para divertirnos.

—En eso tienes razón —corroboró Cecilia.

—La gente vendrá a ver la obra porque es gratis, de modo que tendremos lleno el salón de actos. Lo importante es que demos lo mejor de nosotros —aseguró Leo.

—Estoy segura de que será así —afirmó.

—Pues nos vemos pasado mañana.

—¿Tengo que hacer algún tipo de trámite?

—Lo preguntaré, pero no creo a estas alturas del año.

—Hasta entonces —se despidió.

Salieron todos y Leo cerró con llave la puerta del salón de actos. Caminó hasta su casa sintiéndose contenta de haber encontrado una actividad lúdica con la que entretener las tardes. No le diría nada a Alfonso cuando hablara con él. Seguía molesto por su marcha y no deseaba que supiera que ella se divertía, pero estaba dispuesta a sacarle todo el jugo posible a su estancia en Almería.

Capítulo 6

Admitida

Diario 25 de febrero

Me han admitido en el grupo de teatro del centro cívico. Cuando me he presentado en él no tenía ni idea de qué buscaba, más allá de ocupar las tardes. Siempre he estado atareada, y después de unos días de ocio total y absoluto tras salir del banco, sé que debo encontrar una actividad que realizar o los cuatro meses se me van a hacer muy largos.

En un principio pensé apuntarme al gimnasio del barrio, pero el centro cívico ejercía sobre mí una atracción irresistible, y he decidido probar suerte primero en él. Creo que no ha sido una mala elección.

Cuando he abierto la puerta del salón de actos y he visto a los actores sobre el escenario he recordado mi infancia y la obra que representé en el colegio. Yo hacía el papel de muñeca y apenas tenía dos frases, pero no he olvidado los nervios previos ni los aplausos de los asistentes. Por supuesto que aplaudían, eran nuestras familias y profesores, y lo habrían hecho por muy mal que hubiera salido. Pero aquello me hizo sentir importante, viva.

En esta ocasión no subiré al escenario, me quedaré entre bambalinas, pero haré un poco mío el éxito de mis compañeros y los aplausos que reciban. Hace demasiado tiempo que no hago otra cosa que limpiar, cocinar y atender clientes en el banco. Nada creativo ni que me produzca placer, y mucho menos sentirme importante, e intuyo que el teatro me lo proporcionará.

Lo primero que he hecho al llegar a casa ha sido entrar en internet y comprar una versión digital de *La dama del alba*, que incluye otras obras el autor. Nunca he leído teatro y he decidido darle una oportunidad a Casona, ese dramaturgo que, al parecer, le encanta a Leo.

Es un hombre más o menos de mi edad, tal vez un poco mayor, mientras que el resto del elenco parece más joven, con la salvedad de Mario, que estará más cerca de los sesenta que de los cincuenta. No obstante, me han parecido un grupo bien compenetrado a pesar de la diferencia de edad, y la idea de pertenecer al mismo me ilusiona. Ser yo misma durante las tardes; ni madre, ni esposa, ni nuera, solo Silvia, la mujer que he dejado de ser hace muchos años para asumir

otros roles.

Tengo que llamar a Lola para contárselo. Pero no me apetece compartir la información con mi familia —al menos de momento—. No deseo que piensen que me divierto, aunque tenga la intención de hacerlo. Tampoco quiero hablar de ellos en el grupo de teatro, quiero ser solo Silvia, una mujer sin pasado, y sin futuro: solo un presente que durará cuatro meses.

Estoy deseando que llegue el jueves para volver al centro cívico, y mientras dedicaré el tiempo libre a leer la obra. Quiero que sepan que he hecho los deberes, que me implico de verdad en el proyecto.

—¡Hola! —respondió Lola cuando la telefoneó la tarde siguiente—. Pensaba que estabas tan relajada en Almería que te habías olvidado de los onubenses.

—En absoluto. Me acuerdo de todos vosotros.

—¿Y qué tal estás? ¿Cuál es el balance de esta semana fuera de casa? ¿Has vuelto a tener ansiedad?

—El balance, más que positivo. Me siento relajada y sin asomo de estrés. ¡Tengo todas las tardes para mí!

—Eso es estupendo. ¿Qué tal el trabajo?

—Similar al que desempeñaba en Huelva, pero sin un jefe inútil como Fermín. Este sabe hacer su trabajo sin ayuda.

—No deja de lamentar haberte dejado ir. Pero como a todos los demás, le sentará bien no tenerte a mano para que le resuelvas los problemas, porque desde luego yo no lo hago. ¿Qué tal van por tu casa?

—Más o menos. Mar dice que se las apañan, pero Alfonso no deja de quejarse de lo cansado que está, de que echa de menos mis comidas, de que la plancha es una pesadilla... Creo que ha quemado una camisa.

—¿Y te echa de menos a ti?

—De eso no dice nada, pero imagino que va incluido en sus quejas.

—¿Y tú? ¿Le echas de menos?

—Sinceramente... no. Pero supongo que es muy pronto, solo llevo una semana fuera de casa; aún me siento como si estuviera de vacaciones. Imagino que ya llegará el momento en el que lo extrañe.

—No dejes que las quejas de tu marido te impidan disfrutar del momento. Que no te robe el sueño.

—No lo hace, te lo aseguro. Es más, tengo que obligarme a llamar a casa, porque sé que me esperan gruñidos y quejas. Como empezaba a aburrirme por las tardes, me he apuntado a un grupo de teatro.

—¿En serio? ¿Tienes vena de actriz?

—No lo sé; el reparto ya está hecho e imagino que seré un poco chica para todo, pero me hace ilusión participar, sea como sea. Representamos *La dama del alba*, no sé si conoces la obra.

—¡Qué tétrico!

—Al parecer el director tiene preferencia por ese dramaturgo. La empecé a leer anoche y me está gustando, aunque trate sobre la muerte.

—Me alegro mucho de todo lo que me cuentas, Silvia. Disfruta de esta experiencia, que te lo mereces. ¿Piensas venir a Huelva unos días?

—Imagino que en Semana Santa podré hacer una escapada. De momento, y aunque Alfonso me ha sugerido que vaya los fines de semana, sería una paliza de coche demasiado grande para hacerla a menudo. Ni me lo planteo.

—Haces bien. Tal vez vaya yo a verte a ti. Me apetece un fin de semana de chicas. Hablaré con Fermín a ver si me da un viernes libre y tiro para Almería.

—¡Me encantaría verte por aquí!

—Pues lo intentaré. ¡Lo vamos a pasar genial! Me alegro de que me hayas llamado.

—No podía dejar de hacerlo. Sé que tú te alegras de que esté haciendo cosas diferentes y no tratarás de hacerme sentir mal por disfrutar de mi traslado.

—Por supuesto que no. Diviértete mucho con tu obra de teatro, haz amigos, pero no te olvides de mí.

—Eso nunca.

—Hasta otro rato, Silvia; tengo que dejarte o se me quemará la cena. Ya sabes que mi marido es un encanto, pero con la comida no juega.

—Adiós, Lola.

Se tendió en el sofá y continuó con la lectura.

Silvia se sentía un poco nerviosa cuando entró en el centro cívico aquella tarde, como una niña que acude al colegio en un nuevo curso. Era una mujer adulta que no temblaba antes de enfrentarse a cualquier contratiempo, pero no deseaba que aquella experiencia saliera mal y tuviera que renunciar. De repente, aquella obra de teatro se había vuelto importante para ella.

La puerta del salón de actos estaba abierta y Leo se encontraba en el interior, revisando las cortinas que servían de telón.

—Buenas tardes —saludó.

Él se giró y le dedicó una sonrisa.

—¡Hola, Silvia! Llegas pronto.

—Solo quince minutos. Dijiste a las seis y no me gusta ser impuntual.

—A mí tampoco. Los demás a veces se retrasan por motivos de trabajo o estudios, pero yo

suelo venir siempre después de comer para visualizar las escenas con tranquilidad. Se me hace un poco larga la tarde en casa.

—A mí me pasa lo mismo, por eso he buscado alguna actividad que realizar. Y os he encontrado a vosotros.

—¿También vives sola?

—Sí. Me han trasladado desde Huelva por unos meses para cubrir una baja. Llevo aquí una semana y me aburro en casa.

—¿En qué trabajas?

—En banca. ¿Y tú?

—Soy higienista en una clínica dental, siempre en turno de mañana. Un trabajo poco creativo.

—El mío tampoco lo es. Me apetece mucho participar en vuestra actividad. Me encanta el teatro y ni siquiera he ido a ver una obra desde hace mucho tiempo.

—No podemos ofrecerte ningún papel, todos están ya adjudicados.

—No me importa, me basta con asistir a los ensayos y participar de alguna forma. Me he comprado y leído la obra en estos días.

—¿Y qué te ha parecido?

—Interesante.

Él esbozó una sonrisa. Tenía una boca bonita y unos ojos marrones que parecían líquidos cuando sonreía.

—No te ha gustado —afirmó.

—Yo no he dicho eso. Solo me ha parecido original y un poco peculiar.

—Toda la obra de Alejandro Casona lo es. Inquietante incluso.

—¿Has leído mucho de él? Junto con *La dama del alba*, en el libro que he comprado hay dos obras más.

—Lo he leído todo, varias veces. Tengo sus obras completas.

—¿Y cuál es tu favorita?

—Depende del momento. Ahora, la que estamos representando.

—Además de ser el director, ¿representas algún personaje?

—A Martín.

—Mario es el abuelo.

—¡Bingo!

Ambos rieron. Por edad, no podía representarlo ningún otro.

—No hay que ser un lince para adivinarlo, el resto no da el perfil por la edad.

—Es muy buen actor, el mejor de todos nosotros, diría yo. Es una pena que no se haya dedicado a esto de forma profesional.

—Si lo hace ahora y disfruta con ello...

—Todos disfrutamos de la actividad, ya es el segundo año que participamos. Hemos formado un grupo bien avenido, lo que no es fácil. Espero que tú también te integres y te diviertas tanto

como nosotros.

—¿Qué crees que puedo hacer?

—De momento, sustituir a alguien que no pueda acudir al ensayo. No siempre estamos todos, cada cual tiene una vida, una familia o un trabajo que no puede eludir. Solo Mario y yo solemos venir siempre. Ceci, por ejemplo, tiene dos niños pequeños, Elsa y Jacobo son estudiantes y en épocas de exámenes desaparecen. Esto solo es una afición y no puedo exigirles que aparquen su vida para estar aquí dos tardes por semana. A veces fallan.

—Tú te lo tomas muy en serio.

No lo conocía, pero intuía que para él era mucho más que una afición. Había pasión en su voz cuando hablaba de teatro.

—Buenas tardes —saludó Aurora entrando en el salón de actos. Era una mujer joven, de pelo corto y piel muy blanca.

—Ella interpreta a Adela, la mujer que Martín rescata en el río —informó Leo.

—¿Qué parte vamos a ensayar hoy? —preguntó la recién llegada subiendo al escenario con ellos.

—Depende de quiénes vengan —respondió el director—. Aunque ahora que Silvia se incorpora al grupo, ella sustituirá a quien no pueda acudir.

—¡No pretenderás que se aprenda toda la obra! No le dejes que te meta demasiada presión, Leo es muy intenso.

—Claro que no, lo hará con el libreto en la mano, leyendo.

—Puedo hacerlo —afirmó risueña. Tenía muy buena memoria, aprenderse todos los papeles no supondría demasiado esfuerzo, y sí un reto interesante. Quería tener su sitio en aquel grupo, un cometido adjudicado—. Puedo aprenderme la obra completa si es necesario.

—No te exigiremos tanto. Con que leas el papel será suficiente —aclaró Leo.

Pero ella estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma en aquel proyecto, a implicarse lo que hiciera falta.

Voces animadas precedieron a varios miembros del grupo, que entraron a la vez.

Leo organizó el ensayo, y se sentó, como la tarde anterior, a contemplarlo desde la primera fila de butacas. Ceci, que representaba a la peregrina, subió al escenario en compañía de Mario, y Silvia se acomodó al lado del hombre, dispuesta a ver el ensayo desde el privilegiado lugar.

Un par de escenas se desarrollaron ante sus ojos. Aún les faltaba mucho para resultar creíbles y estaba segura de que Leo no se conformaría con menos.

—¿Dijiste el otro día que interpretaréis en mayo? —le preguntó en un susurro, inclinándose hacia él.

—A finales, sí.

Ella aún estaría allí, y podría disfrutar del «estreno».

—Hay tiempo de pulir algunos detalles —sugirió. Quería saber la opinión del hombre sobre lo que habían visto en el ensayo.

—Hace falta más que eso, hay mucho trabajo aún por hacer. Pero lo lograremos; apenas hemos hecho más que empezar con los ensayos. La que menos me convence es Elsa en el papel de la madre. No sé si conseguirá hacerse con el personaje. Es la más flojita de todos. Pero no tenemos a nadie más, de modo que tiene que valer.

—¿Y los niños?

—Los hijos de Ceci. Vienen cuando sus tareas escolares se lo permiten, pero, al igual que su madre, llevan la interpretación en la sangre. Eso sí, he tenido que modificar un poco el guion porque no tenemos a la niña. Los chicos se reparten los tres papeles.

—Disfrutas mucho con esto, ¿verdad? O estás muy aburrido...

—Disfruto.

Guardaron silencio centrando toda su atención en el escenario.

Dos horas más tarde dieron por finalizado el ensayo. Leo corrigió algunas de las actuaciones, con delicadeza y firmeza a la vez. Pero nadie pareció cuestionar sus palabras, prometiendo que en el siguiente ensayo tendrían en cuenta sus consejos.

Se marcharon pasadas las ocho. Silvia caminó hasta su casa. Se sentía eufórica, se había divertido muchísimo aquella tarde. Volvió a coger la obra y se la leyó de nuevo. No había mentido al afirmar que se la aprendería para sustituir a cualquier integrante del grupo que pudiera faltar a un ensayo. No pretendía actuar, pero al menos ocuparía un lugar en el escenario de forma digna.

Capítulo 7

Disfrutando

Diario 11 de marzo

¡Cómo estoy disfrutando del grupo de teatro! Si en algún momento he pensado que no había sitio para mí, estaba equivocada. Desde el primer momento me han aceptado y me consideran una más de ellos.

Me he aprendido la obra al completo y todos los días subo al escenario para interpretar algún papel. He resultado ser camaleónica, según Leo, y parece que llevo en mi interior el gen de la interpretación.

He conocido a dos miembros más del grupo, Bego y Meli, que encarnan los papeles de Angélica y Telva, la criada, respectivamente, así como a los dos hijos de Ceci. Dos críos encantadores que se reparten el papel de los tres niños de la obra, en una adaptación magistral de los diálogos hecha por Leo.

Él y yo hemos congeniado mucho, porque somos de la misma edad y porque ambos vivimos solos. Los dos nos solemos reunir antes de la hora y comentamos pormenores de la obra y matices de la interpretación e intercambiamos opiniones respecto a las posibles mejoras que introducir en la misma. Me siento tan integrada que parece que haya pasado la vida entre bambalinas.

No le he contado a nadie que tengo una familia que me espera en Huelva ni que el año que viene no estaré aquí para formar parte de la siguiente obra —como todos parecen pensar—, que solo dispongo de cuatro meses y que después, como Cenicienta, la carroza se convertirá en calabaza y yo volveré a los fogones. No quiero pensar en ese momento, me limito a vivir el día a día, esperando con ganas las dos tardes a la semana que acudo al centro cívico.

He seguido leyendo a Casona, las otras dos obras que venían en el libro que compré, y también me han gustado mucho. Me apetecería comentarlas con Leo, pero apenas tenemos tiempo porque la representación nos ocupa toda la tarde. A pesar de que nos vemos un poco antes de la hora la conversación siempre gira en torno a *La dama del alba*.

El resto de las tardes paseo —si hace buen tiempo—, leo y cocino. Experimento con recetas nuevas, y estoy descubriendo sabores que nunca probé, pues Alfonso es un poco quisquilloso para las comidas, y solo quiere platos tradicionales. Comida india, mejicana o japonesa han pasado a formar parte de mis menús. Cuando venga Lola le prepararé una degustación de platos internacionales, porque es un poco aburrido disfrutarlos sola.

A mi familia los llamo cada dos o tres días. Mar me tranquiliza asegurando que todo está bajo control. Alfonso, en cambio, me habla de desastres culinarios, de ropa mal planchada, llegadas tarde al trabajo y todo tipo de contrariedades. Yo finjo lamentarlo, pero si he de ser sincera, no me siento culpable, como pretende. Le digo que tenga paciencia, que todo es temporal, pero cuando corto la llamada cada vez me apetece menos regresar a lo que dejé, a las planchas hasta altas horas de la noche, a comer legumbres, pollo y tortilla de patatas, a la televisión sintonizada con deportes todo el tiempo... Voy a echar de menos leer en silencio, no elegir qué hacer por las tardes y, sobre todo, el grupo de teatro y a sus componentes.

Disfrutaré de todo mientras pueda, porque sé que será temporal.

El tiempo era invernal aquel martes. A pesar de estar a principios de marzo parecía que el invierno había vuelto con furia en vez de dar paso a la primavera. La lluvia azotaba con fuerza las calles, el viento ululaba y una tormenta se cernía amenazante sobre el cielo. No tardaría en descargar, pero Silvia ni se planteó no acudir al ensayo. Se enfundó el chubasquero, se calzó las botas y se lanzó a la calle provista de un paraguas que no le serviría de nada.

En efecto, nada más salir a la calle quedó empapada, pero no se amilanó. Las tardes en el centro cívico eran tan preciosas para ella que no se las perdería salvo que se estuviera muriendo. Un poco de lluvia —o mucha— no la detendría.

No cogió el coche porque el recorrido en él sería más largo que caminando, y probablemente tendría que aparcar más lejos de lo que estaba su piso, con lo que se mojaría aún más.

Llegó, como siempre, antes de la hora. Y como siempre, también, Leo estaba allí.

—Buenas tardes —saludó.

—Hola, Silvia. La más valiente de mis actrices. Pensaba que no vendría nadie y me encontraría aquí solo.

—La tarde está muy desapacible, pero no lo bastante para hacerme desistir.

—Pues eres la única, porque ya todos me han escrito o llamado para excusarse. Me temo que somos los únicos que vendremos hoy.

—Podemos ensayar alguna escena en la que estés tú y otro personaje.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vamos a tomarnos un café o algo caliente y hablamos de algunos detalles que se me han ocurrido para la representación? Estás empapada y no quiero correr el riesgo de que pilles un catarro. Yo he tenido suerte de venir antes de que empezara a

llover tanto.

—Me vendría bien un café, sí.

—Pues cerramos la clase por hoy y vamos aquí al lado. No tardarás en secarte, suelen poner la calefacción muy alta.

Lo siguió hasta una cafetería cercana en la que se despojaron de los chubasqueros y se sentaron a una mesa. El local estaba poco concurrido a pesar de que los usuarios del centro cívico solían acudir a tomar algo cada tarde. En aquella ocasión estaban prácticamente solos.

—¿Qué tomas? —preguntó Leo antes de sentarse.

—Café con leche, por favor, con sacarina.

Él se dirigió a la barra por las bebidas y regresó poco después. Además de las tazas y platillos colocados en una bandeja, llevaba también unas tortitas y unos envases individuales de mermelada de fresa.

—Sé que acabas de pedir sacarina para el café, lo que indica que cuidas la línea, pero una tarde como esta bien merece una merienda más consistente. La lluvia siempre me da ganas de tomar algo dulce

—Gracias. Me encantan las tortitas. —Estuvo a punto de decir que las hacía a menudo los fines de semana para su hija y para ella, pero prefirió no dar detalles de su vida en Huelva.

—Estas no están mal, pero las mías son mejores.

—¿Cocinas? —preguntó curiosa.

—Por supuesto; vivo solo. Si no cocinara me moriría de hambre.

—Siempre están las pizzerías y los restaurantes que llevan comida a domicilio.

—Recurso a ellos cuando estoy muy cansado, pero en general prefiero la comida casera. No me importa cocinar.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Las tortitas.

Estuvo a punto de decir que le gustaría probarlas, pero temió que él lo considerara un atrevimiento o que se sintiera obligado a invitarla. Sin embargo, pareció adivinar su pensamiento.

—Sí te gustan alguna tarde puedo invitarte a merendar en casa y las preparo.

Lo miró a los ojos tratando de averiguar si su invitación incluía algo más que una merienda.

—No pienses mal —aclaró Leo—. Me refiero solo a comer tortitas. Me dijiste que vives sola, y si estás aquí en una tarde como esta es porque, como a mí, te pesa la soledad.

—No me pesa la soledad —explicó—. Es solo que a veces me aburro. Y si estoy aquí a pesar de la lluvia es porque quiero dejar claro que me tomo muy en serio los ensayos y la obra.

—Nadie tiene duda de eso, es evidente que te esfuerzas. Te has aprendido el libreto entero.

—¿Tú te sientes solo? —preguntó deseando conocerlo un poco mejor. Tal vez él necesitara alguien con quien hablar. Pero se arrepintió de inmediato—. Perdona si he sido indiscreta, no era mi intención.

—No te preocupes. A veces sí me siento un poco solo, la verdad. Tengo amigos con los que salgo a tomar algo de vez en cuando, pero no comparto muchas aficiones con ellos. No leen, ni les gusta el teatro ni la música. Y los miembros del grupo de teatro están muy ocupados; salvo los días de ensayo, no los veo.

—Yo también tengo las tardes libres, si en algún momento te apetece hablar puedes llamarme. Casona sería un tema interesante de conversación entre los dos. Estoy leyendo otra de sus obras.

—¿En serio? ¿Cuál?

—*La sirena varada*. Me agrada el toque surrealista que imprime en sus escritos, jugando con la realidad y la fantasía.

—Eso es precisamente lo que me gusta de él. No es un autor convencional. ¿Tú eres convencional, Silvia?

—No lo sé. Creía que sí, pero tal vez no me conozco a mí misma tan bien como pensaba.

—Me temo que yo no lo soy, aunque mi aspecto sea de lo más normal. Sin embargo, mi mentalidad choca con mi entorno; soy un hombre complicado, o al menos eso dicen.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No tengo problema en hablar de mí mismo, dentro de unos límites.

—¿Vives solo por necesidad o por elección?

—Un poco de ambas cosas. A algunas personas les cuesta convivir conmigo y a mí con ellas. ¿Y tú?

—Por elección —confesó. Si no hubiera querido vivir sola una temporada habría rechazado el traslado a Almería—. ¿Qué haces para que nadie quiera vivir contigo?

—Toco el piano. Y compongo música.

—¿Tan mal tocas? ¿O lo haces a horas intempestivas?

—Ninguna de las dos cosas, pero si no te gusta la música es un latazo escucharla sea a la hora que sea. A un piano clásico no le puedes poner auriculares para que no lo escuchen los demás.

—Eso es cierto. Si acepto tu invitación a merendar, ¿tocarías un poco para mí? Nunca he escuchado un piano en directo —preguntó pensando que le gustaría mucho oírlo tocar. Si ponía en ello la misma pasión que en la obra de teatro, su interpretación no sería mediocre.

—¿Vas a aceptarla?

—Si iba en serio y no lo has dicho por compromiso, sí.

—Iba en serio.

—Entonces, cuando quieras.

—¿Te parece bien el sábado? Si no tienes otros planes...

—Ninguno. No conozco a nadie en Almería, por eso me he apuntado al grupo de teatro.

—Pues te espero a merendar. Anota mi domicilio. —Le dictó una dirección—. ¿Sabes dónde es?

—No conozco la ciudad, pero la encontraré.

—Está a las afueras. Si lo prefieres quedamos aquí y te vengo a buscar.

—No te preocupes, los navegadores GPS y yo nos llevamos bien. He llegado desde Huelva sin perderme. Pero gracias por el ofrecimiento.

Hacía años que nadie iba a buscarla a ningún sitio, era ella quien hacía de taxista de los demás.

—No me importa, me gusta conducir.

Quiso preguntarle más cosas sobre sí mismo. Aquella tarde desapacible estaba descubriendo al hombre, no al director de teatro. Y el hombre parecía muy interesante. Y más solo de lo que admitía. No le importaría ofrecerle un poco de conversación de vez en cuando, pero sin comprometerse demasiado. Ya sabía por experiencia que lo que a veces se ofrecía como ocasional terminaba por convertirse en obligación.

—También me gusta hablar, imagino que ya te has dado cuenta. Tengo pocas ocasiones de hacerlo —siguió explicando Leo.

—¿No hablas en tu día a día?

—Poco. Mis pacientes no están en condiciones de hacerlo mientras me ocupo de ellos. Vienen a la consulta por necesidad y están deseando marcharse.

—Eso es cierto, a mí me sucede.

Habían terminado el café y las tortitas y la tarde seguía descargando agua, relámpagos y truenos a su alrededor. No le apetecía nada marcharse de aquel local caldeado.

—¿Otro café? —propuso Leo. Al parecer, tenía tan pocas ganas de marcharse como ella.

—Si me tomo otro no dormiré esta noche.

—Pásate al descafeinado. En este local lo hacen muy bueno, apenas se nota. O tal vez prefieras una copa.

—De acuerdo, un descafeinado, a ver si mientras deja de llover. Pero esta ronda la pago yo.

—Sin problema, y si sigue lloviendo te llevo a casa. Tengo aparcado el coche aquí al lado.

—Vivo cerca, pero en coche tendrías que dar una vuelta grande, porque las direcciones están fatal.

—No tengo ninguna prisa. No voy a permitir que vuelvas a mojarte, si puedo evitarlo. Salvo que no quieras entrar conmigo en un coche... A fin de cuentas, no me conoces de nada.

En ningún momento se le había pasado por la cabeza dudar de él. Desprendía un aura de sosiego y de paz que la hacía sentirse segura en su compañía.

—Gracias. No es el caso, y creo que sí te conozco un poco. O al menos empiezo a hacerlo.

Tomaron un segundo café. El local seguía casi desierto y la conversación fluía entre ambos. Hablaron de la obra, del vestuario que estaba preparando la madre de Elsa, que era modista. De la fantástica interpretación que hacía Mario en el papel del abuelo.

La lluvia del exterior los envolvía como un manto que parecía aislarlos del mundo. Hacía mucho tiempo que Silvia no tenía esa sensación de intimidad.

Siempre le había gustado la lluvia, sentir el repiqueteo desde un lugar cobijado y cálido. Y esa tarde la agradable compañía de Leo era un placer añadido.

Después de un buen rato, la tormenta cesó, pero no el aguacero. Los camareros les empezaban

a mirar mal porque no se marchaban, de modo que se levantaron.

—Te acompaño a casa en el coche —ofreció él.

—Ya llueve menos.

—Da igual. Te mojarás.

Leo tenía el coche, un Seat León blanco ya con algunos años, casi al lado de la cafetería.

—¿Cómo has podido aparcar tan cerca? Esta zona siempre está llena de coches.

—Vengo justo después de comer y a esa hora suele haber sitios libres. Tomo un café y entro en el centro cívico en cuanto abren.

Recorrieron el trayecto hasta su casa, lo que les llevó casi quince minutos. Leo paró el coche junto al bordillo, y antes de que Silvia abriera la portezuela, la detuvo con un gesto.

—Aguarda un momento, no seas impaciente.

Bajó del coche con un paraguas y dio la vuelta hasta acercarse al otro lado. La protegió con el paraguas hasta el portal, mientras buscaba la llave en el enorme bolso y abría.

—Gracias.

—No hay de qué. Sé lo complicado que es abrir una puerta sujetando un paraguas. Hasta el sábado.

—¿A qué hora?

—A la que quieras, estaré en casa todo el día.

—¿Te parece bien las seis?

—Perfecto.

Desde detrás de los cristales del portal lo vio subir de nuevo al coche y perderse calle abajo. Subió a su piso con la sensación agradable de haber pasado una buena tarde.

Capítulo 8

Invitada

Diario 14 de marzo

Leo me ha invitado a merendar tortitas en su casa y me siento un poco rara, entre ilusionada y reticente. Cuando me lo propuso acepté sin dudar, pero ahora me pregunto si será apropiado. Estoy casada, y desde hace dieciocho años no he quedado a solas con un hombre más que Alfonso, y menos en su casa.

Sé que la invitación no tiene segundas intenciones, más allá de un rato de charla amistosa, Leo no es el tipo de hombre que se abalanzaría sobre una mujer sin que ella le diera pie, pero trato de verlo bajo la mirada de mi familia y sé que no les agradaría en absoluto.

Sin embargo, a mí me apetece mucho, porque me gusta la conversación de Leo, su forma tranquila de ver las cosas, su amplia cultura, y la idea de que toque el piano para mí me entusiasma. ¡Hace tanto que no escucho música en directo! Diecinueve años, desde que conocí a mi marido. Y a pesar de que puede parecer poco apropiado, no dejo de repetirme que no hay nada malo en ello. Que solo vamos a merendar y charlar, como buenos amigos.

Por supuesto, ni se me ocurre decirle nada a mi familia, verían algo que no hay. Incluso Lola puede que también, por lo que mantendré en secreto mi amistad con Leo, porque intuyo que llegaremos a ser buenos amigos.

He pensado llevar algo para la merienda, no me parece bien llegar con las manos vacías. Tal vez una botella de vino dulce acompañaría bien las tortitas, porque flores o bombones, o incluso algún dulce, está descartado.

Mañana telefonearé a casa, hace varios días que no lo hago, aunque tampoco es que ellos me llamen mucho a mí. Mar me escribe de vez en cuando, me cuenta que está estudiando mucho para terminar en junio, y pasar la prueba de acceso a la universidad con nota suficiente para estudiar lo que desea.

Ante mis preguntas, siempre me responde que se las apañan bien sin mí, y solo espero que sea verdad. Porque me sentiría mal por estar disfrutando tanto aquí en Almería mientras mi casa se

vuelve un desastre. Pero no puedo evitarlo; ni quiero.

Leo se afanaba en dejar la casa impecable para recibir a su visita de la tarde. Aunque era un hombre limpio y ordenado, se esforzó en dejarlo todo más que reluciente. Estaba seguro de que Silvia era un ama de casa perfecta y su casa sería el sumun del orden y la limpieza. Quería que se sintiera cómoda en la suya, tanto como él se había sentido en su compañía la tarde que tomaron café juntos.

A pesar de que ella lo había negado, estaba casi seguro de que estaba tan sola como él; algo en su mirada, en la forma entusiasta en que participaba en la obra de teatro, le hacía vislumbrar una soledad que no tenía nada que ver con vivir en Almería por motivos de trabajo. Más bien intuía una soledad del alma.

Imaginaba que no tenía familia, porque si la tuviera hablaría de ella. Las mujeres en general solían mencionar a sus parientes en las conversaciones, pero Silvia no lo hacía, parecía estar sola en el mundo, y él no preguntaba por temor a meter el dedo en alguna llaga dolorosa. Del mismo modo que él evitaba hablar del motivo por el que no compartía su vida con nadie a sus cuarenta años.

Tras limpiar y conectar un ambientador que dejara un olor agradable en la vivienda, se aseguró de tener café, infusiones —por si ella las prefería— e incluso cacao, además del material necesario para preparar las tortitas. Y distintos tipos de relleno: nata, mermeladas varias, e incluso sirope de chocolate. Quería agasajar a su visita. Quería que ella disfrutara de la tarde, tanto como lo disfrutaría él.

Después de tenerlo todo preparado se dio una ducha y se sentó a esperarla, vestido de manera informal con un pantalón vaquero y un jersey.

Silvia llegaría puntual, estaba seguro, a pesar de no haber establecido una hora exacta. Era una de las cosas que le gustaba de ella, que sabía qué era adecuado en cada momento. También apreciaba su nivel de compromiso. Si prometía hacer una cosa, la cumplía. Y si la cumplía no lo hacía a medias, lo daba todo de sí misma. Lamentaba que se hubiera incorporado tarde a la obra, porque de haber estado allí al principio se hubiera llevado uno de los papeles principales. Ponía pasión en los personajes que interpretaba cuando debía sustituir a alguien.

El timbre sonó a las seis y cinco de la tarde, una hora más que adecuada para la merienda.

—Buenas tardes —saludó cuando le abrió la puerta—. ¿Llego bien?

—Llegas perfecta —comentó. Y perfecta estaba, vestida con un pantalón negro y un jersey holgado de un tono verde claro, que realzaba su piel morena—. Pasa.

Silvia miró a su alrededor y una leve sonrisa curvó su boca.

—Tienes una casa muy bonita.

—Me gusta sentirme a gusto en mi hogar el tiempo que paso en él.

Se acercó al piano, un Yamaha negro de pared, situado en una esquina de la habitación, y deslizó la punta de los dedos por la superficie pulida y brillante.

—Es extraño hoy día encontrar un piano clásico. La mayoría de la gente tiene uno de los modernos teclados digitales.

—Me lo regaló mi madre cuando era apenas un adolescente. Siempre me gustó la música, y soy tan raro que, en vez de pedir una guitarra eléctrica como todos los chavales, quise un piano. Mi madre ahorró durante un par de años para comprarlo, mientras yo daba clases en el conservatorio después de salir del instituto.

—Eso no te convierte en raro. A mí me encanta la música de piano, y la de violín. La guitarra eléctrica no me convence.

—Me alegra saber que hay alguien con gustos similares a los míos. Luego tocaré un poco para ti.

—Me encantará escucharte.

—Pero primero vamos a merendar. Ponte cómoda.

—He traído una botella de vino dulce. He pensado que iría bien con las tortitas.

—No era necesario. Te he invitado yo.

—Quería tener un detalle.

Leo cogió la botella que Silvia le tendía y la depositó sobre la mesa.

—Lo tomaremos luego, para acompañar la música.

—Será perfecto.

—Siéntate, por favor.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No —respondió rotundo—. Eres mi invitada; déjame agasajarte. Tú solo disfruta.

—Como quieras.

Leo desapareció en la cocina y Silvia se sentó a una mesa ya dispuesta con un mantel blanco perfectamente planchado, servilletas a juego y dos servicios de café, preparados para servir.

Paseó la mirada por la habitación, un salón alargado con una mesa y sillas en un extremo, un sofá grande de piel negra en el otro y el piano entre ambos, junto a una terraza por la que entraba la escasa luz de la tarde nublada. Un mueble bajo con libros y una televisión colgada en la pared formaba el resto del mobiliario. Pocos adornos, ninguna fotografía que le hiciera saber más del hombre que habitaba la casa. Se preguntó si sería suya o alquilada, porque parecía como si solo estuviera de paso por ella.

Poco después regresó con una fuente de tortitas y varios cuencos con diferentes rellenos.

—¿Café? ¿Té? ¿Alguna infusión? Tengo de todo.

—Café, por favor.

—Con leche y sacarina.

—Así es. Gracias.

Salió de nuevo para volver con una cafetera y comenzó a servir el líquido humeante.

—Tú me dices cuánto.

—Ya es suficiente. Gracias. Podría haberlo servido yo.

Se sentía abrumada por las atenciones de Leo.

—Déjame ejercer de anfitrión, no tengo muchas oportunidades —comentó él añadiendo la leche de una jarrita, hasta el borde de la taza—. Sacarina dos, ¿verdad? Me fijé el otro día. Y deja de darme las gracias, soy yo quien te agradece que estés aquí, me aburro bastante las tardes de los sábados cuando hace mal tiempo.

—No estoy acostumbrada a que me sirva nadie.

—Es lo que tiene vivir solo, ¿verdad? O haces las cosas tú mismo o se quedan sin hacer.

«A veces se quedan sin hacer, aunque no vivas solo».

El café era fuerte, espeso y delicioso.

—Las tortitas ya son cosa tuya. Rellénalas con lo que te apetezca —añadió Leo ofreciéndole la fuente.

Silvia se sirvió una y la cubrió de nata. La probó con cautela para no derramar el contenido. Leo tenía razón, las de la cafetería no podían compararse con aquellas. La masa era tierna y esponjosa, no demasiado dulce, como a ella le gustaba. Admitía cualquier relleno que quisiera ponerle.

—Deliciosa. La mejor que he probado nunca.

—Pues a disfrutar de la merienda. Hay una fuente llena.

Dieron buena cuenta de ellas, acompañadas de una nueva taza de café. A Silvia no le importó si no conseguía conciliar el sueño aquella noche, no debía madrugar al día siguiente. Podía permitirse dormir hasta tarde. Podía permitirse hacer lo que quisiera. No tenía que preparar el desayuno de nadie. Ni siquiera el suyo si no tenía ganas, e ir directamente al almuerzo. Y si terminaban todas las tortitas tampoco cenaría.

Pensarlo le producía una sensación de libertad que no había experimentado nunca; poder decidir lo que haría sin pensar en nadie más, hacer en cada momento lo que le apeteciera era algo que no había vivido jamás. Debía preparar desayuno, almuerzo y cena pasara lo que pasara. Enferma, sana o cansada. Aquella noche cenaría o no dependiendo solo de su voluntad y de su apetito.

Leo la observaba comer con deleite, disfrutando de cada gesto de placer que expresaba su cara. Parecía una niña a la que siempre le han negado un dulce y lo disfrutara en aquel momento. Y le gustó saber que se lo había proporcionado él, aunque intuía que su placer se debía a algo más que a las tortitas.

Finalizada la merienda, la hizo acomodarse en el sofá, sirvió dos copas del vino que ella había llevado y se dispuso a sentarse al piano. Había dudado mucho sobre qué tipo de música tocaría, y al final se decidió por una de sus favoritas, aunque le preguntó antes.

—¿Qué prefieres escuchar? ¿Música clásica o actual?

—Elige tú.

—Entonces me decidiré por algunos de mis temas favoritos.

Se había hecho de noche, corrió las cortinas y encendió una lámpara de pie con una luz suave y se sentó ante el piano.

Las primeras notas empezaron a fluir, suaves y melancólicas. A Silvia le parecieron conocidas, pero no fue capaz de identificarlas.

—Me suena mucho. ¿Qué es?

—La banda sonora de la película *El piano*. Seguro que la has visto —respondió él sin dejar de tocar.

—La he visto, sí. Es la historia de una mujer casada que se enamora de un maorí, ¿verdad?

—Sí.

—Es preciosa la pieza que estás interpretando. ¿Cómo se llama?

—«Big My Secret».

—Mi gran secreto —susurró para sí.

Él no respondió, continuó tocando y Silvia notaba que no se limitaba a pulsar las teclas, que ponía el alma en cada nota. Se fijó en él con detenimiento amparada por la privacidad que le daba el que él tuviera su atención en el teclado. Sentado de perfil, la espalda erguida, el pelo castaño con un mechón cayéndole sobre la frente, las manos de dedos largos recorriendo las teclas con soltura.

No podía decirse que fuera un hombre guapo, ni sexi, sus facciones eran corrientes, nada en su físico destacaba, pero transmitía seguridad y calma a su alrededor. Estaba segura de que no perdería el control con facilidad, ni se pasaría el día gruñendo cuando algo lo incomodara.

Leo tocó varias piezas y Silvia se sintió transportada a Nueva Zelanda, escenario de la película cuya banda sonora interpretaba. A aquella playa gris y brumosa.

—Cuando te canses me lo dices y lo dejo —dijo Leo temiendo aburrirla.

—Sigue un poco más, por favor... si no estás cansado.

—Me podría pasar todo el día tocando sin cansarme.

—Y yo escuchándote.

Era cierto. Le gustaría detener el tiempo en aquella tarde mágica, que no se terminara nunca. Porque hacía mucho que no se sentía tan bien, tan relajada, tan... feliz.

Más de una hora duró el concierto antes de que Leo lo diera por finalizado cerrando la tapa del piano y acercándose al sofá.

—Será mejor que lo deje ya, o los vecinos van a lincharme. No suelo tocar durante tanto tiempo seguido.

—¿Por no molestar?

—Entre otras cosas.

Se miraron a los ojos, los de Leo evasivos y los de Silvia curiosos. Deseó preguntarle por esas otras cosas que le impedían tocar, pero si no lo había mencionado abiertamente, era porque deseaba mantenerlas en secreto. Estaba en su derecho, ella también tenía los suyos y no deseaba

que le preguntara sobre ellos. La canción que había tocado, «Big My Secret», era más que apropiada para ambos.

Con pesar se levantó para despedirse.

—Es hora de irme —anunció.

—Que haya finalizado el concierto no significa que debas marcharte. Podemos tomar otra copa, si te apetece. Aún queda mucho vino.

—Debo conducir, y no me gusta beber cuando lo hago. Una sola copa es el límite. Además, es tarde. Tengo algunas cosas que hacer —mintió.

Eran las ocho y media de la tarde y no tenía ninguna tarea pendiente, más que la posibilidad de llamar a su casa, algo que no haría. No deseaba estropear una tarde tan perfecta con quejas y recriminaciones.

—Espero que no te hayas aburrido.

—En absoluto. Ha sido una de las mejores tardes de mi vida. Me encanta la música y nunca nadie había tocado para mí. Ha sido una experiencia maravillosa.

—La repetimos cuando quieras.

—No dudes de que te tomaré la palabra.

Cogió el bolso, que había depositado encima de una silla, y se dirigió a la puerta.

—Nos vemos el martes en el centro cívico.

Leo la miró a los ojos y dudó unos minutos antes de hablar.

—Suelo llegar sobre las cuatro y media y me tomo un café antes de entrar. Si te apetece...

—¿En la cafetería del otro día?

—Sí.

—Si puedo, me pasaré.

—Hasta entonces.

—Adiós, Leo. Gracias por esta tarde.

—Gracias a ti.

Silvia salió de la casa y entró en el ascensor. Leo permaneció en la ventana hasta que desapareció calle abajo. Para él también había sido una tarde especial. Tan especial como la mujer que la había compartido con él.

Capítulo 9

¡Porque yo lo valgo!

*D*iarario 16 de marzo

Hoy he ido a merendar a casa de Leo. He salido de allí eufórica y relajada a la vez, es una mezcla extraña de sensaciones, pero así me siento. Ha sido una tarde estupenda. Es un concertista muy bueno y un mejor anfitrión. Ha cuidado cada detalle de la merienda, las tortitas eran excelentes. Entre los dos hemos dado cuenta de, al menos, una decena de ellas, menos mal que no tengo problemas de sobrepeso, pero, aun así, esta noche seré incapaz de cenar. No suelo comer tanto, ni siquiera meriando más allá de un café, pero con la charla agradable he ido tomando una tras otra y sin apenas darnos cuenta la fuente ha quedado vacía.

Luego ha tocado el piano para mí. Eso me ha hecho sentir especial. De hecho, toda la tarde me he sentido así. Probablemente todo está en mi imaginación y Leo solo ha pretendido distraer una tarde de sábado aburrida, pero yo he sentido que podemos ser amigos. Nunca he tenido amigos varones, y es una experiencia diferente que me apetece conocer.

De regreso a casa venía conduciendo y tarareando la banda sonora del filme, y con la intención de buscarlo en alguna plataforma de *streaming* para verlo de nuevo.

Lo he encontrado en una opción de pago, pero no me ha importado. Necesitaba verlo esta noche, de modo que me he tendido en la cama con el ordenador sobre las piernas dispuesta a disfrutarlo, a rememorar la música y las manos de Leo tocándola para mí. Ese concierto ha sido todo un regalo que no olvidaré.

La película me ha encantado, mucho más que cuando la vi hace unos años; creo que nunca volverá a ser para mí una simple película, con una bonita banda sonora. Voy a comprarla para volver a escuchar la música cada vez que me apetezca y rememorar esta tarde tan especial.

Silvia saltó de la cama, apagó el ordenador y buscó el móvil como hacía cada noche antes de

dormir, para comprobar si tenía programada alguna alarma que la despertara temprano una mañana de domingo. Se había acostumbrado a levantarse tarde los fines de semana, pero a veces, por inercia, conectaba las alarmas. Solo entonces se percató de que lo había silenciado y guardado en el bolso cuando Leo comenzó a tocar, y después lo había olvidado por completo.

Lo rescató y vio, alarmada, una llamada perdida de su suegra y cinco más de Alfonso. Se preocupó mucho y, sin que le importara la hora —más de las doce y media de la noche—, marcó el número de su marido.

Este respondió al instante, sin tratar de disimular su malhumor.

—¡Ya era hora! ¿Dónde estabas metida?

—Lo siento, tenía el teléfono en silencio, y no he escuchado tus llamadas. ¿Ocurre algo? ¡Dime que no, por favor!

De repente se sentía muy culpable por haberse divertido si en su familia había sucedido algo malo.

—Como suceder, sucede, pero nada grave. Mi madre te llamó para comentarte una cosa y, puesto que no le respondiste, me llamó a mí. Llevo varias horas intentando ponerte en contacto contigo, preocupado. Siempre sueles devolver las llamadas de inmediato si no puedes responder en el momento.

—Lo sé, pero acabo de verlas. ¿Qué quería tu madre?

—Creo que pedirte que le prestaras alguno de tus vestidos elegantes para una cena con sus amigas. Yo le dije que no hacía falta, que cogiera lo que necesitara, pero insistió en pedirte permiso.

—Pues sí, solicitar mi permiso es lo menos que debía hacer —exclamó molesta—. Y tú no eres el dueño de mi ropa para prestarla sin mi consentimiento.

—¡Por Dios, Silvia, es para mi madre!

—Da igual para quien sea. Ni se te ocurra disponer de mis cosas mientras estoy aquí, sin consultarme.

—Muy bien. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué tenías el móvil en silencio durante horas?

Tragó saliva. ¿Debía decirle la verdad o mentir? No había hecho nada malo, pero Alfonso, y también Leonor, verían algo sucio con sus mentes retrógradas. Optó por una verdad a medias que no la comprometiera.

—He estado viendo una película con una banda sonora muy bonita y no quería que los mensajes de WhatsApp me interrumpieran. Después lo he olvidado por completo. ¿Cómo va todo por allí? —se decidió a preguntar por fin, aunque intuía que la respuesta no sería agradable.

—Un desastre.

«No, por favor, hoy no me amargues la noche».

—¿Qué sucede ahora? —preguntó exasperada y poco dispuesta a ser tolerante.

—¿Qué va a suceder? Nada funciona como debe desde que te fuiste. Yo no tengo tiempo de

ocuparme de la casa, todo está manga por hombro... la niña no prepara las comidas a mi gusto y ya se ha terminado lo que dejaste en el congelador. Solo hace pasta, pizza, revueltos y comida rápida, la mayoría a la plancha. Nada de eso me entusiasma, ya lo sabes.

—¿Es Mar quien cocina?

—¡No pretenderás que lo haga yo! ¿Cuándo? Trabajo mañana y tarde, por si no te acuerdas.

—Claro que me acuerdo, me lo llevas recordando dieciocho años. ¡Como para olvidarlo! Pero están los fines de semana, puedes cocinar los sábados o los domingos para varios días, te dejé tus recetas favoritas en un cuaderno. Si te organizas puedes incluso congelar para otras ocasiones.

—¡Los fines de semana son para descansar! Acabo rendido y lo último que me apetece es limpiar y cocinar. He pensado contratar alguien que haga una limpieza una vez por semana, porque esto está fatal. No estoy acostumbrado a vivir en una casa sucia y desordenada.

—Yo limpiaba y cocinaba los sábados. —«Mientras tú descansabas»—. Y no me he muerto.

—Tú no acabas la semana tan cansada como yo.

—Claro, yo me toco las narices de lunes a viernes —dijo hastiada de escuchar siempre la misma cantinela. Estaba harta de callar. Le cabreaba mucho que Alfonso estuviera estropeando la sensación placida que le había generado la merienda en casa de Leo.

—Tú tienes las tardes libres.

—No vamos a hablar de eso ahora, Alfonso, no me apetece —replicó tratando de calmarse. Decidió ofrecer una rama de olivo—. Y si estás tan cansado, ¿por qué no pides un día libre y te vienes un fin de semana? Podríamos hacer un poco de turismo, Almería es muy bonita. O simplemente descansar. Pasar tiempo juntos, y solos... —sugirió. No quería terminar una tarde como aquella con una discusión con Alfonso.

—Aunque me dieran el día, cosa que no creo, sería una paliza de coche, y ya sabes que no me gusta conducir. Pero podrías venir tú, cuatro meses lejos de casa es demasiado. Te echamos de menos y seguro que tú a nosotros también.

—Claro que os echo de menos —afirmó—. ¿De veras quieres que vaya? Es una paliza, desde luego, pero podría hacerlo de vez en cuando para veros. No todos los fines de semana, pero alguna vez...

—¡Sería estupendo! —Había entusiasmo en la voz masculina y sintió algo agitarse dentro de su pecho. ¡La echaba de menos!—. Si vinieras el viernes por la tarde te daría tiempo de dejarnos más comida preparada en el congelador. Sería un alivio...

Sintió que la bilis se le revolvía por dentro, amarga y corrosiva, y no fue capaz de contenerse.

—¡Vete al carajo, Alfonso! —exclamó cortando la llamada con brusquedad.

Era la primera vez en su vida que le hablaba así a su marido, faltándole al respeto, pero sentía una furia intensa recorrerle cada poro de su cuerpo.

El teléfono sonó de nuevo con una llamada de Alfonso, que ignoró. No pensaba seguir escuchando quejas ni reproches solapados y mucho menos dejarse convencer para ir a Huelva a cocinar.

A continuación, recibió un mensaje de WhatsApp.

Alfonso:

¿Qué te pasa, Silvia? ¿La llamada se ha cortado?

¿Por qué me hablas así?

«Pasa que soy tu mujer, no tu asistente. Y por un momento me había imaginado que me echabas de menos a mí, no a mis guisos».

Ignoró el mensaje también y desconectó el teléfono. Alfonso era muy insistente cuando quería algo y necesitaba hacerle sentir su enfado.

Volvió a coger el diario. Necesitaba seguir escribiendo, desahogarse en sus páginas, porque si no lo hacía no podría conciliar el sueño.

Diario 16 de marzo

De nuevo aquí, poco rato después. La euforia que sentía se ha evaporado de golpe, no queda ni un resquicio y la culpa la tiene Alfonso. Por un momento he pensado que me extrañaba, que tenía ganas de verme, y el corazón ha vuelto a latirme como hacía años. Pero el muy capullo solo me ha pedido que vaya a Huelva para que me pase el día cocinando. Es el ser más egoísta que puebla la faz de la Tierra. ¿No lo he visto hasta ahora? ¿O acaso no quería verlo?

Siempre he tratado de justificarlo, he aceptado su forma indolente de ser y me he plegado a sus deseos. Lo he mimado como si fuera un niño, le he dado todos los caprichos adaptando mi forma de cocinar a sus gustos, mis horarios a los suyos, echando sobre mis hombros las responsabilidades que deberían ser de los dos. Todo por no escuchar sus quejas, por evitar una discusión, por tenerlo contento, pero esta noche no estoy dispuesta a hacerlo. ¡No me da la gana!

No pienso ir a Huelva ni siquiera en Semana Santa, como tenía previsto. Le pediré a Mar que venga ella, seguro que lo pasamos bien las dos. Nunca hemos hecho cosas de chicas juntas; yo he estado siempre demasiado ocupada para convertirme en amiga de mi hija.

Alfonso tendrá que adaptarse a comer lo que prepare ella o a meterse en la cocina si quiere otra cosa. Esta vez no pienso ceder para salvaguardar la paz familiar, estoy demasiado lejos para que me afecte ver su cara huraña o sus gestos hoscos y estoy segura de que a Mar le importan poco las pataletas de su padre. Es mucho más inteligente que yo

Mañana domingo voy a hacer turismo, y a comer fuera de casa en un buen restaurante. Voy a gastar algo de dinero en mí en vez de ahorrarlo todo. Por una vez que me permita un capricho no peligrarán los estudios de mi hija. Por primera vez en mi vida, la prioridad seré yo. Mañana será mi día y pasaré de responder llamadas o mensajes de Alfonso, por muy insistente que sea. Tal vez así aprenda a valorar lo que tiene, que es mucho más que una cocinera. Me tomaré un día de relax. ¡Porque yo lo valgo!

Con una firme decisión tomada, cerró el diario y se metió en la cama de nuevo. A pesar de que había escrito lo que sentía y eso siempre la ayudaba a relajarse, no conseguía conciliar el sueño. Tal vez parte de culpa la tuvieran los dos cafés cargados que había tomado en casa de Leo. Pero no se arrepentía. No se arrepentía de nada de lo que había hecho esa tarde.

Se levantó y se preparó una tila con la esperanza de que la ayudara a conciliar el sueño. Mientras la tomaba se preguntó qué estaría haciendo Leo, si se habría dormido ya o estaría viendo la televisión, o leyendo. Había una buena colección de libros en su salón, pero no había llegado a ver los títulos. ¿Qué le gustaría además del teatro de Alejandro Casona? Y de la música de piano. Y de las tortitas con nata. Todas las había comido así, los otros rellenos los había preparado para ella, pensando en sus gustos.

Sorbo a sorbo notó que se iba relajando, y a medida que lo hacía, sus pensamientos se centraban más y más en el director de la obra de teatro, cuya faceta más humana le había permitido ver unas horas antes.

Días atrás le había confesado que se sentía solo. No parecía tener pareja, al menos en Almería, ni muchos amigos. ¿Por qué un hombre tan interesante estaba solo? ¿Lo había estado siempre o era algo reciente? Algo había insinuado, pero sin confirmarle nada. Estaba en su derecho a guardarlo en secreto; ella hacía lo mismo con la vida que había dejado en Huelva.

No pudo evitar preguntarse si habría sido tan especial aquella tarde para él como para ella, o si se habría tratado solo de matar las horas vacías de un sábado por la tarde. No había podido adivinarlo en sus ojos, pero no le parecía correcto preguntarle.

Apurando la infusión decidió que se reuniría con él el martes después de comer en la cafetería, antes de entrar en el centro cívico, y trataría de ofrecerle esa amistad de la que tan necesitado parecía estar.

Pensar en Leo le había quitado el malhumor generado por las palabras de Alfonso. Se acostó y volvió a poner la película para adormecerse escuchando la música relajante del piano. No le importó pagar una segunda vez la visualización. Se merecía ese pequeño placer.

Capítulo 10

¡No, no, no!

*D*iarario 18 de marzo

He estado desconectada del teléfono todo el domingo después de hablar con Alfonso el sábado por la noche. Logré relajarme y olvidar la poca consideración de mi marido, su egoísmo y su poca empatía hacia los demás, incluida yo. O tal vez debería decir, sobre todo, yo.

Me ha estado llamando de forma insistente hasta que, al fin, he respondido. Y me ha dicho que no entiende qué me sucede y que no quiera ir a casa un fin de semana. No me apetece darle explicaciones, porque tendría que decirle que lo de extrañar a alguien funciona en dos direcciones, de modo que me he limitado a decirle que no puedo, ni quiero, conducir varias horas para estar en Huelva solo un día, y que, si tantas ganas tiene de verme, que venga él. Mi tono de voz ha sido seco y terminante, por lo que no ha replicado. Tampoco ha dicho que vendría.

Mi suegra también me ha llamado para pedirme el vestido que quiere ponerse para una comida, y le he dicho que no —por primera vez en mi vida le he dicho no a una petición—, que es una prenda muy cara y especial para mí, y no quiero correr el riesgo de que se estropee. ¡Qué bien sienta decir NO cuando es lo que en verdad quieres!

Se ha molestado, por supuesto, daba por sentado que se lo prestaría, solo espero que su hijo no ignore mis deseos y le permita usarlo, porque entonces sí van a conocer el alcance de mi enfado y a la Silvia que nunca he llegado a mostrar.

Seguramente no lo habría hecho de estar en Huelva, soy muy sensible a las miradas de los demás y a los reproches, al ambiente incómodo. Pero aquí todo me importa menos. En esta ocasión será Alfonso quien lidie con los reproches de su madre por mi negativa, pero eso me da igual.

En este momento lo único que me importa es que mañana tendremos un nuevo ensayo y he decidido reunirme con Leo para tomar café antes de empezarlo. Sé que ese café me quitará el mal sabor de boca que me ha dejado la actitud de Alfonso.

Además, deseo conocer mejor al hombre que refugia en la música su soledad, porque tengo la

impresión de que hay algo en él que solo deja salir delante de un teclado, y también cuando sube a un escenario.

Todavía no he tenido muchas ocasiones de verlo actuar, apenas unas líneas para indicar a otros actores algún matiz o un cambio en el tono de la interpretación. Pero tengo ganas de verlo en su papel de Martín, que creo que le viene como anillo al dedo.

Antes de reunirme con él desconectaré el teléfono y lo dejaré apagado hasta que termine en el ensayo. Voy a acostumbrar a mi familia a que no esté conectada las veinticuatro horas del día. Y a disfrutar de los ensayos sin distracciones.

Leo llegó a la cafetería a su hora acostumbrada, con tiempo más que suficiente para tomar un café antes del ensayo.

Le había comentado esa costumbre a Silvia con la esperanza de que se reuniera con él. Después de la tarde del sábado, que había sido especial, deseaba pasar más tiempo a solas con ella, conocerla mejor.

Hacía mucho que no tocaba para nadie, solo para sí mismo, y había resultado muy gratificante. De vez en cuando había desviado la mirada del teclado para mirarla y la expresión de su cara no mentía: disfrutaba de la música tanto como él, eso no se podía fingir.

Tampoco pensaba que fuera una mujer que mintiera para agradar, le parecía sencilla, sin dobleces.

No pudo evitar una sonrisa cuando la vio aparecer en la concurrida cafetería, mirando a su alrededor para tratar de encontrarle entre las mesas ocupadas casi en su totalidad. Se levantó para hacerse ver, y la recibió con un saludo cordial que no dejaba traslucir la inmensa alegría que le producía su presencia.

—¡Hola, Silvia! Me alegro de que hayas decidido venir más temprano.

—No tenía nada que hacer en casa, y me gusta cómo preparan aquí el café. Además, que un rato de charla siempre es bienvenido.

—Lo mismo digo.

Se sentó a su lado, tras encargarse el café.

—¿No quieres tortitas? —le preguntó al ver que solo había pedido la bebida.

—No quiero comer dulces a menudo, trato de mantener el peso controlado. Además, después de las tuyas, no pego con las de aquí —exclamó.

—Puedes pecar con las mías siempre que quieras. No las preparo para mí, no es divertido comer tortitas solo.

—Tienes razón. Hay cosas que es mejor hacerlas en compañía. Te tomaré la palabra, e iré a comerlas alguna otra vez, si van acompañadas de un concierto como el del otro día.

La miró a los ojos con interés.

—¿De verdad te gustó la música? ¿No lo dices solo para quedar bien? No es necesario que finjas conmigo.

—¡Claro que no! ¿Qué te hace pensar eso?

—Ya me ha pasado. Algunas personas dicen «¿Tocas el piano? ¡Me encanta!». Y luego se aburren como ostras a la segunda canción y están deseando que termine, pero no se atreven a decirlo.

—No es mi caso, te lo aseguro. De hecho, me he comprado la película y la he visto, y escuchado, ya un par de veces. Me gusta mucho la música, y el teatro, y hace años que no disfrutaba de ninguna de las dos cosas.

—¿Puedo preguntar por qué?

Silvia era una mujer tan alegre, tan vital que no entendía por qué no había disfrutado de la vida antes de llegar a Almería.

—Porque estaba demasiado ocupada y porque, al igual que las tortitas, no es algo que me apetezca hacer sola.

—¿Puedo proponerte ir a ver alguna obra de teatro un fin de semana?

—¡Me encantaría! Y hablando de teatro... ¿Cuándo voy a verte interpretar a ti? Hasta el momento solo conozco tu faceta de director, y como mucho alguna frase de otros personajes. ¿Cuándo subirá Martín al escenario?

—Hoy mismo, si lo deseas. ¿Qué te apetece ver?

—Me gustaría la escena en que Martín y Adela se declaran su amor. Me parece de una gran intensidad. Es mi favorita de toda la obra.

—Espero que venga Aurora, sin ella no es posible.

—Confiemos en que sí.

Terminaron el café y se dirigieron al centro cívico. Como siempre, fueron los primeros en llegar al ensayo.

El escenario era pequeño, pero tenía todo lo necesario para representar una obra y no necesitaban demasiado mobiliario: una mesa y unas sillas que les prestarían en el centro para la representación y los cortinajes rojos que simulaban las diferentes puertas por las que entraban y salían los personajes.

El resto del grupo se les fue uniendo en poco tiempo. Aquel día estaban casi todos, incluidos los hijos de Ceci, y empezaron el ensayo por ellos, que no podían acudir siempre. Después, Martín y Adela subieron a escena para interpretar uno de los diálogos más emotivos de la obra.

Silvia se sintió contenta, porque sabía que Leo había querido satisfacer su petición. No estaba acostumbrada a que nadie quisiera complacer sus deseos, y disfrutó mucho de la ofrenda.

Mientras contemplaba como Leo y Aurora se cogían de las manos y se miraban a los ojos, proclamando su mutua pasión, pensaba que ella no había podido disfrutar de algo tan intenso, que el embarazo de Mar les había hecho tomar la decisión de casarse de forma más práctica que apasionada. Tampoco imaginaba a Alfonso hablándole de amor con intensidad. Lo suyo había

sido otra cosa. La quería, de eso estaba segura, pero nunca había sabido expresar sus sentimientos con palabras ni con gestos cariñosos. A veces se preguntaba cómo hubieran sido sus vidas si no se hubiese quedado embarazada a los pocos meses de conocerse, si con el tiempo habrían llegado a casarse o la relación se habría enfriado, si seguirían juntos después de tantos años si no existiera su hija.

Desde que estaba en Almería se había preguntado más de una vez si aún seguía enamorada de Alfonso, porque no le echaba de menos en absoluto y cada vez tenía menos ganas de hablar con él por teléfono. Tal vez si viniera a verla, si hiciera ese esfuerzo —que no parecía dispuesto a realizar— por ella, si le demostrara un interés más allá de lo doméstico, recobrarían lo que un día tuvieron.

Trató de apartar esos pensamientos y volver a concentrar la atención en el ensayo que se desarrollaba ante sus ojos.

La voz ronca de Leo hablaba de amor, de sentimientos, de la misma forma que lo hicieron el sábado sus manos sobre las teclas del piano. No tenía dudas de que era un hombre apasionado en todas las facetas de su vida, no solo sobre un escenario. Los diálogos resultaban creíbles, nadie que los contemplara dudaría de que estaba enamorado de la mujer cuyas manos sostenía entre las suyas.

La interpretación terminó y con ella dieron por finalizado el ensayo. No pudo menos que aplaudir, aunque pensaba que Leo había logrado meterse en la escena mucho mejor que Aurora. Esta parecía distraída, aunque en otras ocasiones su interpretación había sido mejor. Tal vez porque se trataba de una escena de amor y le costaba interpretarla con un hombre que no era su pareja.

Se despidieron y se fueron marchando. Silvia y Leo quedaron los últimos, para cerrar el salón de actos y entregar la llave en el mostrador de la entrada.

—Gracias —murmuró cuando se vieron a solas.

—¿Gracias por qué?

—Por ensayar hoy la escena que te he pedido.

—En algún momento le tenía que tocar.

—Pero lo has hecho hoy. ¿Por mi petición?

—Me ha gustado complacerte. ¿Qué te ha parecido?

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—Aurora le ha dado poca emoción al personaje.

—Está pasando una mala época en su casa, le cuesta concentrarse.

—Espero que no sea nada grave.

—Problemas conyugales, es lo único que ha dicho. No ha entrado en detalles.

—Vaya. Espero que se solucionen.

—Yo también, y no solo por la obra. A fin de cuentas, esta no es más que una actividad para

divertirnos.

—Tú te lo tomas muy en serio.

—Me gusta hacer bien las cosas, sean de la índole que sean.

—A mí también.

Se quedaron parados en la puerta del centro cívico, como si no tuvieran ganas de despedirse.

—Tengo aquí el coche... —comentó Leo—. Te llevo a casa, si quieres.

—No hace falta, está muy cerca, y hoy no llueve; es un agradable paseo.

—Bien, entonces hasta el jueves.

—Hasta el jueves, Leo.

Comenzaron a caminar en direcciones opuestas. Leo se dirigió hacia el coche, conteniendo las ganas de ofrecerse a acompañarla a pie, de dar ese paseo con ella, pero se contuvo. No quería resultar pesado ni agobiante. Silvia le agradaba, pero no quería imponerle su presencia. Ya había tenido suficientes chascos en su relación con las mujeres.

Silvia llegó a su casa y se dispuso a prepararse la cena. Pero antes llamó a Lola, con la que hacía mucho que no charlaba.

—¡Dichosos los oídos, guapa! Estás perdida —respondió su amiga al descolgar.

No pudo evitar reír. Se sentía con ganas de reír por todo en aquel momento.

—Estoy bastante ocupada.

—Dime que no es limpiando.

—¡Por supuesto que no! Vivo sola y apenas ensucio ni desordeno.

—Así me gusta. ¿Qué te tiene tan atareada?

—Almería, que es una ciudad muy bonita para recorrer, y la obra de teatro.

—No estarás dejando que en la obra se aprovechen de ti como hacía tu familia, que no te estás comiendo todos los marrones que nadie quiere.

—Claro que no; Leo no lo permitiría.

—¿Quién es Leo? —Había curiosidad en la voz de su amiga.

—El director.

—¿Y es un dulce ancianito que representa al abuelo? He leído la obra cuando me dijiste que la estabais ensayando.

—No, ese es Mario. Leo interpreta a Martín.

—¿Edad?

—Treinta y muchos, cuarenta y pocos... No se lo he preguntado.

—¿Atractivo?

—Normal. Simpático, agradable, pero ningún adonis. Buen actor, eso sí, y buena persona también.

«Y prepara unas excelentes tortitas».

—¿Tenéis buena relación el grupo de teatro?

—La mayoría solo nos vemos en los ensayos, y no siempre acuden todos. Hay unos estudiantes que, al parecer, desaparecen en épocas de exámenes, un par de niños que tampoco vienen siempre, Mario, y varios miembros más.

—¿No sales con ellos? ¿Alguna juerga nocturna?

—Cada uno tiene su vida, al margen de la actividad. —Dudó si hablarle a su amiga de su amistad con Leo. Luego pensó que si a alguien podía contarle que estaba haciendo un amigo en Almería era a ella, que no la juzgaría ni pensaría lo que no era—. Me he tomado algunos cafés con Leo.

—¿Solo unos cafés?

—Uno de ellos en su casa.

—Hummm...

—Lola, contén la imaginación. Tiene una explicación: toca el piano y como comprenderás, no puede sacarlo a la calle.

—¿No te ha tirado los tejos?

—Claro que no. Es un hombre muy correcto y educado. Además, yo estoy casada y ni loca se me ocurriría tener una aventura extramatrimonial. Solo tomamos café y tortitas y tocó para mí la banda sonora de la película *El piano*. No sé si la conoces.

—¿Él está casado? —siguió preguntando Lola, ignorando la alusión al filme.

—No lo sé. Vive solo, pero yo también y sí lo estoy. Nunca habla de nadie de su familia.

—¿Le has hablado tú de la tuya?

—No. Nunca se ha presentado la ocasión. Tampoco tengo muchas ganas de contar a un hombre amable y educado que mi marido es un egoísta y un vago. Pero no hay ningún tipo de interés romántico entre Leo y yo; solo nos hemos tomado un par de cafés.

—Claro, claro.

—¿Y por ahí como va todo?

—Como siempre, Silvia. Mucho trabajo y dos manos menos: las tuyas. Pero no te preocupes, nos las apañamos.

—No me preocupo, puedes estar segura. Si algo estoy aprendiendo aquí es a que muchas cosas me importen un bledo.

—Me alegro muchísimo. Ahora hablemos de ese fin de semana de chicas... ¿Cuándo te viene bien acogerme?

—Cuando quieras.

—¿Dentro de quince días? Para entonces podré arreglarlo.

—Me parece perfecto. Estoy deseando verte.

—¡Y yo a ti! Y ahora te dejo, mi querido esposo está poniendo la comida en la mesa.

—¡Qué suerte tienes! Yo, si no cocino, no como.

—Ahora que Alfonso habrá aprendido a cocinar, oblígalo a compartir las tareas cuando vuelvas.

—Lo intentaré, pero no las tengo todas conmigo. Que aproveche tu cena.

—Gracias. Nos vemos pronto.

—Adiós, Lola.

Cortó la llamada. Si Lola había pensado por un momento que pudiera haber algo entre Leo y ella, su familia la condenaría por haberse tomado un simple café con él. No, no podía decirles nada de su amigo pianista, para preservar la paz doméstica y conyugal.

Capítulo 11

Interpretando

*D*iarario 30 de marzo

Ya hace más de un mes que estoy en Almería. Se me ha pasado volando, y gran parte de la culpa —si tomamos culpa como algo positivo— la tiene Leo. Siento que he encontrado en él a un amigo, alguien que comparte mis aficiones y gustos. Se ha convertido en costumbre reunirnos en la cafetería después de almorzar los días que tenemos ensayo, aunque no hemos vuelto a quedar en su casa para escuchar música. Tampoco se ha materializado su propuesta de ir al teatro, y no quiero ser yo la que lo plantee. Tal vez se arrepienta de haberlo dicho, aunque nuestras charlas en la sobremesa de martes y jueves sean distendidas y muy agradables. Y yo las espere con muchas ganas, incluso con un poco de ilusión.

Podríamos pasar horas hablando de música, de libros, incluso de viajes soñados, porque ninguno de los dos nos hemos desplazado más allá de algún fin de semana dentro de la comunidad autónoma.

No tuve viaje de novios y él nunca me ha dicho si está o ha estado casado, y muy poco de su vida privada, lo que me da la excusa perfecta para no hablarle de la mía. Porque sigo sin querer que sepa de Mar, y mucho menos de Alfonso y el tipo de matrimonio que tengo. No es que sienta vergüenza de ellos, es... algo que no puedo explicar, como si manteniéndolos en secreto pudiera vivir estos meses con más libertad, ser solo Silvia, la mujer. Tal vez si Leo sabe que estoy casada restrinja nuestros encuentros en la cafetería y los ratos que pasamos en la puerta del centro cívico al terminar. Nos ponemos a hablar cuando ya los demás se han ido, despidiéndonos, y se nos va, como suele decirse, el santo al cielo.

Esos momentos, junto con los ensayos, se han convertido en lo mejor de mi vida en Almería y me gustaría compartir con Leo algunos más, algún paseo o la mencionada función de teatro. Pero no seré yo quien lo proponga, no me parece correcto ni ético siendo mi situación personal la que es. No es que vaya a pasar nada entre nosotros, yo jamás tendría una aventura, pero a veces me siento mal por desear divertirme con un hombre que no es mi marido. Aunque lo cierto es que

nunca compartí con Alfonso lo que comparto con Leo.

El fin de semana próximo viene Lola, y también lo estoy esperando con ilusión. Está claro que Alfonso no va a desplazarse hasta aquí para verme, y tampoco tengo muchas ganas de que lo haga. Cada vez soporto menos sus quejas, sus intentos de hacerme sentir mal por el hecho de estar aquí.

Ahora le ha dado por decir cuando hablamos que espera que esté ahorrando lo suficiente para que mi estancia lejos de casa merezca la pena. Que el sacrificio es grande y bla, bla, bla. Lo escucho como quien oye llover, aunque a veces, cuando esto sucede, me entran unas ganas terribles de escuchar un piano acompañando a las gotas que golpean contra la ventana. Piano, lluvia y compañía harían de una tarde desapacible algo casi perfecto.

Sí ahorro, los estudios de mi hija son prioridad, pero también me permito algún capricho culinario o de diversión como una comida fuera de casa o ir al cine. No estoy viviendo mi estancia en Almería como una monja de clausura. Ellos han contratado a una mujer que limpie la casa una vez por semana, y a mí no me parece mal el gasto. De ese modo me aseguro de que encontraré un hogar agradable a mi regreso. Y tal vez la mantenga en el futuro, eso me haría la vida más cómoda. Pero no quiero pensar en el futuro, y menos en la vuelta, sino en la visita de mi amiga.

Cuando llegue haremos un poco de turismo por la zona, visitaremos el Cabo de Gata y otros sitios de interés que he localizado, fuera de la ciudad. Y nos daremos un homenaje gastronómico en alguno de los restaurantes que he descubierto. Será un fin de semana estupendo, y el mes próximo le pediré a Mar que venga los cuatro días festivos de Semana Santa. El año que viene mi hija abandonará el nido y quiero disfrutar un poco de ella antes de eso.

Con estos planes doy por finalizado mi escrito esta noche, feliz porque hoy no es en absoluto negativo.

Silvia se reunió con Leo en la cafetería como cada jueves, aunque se había retrasado un poco aquella tarde. No había almorzado en su casa, su jefe les había invitado a todos a tomar algo por su cumpleaños y se había demorado sobre su hora habitual. Él ya estaba sentado en una mesa y al verla, la cara de ligera preocupación que presentaba dio paso a una luminosa sonrisa. Se levantó para pedir los dos cafés que solían tomar.

—¡Hola, Silvia!

—Hola Leo —respondió a su saludo.

—Es un poco más tarde hoy. Temía que no vinieras.

—Me he retrasado con compañeros de trabajo. Pero si no hubiera venido, te habría avisado.

—No es necesario. Es solo que... me estoy acostumbrando mal.

—Para mí, lo es; no me gusta que me esperen, y mucho menos dejar plantado a alguien. Veo

que no has pedido tu café todavía.

—He decidido aguardar un poco más, y al fin ha merecido la pena: estás aquí.

—Hoy voy a tomar algo más que el café, porque solo he tomado una tapa para almorzar. Nos ha invitado mi jefe y luego no me ha dado tiempo a ir a casa para comer. No quería retrasarme más.

—¿Tortitas?

—No son como las tuyas, pero sí.

—Puedo preparártelas otra vez el sábado. Y volver a tocar para ti, si te apetece...

Había intensidad en la mirada y expectación en las palabras de Leo.

—Me temo que este fin de semana no puedo. Viene a verme una amiga de Huelva y tenemos planes. Pero si quieres cambiarlo para el siguiente, estaré encantada de volver a comer tus tortitas y escuchar tu música.

—Por supuesto que quiero. Dentro de dos sábados entonces.

—Muy bien.

—Estoy componiendo una canción. Me gustaría que me dieras tu opinión. No es nada del otro mundo, solo una balada sencilla. Aún no la ha escuchado nadie.

—¿En serio? Estaré encantada y será todo un honor oírla en primicia.

Tomaron el café sin prisa, pero el tiempo no les daba para demorarse, como otros días, en un rato de charla. Pagaron y se dirigieron al centro cívico.

Cuando llegaron al salón de actos encontraron a Aurora esperándolos. Leo miró el reloj que llevaba en la muñeca para comprobar si se habían retrasado, pero no era así.

—Hola, Leo. No llegas tarde, soy yo quien ha venido un poco antes porque quiero hablar contigo. Y con los demás, por supuesto, pero es a ti, como responsable de la obra a quien debo más explicaciones.

La cara de Aurora presentaba profundas ojeras y la piel macilenta. Silvia se apartó un poco para darles algo de intimidad.

—No te vayas, también te atañe a ti —comentó la mujer.

—¿Qué ocurre? —inquirió Leo, preocupado.

—Tengo que dejar el grupo de teatro. Me estoy divorciando y mi vida se ha complicado mucho; no dispongo de tiempo para esto.

—¿Seguro que quieres dejarlo? Tienes el papel bastante asimilado y con que le dediques algún rato perdido será suficiente.

—No dispongo de ningún rato, ni siquiera perdido. He encontrado un trabajo a jornada completa, por lo que me será imposible seguir con vosotros. Me fastidia dejaros en la estacada, pero estoy segura de que Silvia podrá reemplazarme. Si ha conseguido aprenderse la obra entera en pocos días, se hará cargo del personaje sin problemas. Harás una estupenda Adela —añadió dirigiéndose a la aludida.

A Silvia le costó asimilar lo que escuchaba. Iba a participar de lleno en la obra y en uno de los

personajes principales, además. Lo primero que su mente registró fue que debería interpretar con Leo la intensa escena de la declaración amorosa y un gusanillo de anticipación le recorrió el estómago.

Sacudió los pensamientos insidiosos y respondió a su compañera.

—Trataré de estar a la altura.

—Sé que lo estarás —afirmó esta.

—Yo no lo dudo —declaró Leo—. Tendremos que trabajar el personaje, pero lo harás muy bien.

—Gracias por la confianza. Os prometo que pondré todo de mi parte y me aplicaré a fondo. Siento tu separación.

Aurora se encogió de hombros.

—Mi matrimonio iba mal desde hace bastante tiempo. No es fácil romper con todo, pero me siento más liberada que deprimida. Cuesta empezar de cero, pero es absurdo intentar tirar de un carro que no va. La convivencia a veces se vuelve insoportable y hay que decir «hasta aquí». Tomar la decisión ha sido lo más difícil, pero ya está hecho.

—No es fácil romper con todo —corroboró Leo—. Cuenta con mi apoyo si lo necesitas.

—Y con el mío —ofreció Silvia.

—Gracias a los dos.

El resto de los compañeros lamentó que Aurora debiera dejar el grupo de teatro y animó a Silvia a sustituirla. Se sintió arropada por todos sin excepción y animada a afrontar el reto. Se había hecho a la idea de permanecer entre bambalinas y la posibilidad de subir al escenario y enfrentarse al público le resultaba estimulante, y hacerlo como pareja de Leo le creaba un extraño cosquilleo interior. No quería decepcionarlo, sabía lo exigente que era consigo mismo y deseaba estar a la altura.

Cuando el ensayo terminó —aquella tarde decidieron que el personaje de Adela quedaría excluido hasta que Silvia estudiara el papel con más profundidad—, Leo y ella permanecieron en la puerta del centro cívico una noche más.

—¡Bienvenida a la parte más bonita de la obra: la interpretación! Me alegro de que hayas aceptado sustituir a Aurora. Hubiera sido complicado encontrar a alguien a un par de meses de la representación.

—Espero estar a la altura. Te prometo que voy a trabajar duro para ponerme al día. Llevo meses de retraso.

—Lo conseguirás. Yo te ayudaré, si quieres. Tengo todas las tardes libres y los fines de semana. Podemos quedar para ensayar los dos, y así vas adelantando. Algunas de tus escenas son conmigo. —La miró a los ojos con expectación.

—Me parece una buena idea. Yo también tengo las tardes libres, salvo este fin de semana, que viene mi amiga.

—Te doy un par de días para que estudies el personaje y, si te parece, quedamos el lunes para

ensayar nosotros. Así el martes ya te puedes incorporar al resto de los ensayos, aunque no te pediremos la perfección por el momento.

—¿Qué pasará si no alcanzo la perfección? —preguntó socarrona.

—No pasará nada, no nos ganamos la vida con esto —respondió Leo—, pero sé que lo harás genial, porque Adela es un personaje que te va más a ti que a Aurora. Ella no estaba en su mejor momento para interpretarlo, le daba demasiado dramatismo. Nos ponemos a ello a partir del lunes, pero, si quieres... podemos ir ahora a tomar algo y te cuento un poco lo mismo que le dije a ella al principio. Unas nociones de como enfocararlo.

—¿Ahora? —preguntó.

—Es solo una sugerencia; si no te apetece o tienes algo que hacer, esperamos al lunes.

Apenas habían hablado aquel mediodía, y la idea de prolongar la tarde le atraía mucho más que regresar a su casa.

—Me parece perfecto. Ansío empezar a profundizar en Adela. —«Y me gusta muchísimo pasar tiempo contigo»—. Cerca de mi casa hay un bar agradable donde tomar algo.

—¡Vamos!

El tono alegre con que Leo pronunció la palabra hizo sonreír a Silvia. Él también estaba deseoso de ponerse a trabajar en el reto que tenían por delante. Y tal vez de compartir un rato más con ella.

Llegaron al local caminando uno al lado del otro. Se instalaron en una mesa y pidieron una cerveza y unas aceitunas para acompañar.

—Bueno, tú dirás... ¿Qué es lo que debo saber del personaje? ¿Cómo quieres que lo enfoque?

—A pesar de que en alguna escena Adela no lo parece, quiero que la hagas alegre. Que te muestres como eres.

—¿Me consideras una persona alegre?

—¿Acaso no es así?

—Sí, lo soy —admitió. «Y desde que estoy en Almería, mucho más».

—Adela llega a la casa derrotada, al borde del suicidio, pero recobra la vitalidad y la alegría de vivir junto a Martín y a su familia.

«Más o menos como yo», pensó.

—Entonces me limitaré a ser yo misma en el escenario.

—Y los cautivarás a todos.

La voz de Leo sonó tierna y le produjo un sentimiento cálido. Y su mirada animosa también. Estaba descubriendo cuánto le gustaba que la elogiara, sobre todo si no le pedían nada a cambio.

—Es un halago escuchar eso de tu boca, porque sé lo exigente que eres.

—Es un halago merecido.

—Aún no me has visto interpretar a Adela ni sabes mi capacidad como actriz. Solo he dicho unas cuantas frases sueltas cuando ha faltado alguno de los titulares.

—Pero te conozco lo suficiente para saberlo.

«No, no me conoces tan bien como piensas. No sabes nada de mí ni de la vida que he dejado atrás».

—Gracias por la confianza —dijo, y se sintió mal por ocultarle la verdad sobre sí misma.

Pero cada vez se le hacía más cuesta arriba decírselo, hablarle de su patética vida en Huelva. De su estrés y sus ataques de ansiedad, de ese diario que durante mucho tiempo solo hablaba de quejas y, en las últimas semanas, de ilusión y entusiasmo. Se sentía feliz siendo solo Silvia, empleada de banca y actriz aficionada, y no le hacía daño a nadie por ocultar a la otra, a la que volvería a ser cuando regresara. Quería seguir viviendo su sueño almeriense mientras durara.

Continuaron hablando de la obra, de algunos cambios que Leo quería hacer para adaptarlos a ella. Terminaron la cerveza y decidieron pedir otra y algo de comer. Silvia sintió vibrar el móvil dentro de su bolso, pero lo ignoró. Fuera quien fuese, lo vería más tarde, cuando no estuviera disfrutando de una cena agradable con Leo. Cuando nadie pudiera estropearle el momento.

Terminada la comida, él se empeñó en acompañarla hasta su casa, dando un paseo, y Silvia no lo rechazó. La noche era agradable, el tiempo estaba mejorando y la primavera se anunciaba ya en el aire.

Una vez en el portal, se despidieron.

—Hasta el próximo ensayo.

—Hasta entonces, Silvia. Disfruta de tu fin de semana con tu amiga.

—Lo haré. Pensamos hacer alguna excursión por los alrededores, además de turismo por la ciudad.

—Muy bien.

—Disfruta tú también del tuyo.

—No olvides que el siguiente tenemos una cita.

—No lo olvidaré.

Silvia subió a su piso sintiendo la mirada de Leo a su espalda. El teléfono volvía a sonar, pero le hizo caso omiso hasta encontrarse en la vivienda. Después devolvió la llamada a su hija.

Capítulo 12

¡De chicas!

Diario 31 de marzo

Estoy ilusionada con la visita de Lola, que llega mañana. Nunca hemos tenido un fin de semana de chicas, solo tomarnos alguna cerveza o un vino apresurado al salir del trabajo, por los horarios de Alfonso. Este fin de semana será sin horarios, sin prisas y sin nadie que reclame nuestra atención. Aunque su marido es un encanto, trabaja en casa y se ocupa de gran parte de las tareas domésticas. Tampoco la agobia con obligaciones ni reproches si sale o se retrasa, es dueña de su tiempo. Como yo aquí.

He dedicado la tarde de hoy a estudiar en profundidad el papel que voy a representar y pienso que Leo tiene razón, que Adela es un personaje alegre. Y he descubierto algo: él tendrá que cogerme en brazos para entrar en escena, llevarme desmayada. Me resulta inquietante la idea, supondrá un acercamiento físico que, no sé por qué, me perturba.

Hasta el momento solo hemos conversado, manteniendo las distancias, sin tocarnos, y la posibilidad de estar tan cerca me produce una extraña sensación. No soy ninguna timorata, no tengo problemas en besar a un hombre cuando nos presentan o incluso en dar un abrazo, abracé a todos mis compañeros del banco el último día, incluido Fermín. Pero con Leo es diferente. Es como si tuviera más conciencia de que es un hombre, además de un amigo. Tendré que mentalizarme para no parecer una tonta mojigata cuando llegue ese momento.

También me pregunto si tendrá fuerza para sostenerme, soy una mujer alta y él es solo un poco más alto que yo y no parece demasiado musculoso. No es ningún adonis, sino un hombre bastante corriente, de rasgos regulares sin nada que destaque, de cuerpo delgado, pero no trabajado ni en un gimnasio ni en otras actividades; sin embargo, emana de él algo que me infunde calma y confianza. Cuando estoy a su lado siento que nada puede pasarme, pero lo que creo que más me gusta es que me siento yo misma, no la supermujer que todos creen que soy, la que puede con todo, la infatigable, la de Huelva. También me siento normal y corriente, con mis virtudes y mis defectos, con mis debilidades. Con ganas de que me cuiden y me mimen también

a mí. Él lo hace, se preocupa de lo que me apetece, me suele traer el café a la mesa, tiene mil detalles que para otra podrían pasar desapercibidos, pero no para mí, porque no los he tenido nunca.

No sé por qué me inquieta hoy pensar en Leo, tal vez porque voy a interpretar un par de escenas románticas con él. Me ilusiona mucho hacerlo y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en ello.

De momento trato de distraerme esperando la llegada de Lola y nuestro fin de semana de chicas.

Silvia y Lola se sentaron ante sendas copas de whisky, dispuestas a poner el colofón a un día maravilloso. Habían estado de excursión en el Cabo de Gata y otras zonas de los alrededores, y tras regresar a Almería habían comprado una empanada para cenar, de la que habían dado cuenta regada con media botella de vino, y después se dispusieron a una sesión de confidencias.

Desde que se reunieron la tarde anterior apenas habían tenido tiempo de charlas íntimas, ocupadas en diversos planes de turismo y otras actividades. Pero al fin había llegado el momento que Lola deseaba desde que se reunieron: pillar a su amiga con la guardia baja y dos copas de más. La veía tan diferente que estaba segura de que no se debía solo a un cambio de trabajo y de ciudad. Silvia no bebía apenas y esperaba que con lo ingerido aquella noche le confiaría todo lo que estaba sucediendo.

—¡Por las reuniones de chicas! —brindó.

Silvia alzó su vaso y, tras chocarlo con el de su amiga, bebió un buen sorbo.

—¡Por nosotras! Por que podamos repetir esto en otras ocasiones.

—Yo no tengo problema para hacerlo, eres tú la que siempre está ocupadísima con mil obligaciones.

—Aquí no lo estoy. Aquí me siento de maravilla.

—Lo sé. Te veo alegre, radiante y rejuvenecida. ¿Cuál es el secreto?

—Supongo que este traslado está siendo para mí una especie de vacaciones. El trabajo en el banco es muy sencillo, mi jefe es capaz de solucionar sus asuntos sin requerir de mí más de lo que mi cometido implica. Cuando Fermín me propuso venir me imaginaba todo tipo de complicaciones, un trabajo mucho más complejo. Pero la verdad sea dicha, no entiendo cómo no han conseguido a nadie que sustituyera a la chica embarazada; es un trabajo muy fácil que cualquiera medianamente cualificado puede realizar.

—Tengo que confesarte que fue una pequeña trampa, y yo soy bastante culpable. Te veía tan estresada, tan exhausta que me tenías muy preocupada. Después del ataque de ansiedad que tuviste convencí a Fermín para que te buscara un traslado temporal que te alejara de tu familia y te permitiera descansar. En Huelva no ibas a conseguirlo jamás, estabas cada vez más agotada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no hubieras aceptado. Estabas tan convencida de que eras imprescindible que hubieras permanecido en Huelva sin cambiar nada, hasta que tu salud se resintiera más de lo que ya estaba. Ahora pareces otra, se te ve tranquila, tu mirada brilla como hace mucho que no brillaba, y la sonrisa aflora a tu boca cada dos por tres. Me alegro de haber contribuido a ello.

—La verdad es que me siento muy bien. Mucho mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo. Imagino que cuando estás metida en una situación no ves nada fuera de ella. Echo de menos a Mar, pero creo que es un buen ejercicio de adaptación para cuando se marche a la universidad. Hablamos por teléfono de vez en cuando, y me está demostrando una madurez que ignoraba que tenía. Me deja más tranquila respecto al año próximo.

—¿Y a Alfonso? ¿También lo echas de menos a él?

Silvia sopesó la pregunta y bebió otro largo trago, dándose tiempo para pensar la respuesta.

—Si te soy sincera, no lo echo de menos en absoluto. Tengo que hacer un esfuerzo para llamarle por teléfono cada dos o tres días. Pero lo hago, y también respondo a sus llamadas o mensajes cuando puedo. No siempre de forma inmediata, lo reconozco; pero es que nuestras conversaciones se limitan a quejas por mi ausencia y a que intente hacerme sentir culpable por estar aquí, como si fuera un niño indefenso y lo hubiera abandonado.

—¿Y te sientes culpable? ¿Sientes que lo has abandonado?

—Al principio, un poco, pero cada vez menos. Me doy cuenta de que mi marido es un redomado egoísta, que solo piensa en sí mismo y poco en mí. Tengo claro que cuando vuelva las cosas tienen que cambiar.

—Pues si tu estancia en Almería ha servido para que reconozcas eso, celebro haber convencido a Fermín para que te trasladara aquí. Te está sentando muy bien, estás mucho más guapa, y lo mejor de todo es que eres más firme en tus convicciones.

—Lo estoy, sí. Y mi aspecto, supongo que es porque no estoy agotada, porque me acuesto a una hora razonable y también tengo ratos de ocio. Cosas que ya ni recordaba lo que eran.

—Te refieres a la obra de teatro en la que colaboras.

—Sí, y a Leo, el director. A veces quedamos para tomar un café antes de los ensayos. Hace unas noches cenamos juntos. Pero no pienses que era una cita —explicó para justificarse—, es que la chica que interpretaba uno de los personajes ha tenido que dejarlo y yo la voy a sustituir. Tenía que explicarme algunas cosas para ponerme al día, porque el resto del elenco ya llevan muchos ensayos.

—¿Por qué tratas de justificarte? No hay nada de malo en cenar o tomar café con un amigo. Porque Leo y tú lo sois, ¿verdad?

—Yo así lo considero.

—Pues entonces, Silvia. Si te apetece quedar con él, hazlo, aunque no tenga nada que ver con la obra. Por cierto, ¿qué papel vas a interpretar?

—Adela.

—La chica que se queda con Martín.

—Sí. —Dio un nuevo sorbo al vaso, apurando su contenido. Lola rellenó los dos de nuevo—. No sé si debería seguir bebiendo, me noto un poco achispada, como si estuviera perdiendo un poco el control.

—Seguro que puedes llegar a la cama. Ni siquiera tienes que salir del apartamento.

—Supongo que sí. Una noche es una noche —afirmó contemplando el vaso y bebiendo otro poco.

—Háblame de Leo.

—Es muy bueno como director de teatro. Y como pianista.

—¿Y como amigo?

—Como amigo es un encanto. Atento, detallista... No sé si te he dicho que él interpreta a Martín... y tendrá que cogerme en brazos —añadió con una risita, signo evidente del alcohol ingerido.

—¿Está fuerte?

—Creo que no demasiado.

—¿Te preocupa que te tire?

—Sé que no me tirará —afirmó con rotundidad—. Tal vez se parta la espalda, pero no me dejará caer.

—¿Qué te preocupa entonces?

Silvia fijó la mirada en el fondo del vaso sin responder.

—¡Vamos, soy Lola! Puedes decirme lo que sea, sabes que no se lo diré a nadie. Tampoco te juzgaré.

—La proximidad. No podrá cogerme en brazos sin que estemos muy cerca uno del otro. Demasiado.

—¿Temes que se propase?

—¡No! Sé que no lo hará, pero...

—Pero ¿qué?

—Me inquieta... por mí, no por él. Nunca me ha cogido un hombre en brazos. Nuestros cuerpos se tocarán.

—Es inevitable.

—Temo que eso me haga verlo como hombre. Hasta ahora solo es Leo, el director de la obra de teatro en el escenario y un amigo cuando tomamos algo. No me voy a sentir cómoda con el contacto físico.

—Puedes preguntarle si podéis cambiar la escena y que solo te ayude a caminar...

—El problema es... —volvió a beber— que quiero que lo haga. Muy en el fondo de mi mente, pero quiero.

—Entiendo.

—¿Entiendes? Porque yo no. No debería desearlo, y mañana negaré haberlo admitido, pero

quiero que me coja en brazos, que me tome las manos en la escena en que se declaran su amor y me mire a los ojos con la intensidad que le imprime al personaje. Porque se mete dentro de Martín y lo vive.

Volvió a beber un buen trago.

—Piensa que no es el hombre el que hace eso, sino el actor interpretando su personaje, y que tú interpretas el tuyo. Y si te toma de las manos y te coge en brazos, ¡disfrútalo, leche!

—¿Tú crees que hago bien?

—Claro que sí. No sois Leo y Silvia, sino Martín y Adela. Piensa en los muchos actores que tienen que interpretar incluso escenas de cama y luego siguen tratándose como compañeros de trabajo y nada más.

—Es verdad. Seguro que lo haremos así. ¡La de tonterías que me está haciendo decir el whisky!

—Muchas tonterías, de las que mañana no nos acordaremos ninguna de las dos —añadió Lola con un guiño.

—No nos acordaremos y es lo mejor. Porque el sábado que viene he quedado en ir a su casa para que me prepare tortitas y toque el piano para mí. Y si me acuerdo de esta conversación no debería ir.

—Claro que deberías ir. Sois amigos.

—Sí, lo somos. Pero yo estoy casada.

—Con Alfonso...

—Sí, con él.

—¿Y cuál es el problema?

Silvia alzó la mano derecha y fijó la mirada en la marca que había dejado la alianza cuando se la quitó, poco después de llegar a Almería.

—Creo que ha llegado el momento de que le hable a Leo de mi familia. Lo haré en cuanto se presente una ocasión propicia.

Lola contempló a su amiga y sacudió la cabeza. Ya comprendía el motivo de que viera a su amiga tan cambiada y tan feliz.

—Creo que es mejor que nos acostemos ya, el whisky no me está sentando nada bien.

—Yo no opino lo mismo.

—¿Sabes? Escribo un diario la mayoría de las noches, y suelo ser sincera en él, expresar mis sentimientos, ya sean buenos o malos; pero nunca he escrito lo que te acabo de contar, al menos tan abiertamente. Debe ser el alcohol, que no estoy acostumbrada.

«Los niños y los borrachos son los que siempre dicen la verdad. Pero si te lo digo, te vas a asustar mucho y vas a salir corriendo. No quiero que lo hagas».

—Eso debe ser. Pero no tengo ganas de acostarme todavía. Te voy a contar cotilleos de la oficina. —«Un tema neutro y poco comprometido».

—Estoy deseando escucharlos.

Durante un buen rato mantuvieron una conversación amigable y divertida, sin volver a tocar el tema de Leo y la obra de teatro. Pero Lola ya había averiguado lo que deseaba saber. Lo que hacía falta era que Silvia lo descubriera también, sin necesidad de unas copas de más. Pero todo llegaría, estaba casi segura. Esperaba que su amiga no fuera tan tonta que dejara pasar una oportunidad de cambiar su vida, esa vida que por fin había comprendido que no le satisfacía.

Capítulo 13

Ensayando

Diario 7 de abril

El fin de semana con Lola ha sido estupendo. He disfrutado mucho de su compañía y de hacer cosas juntas; sin embargo, me siento diferente después de su marcha, como si hubiera traspasado una línea que no debía cruzar. Pero la he cruzado y no hay vuelta atrás.

Me he visto con sus ojos, su mirada perspicaz me ha hecho consciente de cosas que yo había tratado de ocultarme a mí misma. Y va siendo hora de que sea sincera también aquí, sin mentirme: Leo me atrae, y no solo como compañero de reparto. El hecho de que deba cogerme en brazos despierta en mí sensaciones olvidadas hace mucho tiempo, la proximidad de un hombre; el contacto que sin duda se va a producir hace que me aleteen mariposas en el estómago incluso antes de que se produzca.

Sé que debería dejar de verlo, pero no quiero. Que me diga a mí misma que no los puedo dejar abandonados con la obra es una excusa y también una mentira. Quiero seguir tomando café con Leo por las tardes y ensayar con él después. Y representar la obra en mayo, al final de las actividades.

Lo que me inspira no supone ningún peligro, jamás le sería infiel a Alfonso. Se puede comparar con la atracción que se siente por un actor —actor es, y muy bueno— o un personaje de ficción: inalcanzable.

Soy consciente de que mi estancia en Almería es temporal, y mientras dure deseo vivir, antes de volver. Aunque cuando regrese a Huelva tengo que cambiar algunas cosas, porque ya no soy la misma que salió de allí. No volveré a ser la tonta que decía sí a todo, mi familia deberá acostumbrarse a que no siempre esté disponible. Me apuntaré a algunas actividades por las tardes y Alfonso deberá, sí o sí, cumplir su cuota de tareas en la casa.

Pero no quiero pensar en ese momento, solo en que mañana tengo ensayo con Leo y el sábado iré a merendar a su casa.

Leo aguardaba con impaciencia la llegada de Silvia a la cafetería. El fin de semana se le había hecho largo, aunque lo había pasado dándole vueltas a los cambios en la interpretación para adaptar el personaje a la nueva actriz. Si no supiera que ella tenía la visita de una amiga la hubiera llamado para proponerle un ensayo extra en su casa. Aunque no era la obra lo que le motivaba sino el deseo de volver a verla, de sentir con ella la intimidad que ser pareja en el escenario iba a proporcionarles. Una intimidad que, tal vez, se trasladara al mundo real. Le gustaba como hacía mucho que no le gustaba una mujer, y a pesar de sus anteriores fracasos amorosos, intuía que su compañera de reparto era diferente a las féminas que habían pasado por su vida y podría tener con ella una relación que no acabara en desastre.

Ella llegó, puntual y sonriente como siempre, y se acomodó a su lado en la mesa que ya se había convertido en habitual para ambos.

—Hola —lo saludó.

—¿Qué tal con tu amiga? —preguntó.

—Muy bien. Con Lola todo es fantástico cuando estamos juntas. Nos hemos divertido mucho. Hicimos algunas excursiones y también nos pusimos al día en una noche de chicas, de vino y confidencias. No nos veíamos desde que vine a Almería y teníamos muchas cosas que contar.

—Supongo que no te ha dado tiempo de estudiar el papel.

—Supones mal. Estoy lista para ensayar cuando quieras. Lola se fue el domingo a media tarde y hoy es martes.

—Pues tomemos el café y vamos al salón de actos antes de que lleguen los demás. Podemos hacer una primera toma de contacto con el personaje tú y yo, si te parece. Luego ensayaremos con los demás, hoy te toca una buena sesión, si como dices has hecho los deberes.

—No te digo que para sobresaliente, pero al aprobado creo que llego.

Apuraron sus bebidas y se dirigieron al centro cívico. Subieron al escenario y se encontraron frente a frente delante de los cortinajes rojos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Silvia con una sonrisa.

—Por el principio. La primera escena en que aparece Adela.

—¿La que Martín la lleva en brazos, después de rescatarla del río?

—Esa.

—¿Podrás conmigo? Aurora es más menuda que yo.

—¿Y yo no estoy lo bastante fuerte?

—No he dicho eso.

—No te preocupes, sé que no soy ningún cachas, pero lo de coger a alguien en brazos es más cuestión de técnica que de fuerza. Ven, confía en mí, no te dejaré caer.

—Estoy segura de eso, lo que temo es que te hagas daño tú.

—Tranquila.

Se acercó hasta situarse a su lado, muy cerca, y agachándose ligeramente le pasó un brazo bajo las rodillas y otro por la espalda, alzándola del suelo con bastante facilidad.

Silvia se vio apoyada contra el pecho de Leo, más firme de lo que parecía a simple vista. Percibió el olor de su colonia, un olor suave que parecía fundirse con su personalidad, y tuvo que hacer un esfuerzo para no rodearle el cuello con los brazos y sentirlo más cerca. Todo lo que había temido —y deseado— se hizo realidad. El pulso se le aceleró y las mariposas aletearon locas por todo su cuerpo. Dejó de ser Martín que llevaba a Adela para ser solo Leo.

—¿Ves como sí puedo? —le susurró él con voz suave y acariciadora en su oído—. No estoy cachas, pero tampoco soy un tirillas.

—Claro que no.

Leo avanzó unos pasos por el escenario hasta situarse en el centro, lugar donde el día de la representación habría una silla en la que acomodarla. El corazón del hombre latía con fuerza bajo la camisa, podía sentirlo, no sabía si por el esfuerzo o porque su cercanía le afectaba tanto como a ella. Porque la afectaba y mucho.

—Tienes que relajarte, estás muy tensa —advirtió él sin soltarla—. Se supone que estás desmayada... apóyate en mí, te aseguro que no te dejaré caer.

Se recostó contra su pecho y apoyó la cabeza en su hombro. Lo que deseaba hacer desde que la alzó.

—Mucho mejor —afirmó Leo con voz ronca.

El aliento le rozaba la mejilla, los rostros estaban muy cerca. Demasiado cerca. Silvia temía moverse porque cualquier pequeño ademán podía rozar sus bocas y eso no debería pasar.

La brusca entrada de Mario interrumpió el momento cargado de tensión sexual.

—¡Hola! Os he pillado... —dijo riendo.

Leo carraspeó y la dejó en el suelo con suavidad.

—Estábamos ensayando la entrada —explicó.

—Ya lo imagino.

—Silvia temía que no pudiera cargarla al ser más alta que Aurora —volvió a aclarar—. Tenía que tranquilizarla.

Ella no se encontraba capaz de hablar sin delatar su turbación, pero sabía que debía decir algo que relajara el ambiente, porque Mario mantenía en su boca una sonrisa burlona.

—Ha podido sin problemas —añadió, y la frase le pareció idiota. Como idiota se sentía ella, igual que una niña pillada en falta por un adulto.

—Es evidente —comentó el hombre—. Leo está fuerte, aunque no lo parezca. Aun así, debéis practicar más, no sea que el día del estreno surja algún problema. Esa entrada triunfal es una de las más impactantes de la obra.

—Lo haremos.

En aquel momento se les unieron otros miembros del elenco y se integraron en el ensayo.

Repitieron la escena desde el principio y Silvia se relajó un poco más ante la presencia del

resto de compañeros. No obstante, la cercanía de Leo la seguía perturbando, aunque él evitó acercar el rostro como había hecho antes. Probablemente la sensación de que hubieran estado a punto de besarse había sido imaginación suya. Y tenía que controlar eso. La palabra beso no podía estar asociada a Leo. No si quería seguir en la obra y participar en el estreno.

Cuando el ensayo terminó se volvieron a quedar en la puerta del centro cívico, charlando.

—¿Cómo me ves? —preguntó Silvia.

—Imagino que te refieres a la interpretación.

—Claro.

—Pues bien, para ser la primera vez que te enfrentas al personaje. Hay que trabajarlo un poco más.

—Mucho más —repuso, consciente de los errores que había cometido. Errores que se debían más a lo sucedido con Leo antes de que llegara Mario que a problemas con al papel.

—¿Te apetece tomar algo?

«Muchísimo, pero hoy mejor que no».

—Lo siento, no puedo entretenerme esta noche. Debo hacer algunas cosas cuando llegue a casa.

Después de lo sucedido aquella tarde se sentía agitada. Era mejor despedirse y tomarse un tiempo para recomponerse, para volver a poner todo en su sitio. Para colocar de nuevo a Leo en el papel de Martín, y para ello nada mejor que hacer una llamada a casa, para meterse de nuevo en la realidad. Hacía días que no hablaba con su hija, y esa noche lo necesitaba. Volver a sentirse esposa y madre, además de mujer.

—En ese caso, no te entretengo más.

Había decepción en la voz masculina, pero se hizo fuerte para no ceder a la tentación de aceptar una cerveza rápida. Porque sabía que no sería rápida, que se pondrían a hablar y se les iría el santo al cielo.

—Hasta el jueves entonces, Leo.

Él ahondó en su mirada y preguntó con voz insegura:

—Lo del sábado sigue en pie, ¿verdad?

No debería, pero era incapaz de renunciar a escucharlo de nuevo tocar el piano.

—Sigue en pie —afirmó con una sonrisa. El instrumento estaba lejos del sofá, no habría ninguna cercanía.

—Bien. Hasta el jueves.

Echó a andar sintiendo la mirada masculina fija en su espalda. Las ganas de dar la vuelta se le hicieron abrumadoras, pero logró contenerse y seguir caminando en dirección a su apartamento.

Leo permaneció parado en la calle viéndola alejarse. Estaba seguro de que a Silvia le apetecía marcharse tan poco como a él, pero no quiso insistir. Debía ser algo muy importante lo que tuviera que hacer para no aceptar su invitación.

Por un momento temió que hubiera olvidado la cita del sábado siguiente. O que no quisiera ir

a su casa. Cuando la tuvo en brazos, dejó entrever la atracción que sentía por ella y pudo percibir una respuesta, leve, pero respuesta, por su parte. Y como se había relegado después.

Silvia llegó a su apartamento y le escribió un mensaje a Mar por si le apetecía hacer una videollamada. El puente de Semana Santa sería en cuestión de dos semanas y aún no le había propuesto pasarlo juntas. Tal vez fuera tarde y su hija tuviera planes, pero no perdía nada por preguntarlo.

Mar la llamó en seguida, desde su habitación.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Te interrumpo?

—Estaba estudiando, pero un descanso me viene bien. De todas formas, es hora casi de preparar la cena. Papá empezará a rugir hambriento en cuestión de poco rato.

—¿Sigues cocinando tú? ¿Dónde está?

—Sentado en su sofá, viendo la tele, como siempre. Y sí, cocino yo, porque si no lo hago pide tortilla de patatas para que la traigan a casa, y la verdad, no me apetece comerla todas las noches. ¿Cómo estás tú, mami?

—Bien. Ocupada con el trabajo y la obra de teatro.

—Me alegro mucho de que no estés todo el día metida en casa, como hacías aquí. Que tengas vida propia.

—Ten por seguro que no lo estoy. Acabo de llegar.

—Así me gusta.

—¿Qué planes tienes para los días del puente de Semana Santa?

—Pocos. Salir con los amigos e intentar eludir las procesiones y estudiar.

—¿Te apetecería venir a pasar esos días conmigo?

—¿En Almería? ¿No vas a venir tú? —se extrañó.

—No. Una de las chicas de la obra ha tenido que dejarla y me he comprometido a interpretar su papel. Voy retrasada respecto al resto y debo quedarme.

—Papá está convencido de que vendrás —afirmó Mar con cautela.

—No le he dicho tal cosa, no sé por qué lo piensa. Ni siquiera hemos hablado del tema.

—Supongo que porque siempre acompañas a la abuela a ver las procesiones.

Era una de las ocupaciones que pensaba eliminar de su vida a la vuelta.

—Este año tendrá que ir sola o con tu tía. Porque tu padre ni loco se meterá en el centro, y menos a ver pasos.

—¿No quieres venir?

—Me apetece veros, pero no iré a Huelva. Me he comprometido con la obra y lo cumpliré. Podéis venir los dos, el apartamento es pequeño, pero nos las apañaremos. Yo solo ensayo algún

rato, podemos ver la ciudad o salir de ella el resto del tiempo.

—No creo que papá quiera, ya sabes que no le gusta viajar.

«Ni siquiera para verme a mí. Porque piensa que soy yo quien debe adaptarse y sacrificarse para estar juntos», suspiró resignada. Pero no dolía; ya no dolía.

—Se lo comentaré, pero si dice que no... ¿vendrás tú?

—¿No te interrumpiré en tus ensayos?

—Para nada, ya te he dicho que no ensayo todo el tiempo. Me encantará verte, Mar. Os echo de menos. —«A unos más que a otros».

—En ese caso, cuenta conmigo.

—Puedes ir a Sevilla en autobús y coger el avión, así abreviarás el tiempo de viaje si tu padre no se anima y conduce hasta aquí.

—No cuentes demasiado con eso, mamá. Ya lo conoces.

—Sí, lo conozco. No pasa nada, nos vemos nosotras.

—Claro que sí. Pregúntale, y si no quiere voy buscando vuelo.

—Muy bien, cariño, voy a llamarle ahora mismo.

—Estupendo. Ya me dices.

Cortó la videoconferencia y se preparó para afrontar los reproches de Alfonso. Casi prefería que no acompañara a Mar, le apetecía disfrutar de su hija sin malas caras ni recriminaciones, y sobre todo, sin pasarse horas en la cocina. Pero debía ofrecerle a su marido la oportunidad de aceptar la invitación, aunque estuviera segura de que la rechazaría.

Capítulo 14

Una canción

Diario 10 de abril

Como esperaba, Alfonso no quiere venir a Almería. Ha puesto el grito en el cielo — literalmente— cuando se lo he sugerido. Hemos tenido una fuerte discusión, porque estaba convencido de que yo recorrería los quinientos kilómetros de distancia para hacerle la vida más cómoda. Para acompañar a su madre. Para volver a llenarle el congelador de táperes con comida.

En ningún momento ha dicho que me echara de menos a mí, a su mujer, sino a la esclava que tiene en casa, y eso me ha molestado. Pero lo que de verdad me ha enfurecido ha sido cuando le he dicho que no podía ir por la obra de teatro y me ha respondido que dejara de hacer el tonto, que cómo se me ocurre hacer el ridículo subida a un escenario a mi edad. ¡¡A mi edad!! Tengo treinta y ocho años y me siento joven y viva. Y mujer, aunque él solo vea una fregona con patas. Sin derecho a decidir lo que quiero hacer con mis vacaciones, ni con mi vida más allá de estar a su servicio.

Cuando se lo he dicho me ha respondido que mi obligación en vacaciones es coger el coche para ir a ver a mi familia. Que todos están sufriendo por mi traslado, que soy yo la que se ha marchado, la que no está en casa y, por lo tanto, la que tiene que volver cuando tenga días libres. Y ha repetido una vez más la cantinela de que trabaja a jornada completa y lo cansado que se siente. No le ha funcionado esta vez, porque sé que es Mar quien se ocupa de casi todo.

¿Cómo he podido dejar que me anularan de tal forma en el pasado, que todos dieran por sentado que yo haría lo que esperaban de mí? Que dispusieran de mi tiempo sin siquiera preguntarme: Silvia lo hará, Silvia se ocupa. Silvia, siempre Silvia. Lola tenía razón cuando me decía que abusaban de mí y me negaba a verlo.

Al final, cansada de escuchar sus sandeces, le he asegurado que prefiero que no venga puesto que solo escucharía reproches y que prefiero pasar el tiempo con mi hija. Sin él. Y le he colgado con la certeza de que es lo que siento. No quiero que venga. Deseo disfrutar de mis vacaciones en paz.

No ha vuelto a llamar, seguro que piensa que así me muestra su enfado, y que acabaré claudicando, pero no es así. Su silencio solo me causa alivio, porque últimamente hablar con él no es agradable.

A continuación, he llamado a Mar para decirle que buscara un vuelo y que le mandaría el dinero. Ella me ha dicho que intentará calmar a Alfonso, pero le he respondido que no intervenga, que es un asunto entre su padre y yo y que me importa un bledo que esté cabreado. Yo también lo estoy.

El sábado Silvia se arregló con esmero. Seguía muy enfadada con Alfonso, que había intentado convencer a su hija de que no fuera a Almería, para que ella depusiera su actitud, pero no iba a hacerlo. Ni Mar tampoco. Por suerte, tenía más carácter para enfrentarse a su padre y ya tenía billetes para pasar con ella toda la Semana Santa.

A pesar de «su edad», como dijera Alfonso, se miró el espejo y se sintió joven y atractiva.

—Estoy estupenda —le dijo a la imagen reflejada.

El vestido primaveral que se había puesto le sentaba de maravilla, realzando su figura esbelta, aunque no demasiado delgada. Los pechos, ni muy pequeños ni muy grandes, se mantenían firmes, las caderas redondeadas, y la cintura, aunque no tan estrecha como cuando tenía veinte años, se marcaba con el corte del vestido.

Se maquilló con discreción y se dirigió a casa de Leo, dejando atrás todo lo demás, dispuesta a disfrutar de la compañía de un hombre que no la hacía sentir anulada a cada momento.

La amplia sonrisa con que la recibió le ensanchó el corazón y olvidó todos los sinsabores de los días precedentes. Y la mirada apreciativa que le dirigió le subió la autoestima unos cuantos puntos.

—¡Pasa! La masa de las tortitas está a punto y he buscado en internet algunas recetas para rellenos diferentes a los de la vez anterior. Espero que te gusten.

—Estoy segura de ello. Pero no tenías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia, sino un placer, cocinar para ti: nata con nueces, crema pastelera, y las clásicas nata y mermelada.

—Estoy deseando probarlas.

—Pues acomódate que en seguida cuajo las tortitas y te sirvo.

—¿Puedo acompañarte a la cocina mientras las preparas? No quiero sentirme una invitada sino una amiga.

—No eres una simple invitada, Silvia. Solo me gusta agasajarte.

—Me sentiré agasajada también en la cocina.

—Vamos pues.

Lo siguió hasta el recinto, ordenado y limpio, y contempló como se manejaba con soltura entre

los fogones. Vestido con un pantalón vaquero y camisa, se cubrió con un delantal negro para maniobrar la masa y cuajarla en una sartén. La prenda le daba un aire doméstico e íntimo que la hizo sonreír.

—Te sienta muy bien el delantal. Pocos hombres se atreverían a ponérselo delante de una mujer.

—Seguro que esos hombres no tendrían que quitar después las manchas de la ropa.

—Es posible.

—A ti sí que te sienta bien ese vestido... —comentó lanzándole una mirada de reojo que la hizo sonrojar un poco.

Hacía mucho que ningún hombre le decía un cumplido, y mucho menos con la mirada.

—Gracias. Es uno de mis favoritos.

Se hizo un silencio tenso en la cocina, como si ambos quisieran decir algo más y no se atreviesen.

Leo terminó de prepararlo todo, se despojó del delantal y entre los dos lo llevaron a la mesa del salón. Se sentaron a merendar uno frente al otro, como la vez anterior.

Silvia no podía dejar de mirar las manos masculinas mientras rellenaban las tortitas y se las llevaba a la boca. Le gustaban los dedos largos y finos que pronto tocarían el piano para ella, los mismos que la habían sostenido unas tardes atrás en el teatro.

La merienda estaba deliciosa y ambos volvieron a comer más de lo deseado.

—Si sigues alimentándome así empezaré a coger kilos sin remisión.

—Y estarás tan estupenda como ahora. Todavía falta bastante para que un poco más de peso te quite atractivo. Las mujeres escuálidas que son incapaces de disfrutar de una buena comida me dan pena.

—¿De qué disfrutas tú, Leo? —preguntó deseando saber más de él.

—De todo lo que ofrece la vida: la comida, la bebida, los viajes, la música. La lista es interminable, Silvia.

—¿De las mujeres no? —preguntó aun sabiendo que estaba entrando en un terreno resbaladizo y peligroso.

—No soy hombre de mujeres... más bien de una sola mujer. En este momento no hay ninguna en mi vida.

La miró con intensidad, como esperando una réplica por su parte. Era el momento de hablarle de Alfonso, pero sus labios se negaron a hacerlo. Si mencionaba su matrimonio estropearía la tarde, se sentiría amargada y furiosa como los días anteriores. Se lo diría, no quería seguir ocultárselo, pero al final de la velada, antes de irse. Cuando hubiera tocado el piano. Cuando hubiera disfrutado de su agradable compañía.

—¿Vas a tocar para mí? —le preguntó para cambiar de tema—. Me encantaría escucharte.

—Estoy componiendo una canción —afirmó él con una sonrisa—. ¿Te apetece escucharla o prefieres algo de otro autor?

—Quiero oír la tuya.

—No está terminada —advirtió, sentándose al piano, después de servir una copa para ambos.

—No importa.

—Dime tu opinión sincera.

—Por supuesto.

Comenzó a tocar una melodía suave y relajante. Como él. Los dedos se deslizaban por las teclas con seguridad, arrancando al instrumento sonidos mágicos y ensoñadores. Le hicieron pensar en atardeceres junto al mar, en manos unidas, en besos.

Cuando terminó, Leo la miró con expectación imposible de disimular. Necesitaba su aprobación. Los ojos de Silvia refulgían emocionados y se sintió satisfecho.

—Es preciosa, Leo. ¿Es una canción de amor?

—Podría serlo.

—¿Cómo se titula?

—Aún no tiene nombre. Tal vez puedas ayudarme a buscarle uno apropiado —sugirió.

—¿*Atardecer*?

—Podría valer, pero no lo doy como definitivo. ¿Quieres que toque algo más?

—Por favor...

Se giró de nuevo y siguió tocando, metiéndose en la música, poniendo el alma en ella. Tratando de transmitirle a través de las teclas los sentimientos que empezaba a tener.

La tarde se cubrió de magia, las sombras hicieron su aparición en la estancia, y la música lo inundó todo, electrizando el aire, acelerando los corazones.

Escuchaba la respiración agitada de Silvia en la penumbra, tan emocionada como la suya propia. Finalizó *Para Elisa*, de Beethoven, y se levantó del piano, acercándose con cautela.

Los ojos femeninos brillaban cuando se clavaron en los suyos. Se sentó en el sofá a su lado, muy cerca.

—Espero no haberte aburrido... —susurró.

—Me encanta oírte tocar. Podría pasarme horas escuchándote.

—No lo digas para halagarme.

—No lo hago. Me gusta la música, y sobre todo me gusta cómo la interpretas tú, poniéndole tanto sentimiento... es como si tocaras con el alma en vez de con los dedos.

—Mis dedos y mi alma van a la par —susurró alargando la mano y acariciándole la mejilla. Después inclinó la cabeza y buscó su boca.

Apenas los labios se rozaron provocándole un estremecimiento de deseo, Silvia se echó hacia atrás, rompiendo el contacto.

—Lo siento... —se disculpó sintiéndose como un adolescente atolondrado y torpe que ha metido la pata. Hubiera jurado que ella también lo deseaba, que sentía algo por él. Pero era muy torpe en asuntos amorosos, nunca veía la realidad, solo lo que deseaba ver.

—Estoy casada —murmuró ella con los ojos húmedos—. Soy yo quien siente no habértelo

dicho antes. He permitido que esto pasara... y no debía.

Se separó un poco poniendo distancia entre ambos, tratando de calmarse, de asimilar lo que Silvia acababa de confesarle. De nuevo tendría que poner freno a su corazón.

—No te preocupes... yo he malinterpretado tu emoción... Soy un desastre en estas cosas...

—No lo eres...

Vio que el vaso de Silvia estaba vacío y no se le ocurrió otra forma de salvar el incómodo momento que ofrecerse a rellenarlo.

—¿Quieres otra copa?

—Sí, por favor. Voy a explicarte por qué no te he hablado de mi matrimonio hasta ahora.

—No es necesario —concedió.

—Pero deseo hacerlo.

Rellenó ambos vasos y se sentó, guardando las distancias. También encendió la luz, rompiendo la intimidad de la penumbra. Dio un largo trago a su vaso y se preparó para que le rompieran todas las esperanzas que se había forjado.

Silvia rehuýó su mirada cuando comenzó a hablar.

—Llevo casada dieciocho años y tengo una hija de esa edad. Me quedé embarazada muy joven y decidimos asumir las consecuencias.

Leo permaneció en silencio, dándole el espacio que parecía necesitar para hablar de su vida privada. Era evidente que no le resultaba fácil.

—Nadie en Almería sabe de mi matrimonio, no eres el único. He venido de forma temporal para cubrir una baja maternal y... por unos meses he querido vivir libre de cargas familiares. Apenas pude disfrutar de mi juventud, fui madre cuando acababa de cumplir veinte años y solo he conocido responsabilidades y deberes desde entonces. ¿Tienes hijos?

—No.

—Pues es precioso, pero una labor a tiempo completo. Día y noche... Me hice cargo de una casa, de una familia, la que había formado yo y la de mi marido. Es agotador. Cuando me propusieron trasladarme aquí durante cuatro meses vi la posibilidad de vivir todo lo que no pude en mi juventud. Ser yo y solo yo. Hacer lo que nunca he hecho, sentirme libre por un tiempo. Por eso no he dicho nada sobre mi estado civil. El grupo de teatro y tú me estáis haciendo vivir cosas que nunca he tenido y que ahora me doy cuenta de que necesitaba. Escucharte tocar el piano es maravilloso, me emociona; a mi marido no le gusta la música y hace muchos años que no asisto a un concierto ni a una actuación. Lamento si te he dado a entender otra cosa con mi actitud, con mi entusiasmo... No soy libre, Leo. Y regresaré a Huelva y a mi vida a finales de junio.

Él enfrentó sus ojos, cargados de culpa.

—Solo quiero hacerte una pregunta... ¿Eres feliz en tu matrimonio? ¿Lo quieres?

—No tengo una vida perfecta, y deberé cambiar algunas cosas a la vuelta, pero sí, lo quiero. Los quiero a todos. Ahora que ya te lo he aclarado, si prefieres que no volvamos a quedar fuera de los ensayos lo entenderé. No os dejaré tirados con la obra, no te preocupes por eso.

—¿Tú quieres seguir quedando conmigo? —preguntó con voz firme.

—Me gustaría, si no te causa incomodidad.

—No te voy a negar que empezaba a sentirme atraído por ti, pero ahora que conozco tu situación, es cuestión de verte solo como amiga. Podemos seguir tomando café juntos y viniendo a merendar a mi casa. Tocaré para ti siempre que lo desees y te prometo que no volveré a intentar besarte.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Ahora será mejor que me vaya.

—Nos vemos el martes en la cafetería, como siempre.

—Como siempre —corroboró.

Se levantó sin terminar de apurar su vaso y se despidió, saliendo a la noche que se había cernido sobre la ciudad. Con la pesadumbre y la culpabilidad de saber que había deseado ese beso con toda su alma. Ella también se sentía atraída por Leo, pero no era una mujer infiel. Ahora que se había sincerado todo sería más fácil.

Capítulo 15

Culpable

*D*iarario 15 de abril

Me siento culpable, es la única palabra que puedo usar para definir la opresión que me invade el pecho cada vez que veo a Leo. Y cuando por las noches, a solas en mi cama, pienso en él.

A pesar de que durante los ensayos de esta semana no ha hecho ninguna mención a lo sucedido en su casa el sábado, y me trata como siempre, yo sé que está afectado. Y apenado. Que se había hecho ilusiones respecto a nosotros. Nunca me va a hacer un reproche, ya lo conozco lo bastante para saberlo, pero temo haberle hecho daño.

También me siento culpable por Alfonso porque, por muy egoísta que sea, no se merece que yo me sienta atraída por otro hombre. Y que desee besarlo. Porque a pesar de que me aparté cuando la boca de Leo rozó la mía, el leve contacto hizo estremecer cada centímetro de mi cuerpo y de mi alma. Y tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para rechazarlo.

Me he prometido a mí misma no mentirme en este diario, y no lo voy a hacer. Deseo a Leo. Deseo que me bese, que me rodee con los brazos, y no solo cuando hagamos la entrada en escena. Deseo ver de nuevo en sus ojos la chispa de pasión que tenían cuando se levantó del piano y se acercó a mí en el sofá para besarme.

Desde aquella tarde, en mi cama, no puedo dejar de pensar en cómo habría sido su beso. En cómo haría el amor: suave, tierno y apasionado a la vez, estoy segura. Todo lo que hace mucho tiempo yo no tengo. Ni siquiera recuerdo cuánto tiempo hace que Alfonso no me busca en la cama; las últimas veces he sido yo quien ha empezado, quien ha propiciado el sexo entre nosotros. Un sexo, ahora lo veo, concedido con desgana y poco gratificante para mí. Un sexo que no me ha disparado sensaciones por todo el cuerpo como han hecho los labios de Leo con un simple roce sobre los míos.

Solo con escribir su nombre en el papel basta para que su imagen aparezca en mi mente, su cuerpo delgado dando órdenes en el escenario, evitando con cuidado acercarse a mí más de la cuenta. Eso me duele, pero lo comprendo; es mejor para los dos.

De momento evitamos ensayar la escena en que Adela y Martín se declaran su amor cogidos de las manos, mirándose a los ojos, pero en algún momento tendrá que llegar. Espero que para entonces hayamos superado lo que sucedió el sábado y tengamos nuestra relación otra vez confinada en los límites de la amistad. Porque no me imagino interpretarla sin que nuestros ojos y nuestras bocas hablen más de la cuenta.

Sé que lo conseguiremos, que ahora que Leo sabe que tengo un marido y una familia, siga comportándose conmigo como con el resto del elenco. Aunque me duela.

El domingo viene Mar y pasará aquí toda la semana, pero como vamos algo retrasados debido al cambio en el personaje de Adela hemos quedado para ensayar el lunes y el martes. El centro cívico abre, aunque no haya actividades, y tendremos la llave del salón de actos sin problema. Le pediré que dé un paseo mientras yo ensayo.

Me vendrá bien la compañía de mi hija para volver a poner todo en su sitio, para darme ese baño de realidad que he olvidado desde que estoy en Almería. Sentirme de nuevo madre y no solo mujer es lo que necesito para dejar de ver a Leo como algo más que compañero de reparto. Cuando le dé un abrazo a mi pequeña —que ya no lo es tanto— todo volverá a estar bien.

Mar llegó el sábado por la tarde y Silvia acudió al aeropuerto a esperarla. Cuando la vio aparecer la encontró diferente, más mayor, más madura, y se sintió orgullosa de ella.

También su hija la contempló de arriba abajo y le dirigió una luminosa sonrisa antes de lanzarse a sus brazos.

—¡Cariño! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Y yo a ti, mamá. Estás estupenda, Almería te sienta genial.

—No es Almería, es un conjunto de cosas...

—Ya me contarás el secreto —inquirió mientras se dirigían al coche, estacionado en el aparcamiento.

Una vez instaladas en el vehículo se dirigieron hacia el apartamento de Silvia en medio de un intenso tráfico.

—No hay ningún secreto, solo descanso y un trabajo menos estresante que el que tenía en Huelva.

—Pues me alegro de verte tan bien. No creas que no me daba cuenta de cómo estabas antes de venir.

—Hasta el moño, si quieres sinceridad.

—Por supuesto que la quiero. Soy consciente de lo mucho que hacías, y de lo poco que lo valorábamos. Y ahora más que nunca.

—Porque lo estás haciendo tú.

—No todo, mamá. Viene una mujer a hacer la limpieza una vez por semana, yo solo cocino y

me encargo de la ropa. Si el resto de la semana la casa está hecha un poco desastre, paso. A veces hay platos en el fregadero, y con mucha frecuencia ropa sin planchar.

—¿Y cómo se toma eso tu padre? Porque le gusta tener la casa limpia y ordenada, aunque él la desordena todo el tiempo; se agobia si no lo está. Y es muy quisquilloso con su ropa.

—Gruñe, pero también paso de eso. No le quito tiempo a mis estudios para ordenar ni mimarlo, como hacías tú. Ropa no le falta, pero si quiere una camisa determinada y no está lista, que la planche él. No me afectan sus quejas ni sus rabietas, las oigo como quien oye llover.

—¿Y tu abuela? ¿No echa una mano?

—Viene poco por casa ahora. Como mucho algún domingo a almorzar.

—¿En serio?

Mar rio con ganas.

—¡Y tanto! Si quiere merendar tiene que preparar ella el café, no hay dulces en la despensa, si acaso alguna galleta de avena, y por supuesto no se queda a cenar porque, además de que lo que yo preparo no le gusta, tiene que irse en bus o en taxi después. La primera vez que le pidió a papá que la llevara a casa, este le dijo lo de siempre: que estaba muy cansado, y le sugirió el taxi.

—¿Y quién recoge a tu primo de natación?

—Pretendían que lo hiciera yo, pero eso me quitaría dos tardes a la semana de estudio, y no estoy dispuesta. Me lo estoy tomando muy en serio, me juego mucho este curso y no pienso dejar que me manipulen como hacen contigo. Lo han quitado de la actividad, supongo que en espera de que tú vuelvas. Sus padres trabajan y nadie está dispuesto a sacrificarse por el crío.

—Pues lo llevan claro, porque las cosas van a cambiar cuando regrese. He descubierto lo que es tener tardes libres para hacer cosas que me gustan y no pienso renunciar a ello. Lo siento por el nene, pero es lo que hay. No es mi hijo ni mi obligación. Si quieren que continúe, que sus padres pidan una reducción de jornada o que contraten a alguien que lo recoja, lo duche y le dé la cena.

—Me alegra escuchar eso.

Llegaron al pequeño apartamento y Mar lo contempló complacida.

—Es muy *cuqui*. Pequeño, pero bien aprovechado.

—Para mí sola no necesito más. Se limpia en un santiamén, y como no ensucio más de lo necesario, tengo mucho tiempo libre.

—¿Cómo va tu obra de teatro?

—No va mal. Yo tengo aún que afinar mi papel porque lo he asumido hace poco y debo ponerme al día con los demás. Tenemos ensayo el lunes y el martes. El resto del tiempo soy toda tuya.

—¿Puedo asistir al ensayo? Me encantaría verte actuar.

—No sabía que te gustara el teatro.

—No lo sé, creo que soy más de cine; pero nunca mi madre se ha subido a un escenario y eso no me lo quiero perder. Me encantaría asistir a la representación, y lo haré si puedo, pero no sé

cómo andaré con los exámenes, así que, al menos, déjame verte en los ensayos.

Silvia se lo pensó. No deseaba mezclar a Mar con su actividad como actriz. No quería que conociera a Leo, prefería mantener sus dos mundos separados, pero los ojos de su hija transmitían tanta ilusión que no fue capaz de negarse. Tal vez fuera bueno que Leo la conociera, que la viera como la madre que en realidad era, además de como mujer y amiga.

—De acuerdo; no creo que haya problema.

—Prometo estar calladita y no intervenir. Ni notaréis que me encuentro allí.

—¿Te parece si salimos a cenar fuera? ¿O estás cansada?

—En absoluto. Me apetece estirar las piernas un poco.

—¡Vamos entonces! Inauguremos nuestra semana especial.

Silvia envió un mensaje a Leo comunicándole que no se reuniría con él en la cafetería antes del ensayo, sino directamente en el centro cívico. Imaginaba que lo decepcionaría, porque estaba segura de que para él esos momentos eran tan especiales como para ella, pero le parecía demasiado peligroso sentar a su hija y al hombre por el que se sentía atraída en la misma mesa. En el ensayo era diferente, porque ambos estaban habituados a mantener las apariencias delante de terceros y no se delatarían.

Cuando ambas entraron en el salón de actos Leo ya se encontraba allí, así como Mario, Elsa, Bego y Meli. Todos se giraron al escucharlas entrar.

—Hola. Os presento a Mar, mi hija. Ha venido a pasar unos días conmigo y le hace ilusión presenciar el ensayo, espero que no haya problema.

Leo miró con detenimiento a la joven y luego clavó la mirada en Silvia, que no pudo evitar sentir cierto nerviosismo, como si la estuviera analizando. Como si le estuviera preguntando en silencio si había llevado allí a su hija para que él fuera aún más consciente de su matrimonio y su familia.

—Por mí, ninguno —concedió.

—Por nosotros tampoco —añadió Mario hablando en nombre del resto.

—Ellos son Mario, Elsa, Bego, Meli, y Leo, el director de la obra —los presentó.

—Encantada de conoceros. Prometo no molestar, me sentaré aquí y estaré calladita y atenta. Siento mucha curiosidad por ver a mi madre en acción, nunca imaginé que le interesara el teatro.

—Vamos a hacer que se luzca, entonces, porque es buena. Una lástima que no se haya dado cuenta de su talento interpretativo hasta ahora —anunció Mario—. ¿Te parece, Leo, que le demos prioridad a su personaje esta tarde?

—Perfecto —respondió serio.

Mar se sentó en primera fila a presenciar el ensayo y el resto subió al escenario. Leo asumió su papel de director de escena y apenas le dedicó a Silvia atención más que para sugerirle

algunos ligeros matices en la interpretación.

En la primera escena que ensayaron participaba Silvia con Bego, y esta agradeció que no le hubiera tocado representar una con Leo, aunque estaba segura de que estas llegarían en algún momento de la tarde.

Siguiendo el orden de la obra —él había obviado la entrada en brazos, lo que Silvia le agradeció mentalmente—, al fin les tocó interpretar la escena en que Martín y Adela se declaran su amor. No fue la mejor representación de su vida, estuvo tensa y no logró meterse en el personaje. No le había sucedido con las escenas anteriores, pero le costaba coger de las manos a Leo delante de su hija, y murmurar palabras apasionadas. Temía que esta leyera entre líneas, que viera más allá de las apariencias y adivinara sus sentimientos hacia el hombre. Y peor aún, que comprendiera que eran correspondidos, aunque él estaba haciendo gala de una gran profesionalidad y en ningún momento dejó traslucir nada más que lo que se representaba en el escenario.

El ensayo terminó y todos se despidieron hasta el día siguiente. Leo permaneció como cada noche en la puerta del centro cívico y las miró dubitativo. Silvia sintió que las piernas le empezaban a temblar, ignorando por qué no se marchaba. Al fin él carraspeó y comentó:

—¿Puedo pedirlos un favor?

—Claro —se apresuró a responder, evitando mirarlo a los ojos—. ¿Qué necesitas?

—¿Me dejaríais invitaros a tomar algo? Tengo que hacer tiempo —aclaró—. La hermandad de Pasión me corta el acceso a mi casa a estas horas, y no me gusta sentarme en un bar a beber solo. Si no tenéis ningún otro plan...

Silvia miró a su hija dubitativa. No tenían planes para aquella tarde, porque no sabía cuánto podría durar el ensayo.

—Me apetecería beber algo, tengo sed —aceptó esta—. Me gustaría saber algo más de ti como actriz, y nadie mejor que el director de la obra para responderme. Porque me has parecido muy buena, estoy sorprendida.

—Lo es —corroboró el aludido—. Aunque todavía le falta un poco de ensayo. Vamos entonces, aquí cerca hay un par de sitios agradables y responderé todas las preguntas que quieras hacerme.

Entraron en un bar y se acomodaron en una mesa. Tras pedir unas cervezas y un refresco para Mar, Leo comentó:

—Gracias por compadeceros de mí, no me apetece dar vueltas durante una hora hasta que pueda regresar a casa.

—En Huelva la Semana Santa también colapsa la ciudad. Es complicado desplazarse durante esos días —afirmó Mar.

—¿No te gustan las procesiones?

—Puedo ver alguna, pero no me vuelven loca. La que no se las pierde es mi abuela. Mi madre suele acompañarla todos los años, no sé cómo se las apañará este.

—¿A ti te gustan? —Se giró hacia Silvia para preguntarle. Apenas la había mirado en toda la tarde.

—No demasiado, pero la acompañé un año y ya se ha convertido en costumbre.

—¿Es tu madre?

—No, mi suegra. Y si este año encuentra a otra persona que vaya con ella, me libraré de la obligación en el futuro.

—Pues espero que así sea. Realizar cosas que no te agradan, si no son necesarias, es una lata. A mí tampoco me entusiasma la Semana Santa. Respeto lo que tiene de tradición y reconozco que es pintoresco, pero no soy religioso. Casi siempre suelo irme fuera en estas fechas, pero este año la obra necesita que me quede. Faltan pocas semanas y tenemos mucho que ensayar todavía.

—¿Te has quedado aquí por mí? —preguntó Silvia apesadumbrada.

—Por la obra, igual que tú. Podrías haber ido a casa y estás aquí. Aunque si ha venido tu familia, no ha sido ningún sacrificio...

—Solo ella. Su padre no ha podido.

—Lo lamento.

«Yo no».

—¿Vais a ensayar todos los días? —intervino Mar.

—Hoy y mañana. El centro cívico cierra desde el jueves y el resto de los actores no pueden venir a los ensayos hasta la semana que viene. Aprovecharemos todo lo posible estas tardes.

—¿Tenéis muchas escenas juntos? —volvió a preguntarla chica mirándolos alternativamente.

—Las que has visto hoy, me han hecho interpretar todo el repertorio en tu honor.

—He visto la obra en una aplicación de televisión y creo recordar que hay un momento en que entras en brazos al escenario.

—Eso no hace falta que lo repitamos en todos los ensayos —aclaró Leo—. Más adelante, tal vez.

—Yo lo pediría, mamá. Me parece superromántico.

—No es una obra romántica, Mar. La protagonista es la muerte.

—Pero hay una historia de amor...

—Relativa.

—Di que sí, Mar —intervino Leo—. Hay una historia de amor. Y yo no tengo inconveniente en empezar siempre la escena llevándola en brazos, pero tu madre teme que me lastime la espalda.

—Eso no es verdad, Leo —protestó riendo.

El ambiente se estaba volviendo más distendido, Mar y Leo parecían congeniar y ella comenzó a relajarse.

—Bueno, pues mañana lo haré si Mar viene a ver el ensayo. Te llevaré al escenario desmayada.

—Claro que iré, si no molesto.

—En absoluto. Y tu madre lo va a hacer mejor que hoy, porque a cada ensayo perfecciona más el personaje.

—No me halagues, hoy no he estado a la altura. Lo he hecho mejor en otras ocasiones.

—Estabas nerviosa porque tenías una espectadora muy especial, pero sé que mañana te relajarás y darás todo lo que puedes en el escenario. Tienes que acostumbrarte por si viene tu familia a verte el día de la representación.

—No creo que venga nadie.

—Si los exámenes no me lo impiden yo sí vendré. Pero ya sabes que a papá no le gusta viajar.

—Ya, ya lo sé.

No pudo evitar un leve tono de decepción y notó los ojos de Leo clavados en ella con fijeza. Sin embargo, no dijo nada, se limitó a mirarla y a beber de su cerveza. A continuación, desvió la conversación hacia los estudios de Mar, lo que dio para un buen rato. Silvia se relajó, consciente de que Leo había cambiado de tema para evitar hablar de su marido, lo que le agradeció. Le resultaba incómodo mencionar a Alfonso en su presencia, y los planes de su hija para el año siguiente fueron un tema de conversación mucho más grato.

Una vez apuradas las cervezas, se despidieron y quedaron para el ensayo del día siguiente. Leo se dirigió a su coche y ellas pasearon hasta el apartamento.

—Es muy simpático Leo —comentó Mar cuando él desapareció de su vista.

—Sí, lo es.

—Y muy buen actor.

—También.

Era un actor fantástico, había sorteado la tarde sin demostrar un ápice de la atracción que sentía por ella delante de Mar. No estaba segura de haber conseguido lo mismo.

Capítulo 16

Amigas

Diario 23 de abril

La estancia de Mar en casa ha sido muy reveladora para mí, además de gratificante. He descubierto que la relación entre madre e hija puede ser también de amigas. Las largas charlas que hemos mantenido después de cenar, agotadas por un intenso día de paseos y excursiones, me han permitido ver a mi hija de una forma diferente a como lo hacía en casa. He descubierto a la mujer en que se está convirtiendo y me he abierto a ella como mujer y no como madre.

Me ha preguntado cómo me sentí cuando, siendo casi de su misma edad, me descubrí embarazada y renuncié a la vida de una joven despreocupada para convertirme en madre. No le he mentado, le he hablado del *shock* inicial, y de cómo Alfonso y yo decidimos casarnos para ofrecerle un hogar y una familia. Yo ya estaba trabajando en el banco, pues no había deseado iniciar unos estudios universitarios, y su llegada solo nos supuso adelantar un poco los planes de futuro que teníamos Alfonso y yo.

Me preguntó también si volvería a hacer lo mismo, y fui sincera: ahora me lo pensaría; antes de casarme de forma tan precipitada, me habría ido a vivir juntos antes de dar un paso tan definitivo, pero probablemente habría terminado casándome igual. Es algo de lo que no me arrepiento. Sí lo hago de haberme dejado absorber de la forma en la que lo he hecho, hasta el punto de renunciar a mí misma. Mar me ha animado a cambiar eso a mi vuelta y me ha alegrado saber que tengo una aliada en la batalla que me tocará librar a mi regreso.

Hemos hablado también largo y tendido sobre mi vida en Almería, sobre mis largos paseos y excursiones por la comarca los fines de semana, sobre la sensación de libertad que me da coger el coche y detenerme donde me parezca, buscar un buen sitio donde comer sin tener que preocuparme de que a Alfonso no le guste casi nada.

Y también me ha preguntado por Leo, y lo ha hecho con cautela. Le he confesado que nos llevamos bien, que a veces tomamos café juntos antes de entrar a los ensayos, pero no le he hablado de mis visitas a su casa para merendar y, por supuesto, me he callado lo que me inspira.

Los cuatro días de fiesta los hemos dedicado a explorar los alrededores, aprovechando cada minuto para estar juntas y solas, y nos hemos prometido que lo volveremos a hacer, que en el futuro buscaremos unos días para nosotras, al margen de la familia.

Cuando ha llegado la hora de marcharse me he sentido un poco sola. La he dejado en el aeropuerto y mientras conducía de vuelta he sentido unas ganas abrumadoras de ver a Leo, de escuchar su voz suave y sentir su presencia. También de escucharlo tocar el piano para mí. Solo para mí.

Me he enjugado una lágrima que se ha escapado por mi mejilla, sin duda la marcha de Mar me ha afectado. He pisado el acelerador y me he dirigido hacia mi casa, ignorando la absurda demanda de mi corazón solitario. Leo debe quedarse solo en el centro cívico, no debo acudir a él cada vez que me sienta desamparada o triste.

Leo había pasado los cuatro días de fiesta, desde el Jueves Santo hasta el domingo en una lucha constante. Echaba de menos los ensayos; echaba de menos a Silvia. Deseaba, aunque fuera, llamarla por teléfono, oír su voz, pero estaba con su hija y no quería molestarla. A pesar de ello su mente no cesaba de buscar excusas que le permitieran marcar su número y, tal vez, propiciar un encuentro, un café o un rato de charla los tres.

No encontró ninguna aceptable y lo último que deseaba era ponerla en una situación incómoda respecto a su hija. Le había gustado la chica cuando la conoció; no había podido resistir la tentación de invitarlas a tomar algo después del primer ensayo, quería conocer algo más de la vida que Silvia había dejado en Huelva, de su familia. De ese marido que la hacía inalcanzable para él.

No le había gustado lo que averiguó, el tipo no parecía demasiado dispuesto a sacrificarse por su mujer. Si, como intuía, llevaba sin ver a Silvia un par de meses, debería estar deseando reunirse con ella. El que no hubiera acompañado a su hija podría deberse a motivos de trabajo, pero su intuición —y algún comentario de Mar— le hacía sospechar que no era así. Él hubiera recorrido todo el país, si era preciso, para verla, aunque fuese una hora.

El lunes no aguantó más, y cuando salió del trabajo la llamó. Necesitaba, al menos, hablarle unos minutos. Ella respondió al instante.

—¡Hola, Leo!

—¿Molesto?

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

—No sé si estás aún con tu hija...

—Mar se fue ayer por la tarde. Ya hoy ambas hemos vuelto a la rutina... Supongo que tú también.

—Sí, yo también. Imagino que habéis disfrutado mucho una de la otra.

—Muchísimo. Ahora me siento un poco triste, como vacía. La echo de menos. Pero tendré que acostumbrarme, el año que viene se irá a Sevilla, a la universidad, y la veré poco.

—Ya sé que mi presencia no es comparable con la de una hija, pero puedo tratar de paliar tu tristeza con un paseo, un café o lo que prefieras.

—¿En serio? No es martes.

—No, es lunes, pero yo tengo la tarde libre. Si te apetece un poco de compañía, estoy disponible.

—Un paseo me gustaría. Hace un día muy bonito para estar encerrada.

—Pues paso a buscarte. ¿A qué hora?

—Dame unos veinte minutos para arreglarme, pero si lo prefieres me desplazo yo donde tú quieras.

—Yo te recojo y te llevo de nuevo a casa, para que te relajes. Ponte ropa y calzado cómodo.

—¿Dónde vas a llevarme?

—A uno de mis lugares favoritos.

Poco después le enviaba un mensaje para que se reuniera con él en el portal. Silvia bajó vestida con un pantalón vaquero, una camiseta de manga larga y zapatos de deporte. En el brazo una cazadora negra.

—¿Voy vestida de forma adecuada o me cambio?

—Estás perfecta —respondió con una mirada admirativa que no pudo disimular.

Ella pareció azorada mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

Puso en marcha el vehículo en dirección a la Playa de las Olas, situada en la periferia de la ciudad, un espacio perfecto y poco concurrido para dar un paseo. La prefería a otras más cercanas y también más visitadas.

Silvia vio con agrado el lugar.

—Parece que me has leído el pensamiento. La playa es justo el lugar que me apetecía para pasear.

—Suelo venir a menudo, sobre todo fuera de la temporada de verano. No me agradan las multitudes.

Bajaron del coche y comenzaron a caminar uno junto al otro. Ante ellos se extendía un amplio tramo de arena casi desierta. El aire era limpio, y la cadencia rítmica de las olas, uno de los sonidos más relajantes que conocía.

—¿Qué has hecho estos días de fiesta? —preguntó Silvia.

«Pensar en ti y aguantarme las ganas de llamarte».

—He estado trabajando en mi canción.

—Es preciosa. ¿Has adelantado mucho?

—Un poco. Es un proceso lento.

—Lo imagino. Espero oírla entera cuando la termines.

—Por supuesto; serás la primera en escucharla. —«Y la única. La canción es para ti, pero no

sé si algún día te lo diré».

—Me halagas.

—En realidad, poca gente sabe que toco el piano, y mucho menos que compongo.

—¿Por qué? Lo haces muy bien.

Se encogió de hombros.

—A la mayoría de las personas que conozco les aburre mi afición.

—No lo comprendo, a mí me parece fascinante.

Se hizo un leve silencio mientras caminaban. Después, Silvia le hizo un comentario que le sorprendió.

—Leo... aparte de que te gusta el teatro, y la música, no sé gran cosa de ti.

—¿Qué quieres saber? No hay ningún misterio en mi vida, es bastante simple. Como yo.

—¡Tú no eres simple en absoluto! —exclamó indignada.

—Gracias por el entusiasmo, pero no soy un hombre interesante.

—Para mí lo eres. Por eso no entiendo que no haya ninguna mujer en tu vida. Porque no la hay, ¿verdad? —preguntó.

—No, no la hay.

—Pero las ha habido...

—He tenido varios intentos de relación que no terminaron bien. Ninguna de ellas llegó al punto de convivir.

—¿Culpa tuya o de ellas?

—De nadie en realidad. Éramos muy diferentes, no compartíamos aficiones, ni gustos... No funcionaron y no hay que darle más vueltas. Soy soltero, sin hijos, y tampoco tengo esperanzas de que eso cambie en el futuro. Parece que el amor no está hecho para mí, por unos motivos u otros siempre me esquivo.

«Creí que esta vez sería diferente, pero he vuelto a enamorarme de alguien que no puedo tener».

—Eres joven, todavía estás a tiempo...

—¡Quién sabe! Me limito a vivir el momento, a disfrutar de los pequeños placeres que me ofrece la vida. Como este paseo contigo.

—También para mí está siendo un placer, y no precisamente pequeño.

Se hizo un silencio, ambos seguían caminando y sintiendo la presencia del otro a su lado. Leo quería decirle muchas cosas, hablarle de sus sentimientos y preguntarle si también los tenía por él. Algo le decía que sí, que era mutuo, a pesar de su matrimonio. En vez de hacerlo desvió la conversación hacia ese hombre que los separaba.

—¿Sueles pasear por la playa con tu marido?

—A Alfonso no le gusta pasear, ni por la playa ni por ningún sitio. Es más de sofá y televisión. En Huelva capital no hay playa.

—Pero tendréis alguna cerca.

—Punta Umbría es la más cercana, y hay otras muy bonitas. Pero no suelo ir demasiado.

—¿No te gusta? Podías habérmelo dicho y hubiéramos ido a otro sitio.

—Me gusta; el problema es que en Huelva estoy demasiado ocupada para sacar tiempo, para ir a la playa o para ninguna otra cosa.

—¿Trabajas también por la tarde?

—No, por la mañana, igual que aquí.

—¿Entonces?

Silvia lanzó un hondo suspiro y Leo tuvo la certeza de que no deseaba hablar de ello.

—No tienes por qué contármelo, si no quieres.

—Me he dejado enredar en una dinámica que me ocupa toda la tarde y también los fines de semana para complacer a todos los demás... He permitido que me hicieran pensar que soy imprescindible, que solo yo soy capaz de hacer las cosas a gusto de todos, incluida mi familia política. Era incapaz de decir no. Por las tardes era ama de casa, chófer de mi suegra a tiempo completo y un sinfín de tareas que me he ido echando sobre la espalda y que en realidad no me corresponden. No tenía un minuto para mí, Un día me dio un ataque de ansiedad en el trabajo de puro agotamiento y angustia y mi amiga Lola convenció a mi jefe para que me enviara lejos una temporada. Así aterricé en Almería.

—Doy las gracias entonces a ese ataque de ansiedad.

—Yo también. Gracias a eso nos hemos conocido. Además, he descubierto lo que es el ocio, y no pienso renunciar a él cuando vuelva. Las cosas van a cambiar lo quieran o no, porque no pienso volver a pasar por lo que me llevó al agotamiento. Alfonso tendrá que colaborar en casa en la medida en que su horario lo permita.

—No ha venido con Mar.

—No, no lo ha hecho. Tampoco lo esperaba. No le gusta salir de casa, ni conducir, ni... muchas cosas. En fin, no sé por qué te estoy hablando de él.

—Porque yo te he preguntado. Porque quiero saber el tipo de relación que tenéis.

—Una relación de pareja de muchos años, supongo. Instalada en la rutina.

—¿Y no deseas otra cosa? Eres joven, estás llena de vida para verte atrapada en algo así. — Sabía que no debería haberle preguntado eso, pero se negaba a perder las esperanzas.

—Lo deseo. Por eso estoy decidida a cambiar algunas cosas a la vuelta.

—¿Y si no lo logras? ¿Si nada cambia?

—No lo sé. Solo sé que tengo que intentarlo. —Se detuvo un momento y lo miró a los ojos. Había angustia en su mirada, una muda y silenciosa súplica en ella—. Lo entiendes, ¿verdad?

No quería entenderlo. Quería estrecharla en sus brazos y besarla hasta que le dijera que sentía algo por él, como se lo estaban diciendo sus ojos. Sin embargo, no era eso lo que ella le pedía. De modo que asintió.

—Lo entiendo. Solo quiero que comprendas que, si no funciona, la vida es muy corta para desperdiciarla en algo que no te hace feliz. Porque si debes cambiar cosas, es que no te hace

feliz.

—Tiene que funcionar, Leo. Son muchos años para tirarlos por la borda sin luchar.

«Yo también voy a luchar, y lo haré estando ahí para ti, durante todo el tiempo que te quede en Almería. Dándote lo que él no te da».

—Me parece lógico.

—¿Damos la vuelta?

—Cuando quieras.

Regresaron caminando despacio, con la sensación de cosas no dichas entre ambos, pero que los dos habían comprendido. Manteniendo una conversación intrascendente que no los comprometiera, temerosos de decir algo que después no podrían retirar.

Leo la acompañó hasta su casa, y una vez ante el portal se despidió.

—Nos vemos mañana en el ensayo. ¿Te espero en la cafetería antes?

—Claro. Lo de la semana pasada fue por Mar.

—Hasta mañana entonces.

Abrió la portezuela para bajar del coche, pero antes de hacerlo se giró a medias.

—¿Te gustan las croquetas?

—¿A quién no le gustan? —preguntó dándole un tono desenfadado a la frase, y notando la excitación por dentro.

—Te invito a cenar el próximo sábado. Si tu plato estrella son las tortitas, el mío son las croquetas. Siempre me invitas tú a mí, ya es hora de que corresponda.

—Me muero por probarlas —aceptó exultante—. Hasta mañana.

La vio descender y perderse en el portal. Le gustaban las croquetas, pero comería cualquier cosa si ella las preparaba.

Con la sensación de que no todo estaba perdido, se marchó a su casa.

Capítulo 17

Cenando

Diario 27 de abril

He invitado a Leo a cenar mañana por la noche. Mi sentido común me dice que no debería, pero todo lo demás me pide pasar tiempo con él, aprovechar el que nos queda. Soy consciente de que mis sentimientos se están haciendo más fuertes y cada vez tienen menos de amistosos, pero no lo puedo ni quiero evitar. Ya llegará el momento de volver a la realidad, porque mi tiempo aquí es limitado. Intuyo que a él le pasa lo mismo porque ha aceptado sin dudar.

No temo que pueda suceder nada más allá de pasar un buen rato juntos porque, desde que sabe que existe Alfonso, es muy comedido con los gestos afectuosos. Solo sus miradas me devoran, me encienden y me remueven por dentro. Pero sigo firme en mi decisión de serle fiel a mi marido y de restaurar mi relación de pareja cuando vuelva. Se lo he dejado claro y él parece aceptarlo y conformarse solo con ser amigos.

Me sabe mal, porque tal vez lo pongo en una situación difícil, pero imagino que si quisiera poner distancia entre nosotros no habría aceptado la invitación.

Yo me siento feliz ante la idea de cenar con él mañana, de que vea mi casa, de cocinar para los dos y agasajarlo como hace él cuando me prepara la merienda. Pero, sobre todo, de vernos fuera del entorno del centro cívico.

Los ensayos van avanzando, y me coge en brazos con soltura, aunque a ambos se nos sigue acelerando el corazón cuando lo hace. Noto latir el suyo con tanta fuerza como el mío en cada una de las ocasiones. También hemos mejorado la escena romántica de la obra. Cada vez que la interpretamos es como si nos estuviéramos declarando amor uno al otro.

Creo que Mario sospecha algo porque nos mira con una sonrisa socarrona, pero nos hacemos los despistados y tratamos en su presencia de ser algo más comedidos. No me importa que lo sepa, la que me preocupa es Mar. Cada vez que hablamos por teléfono me pregunta por Leo, e intuyo que lo hace con demasiada frecuencia y con demasiado interés. Espero que no se haya percatado, porque me daría mucha vergüenza que mi hija supiera que me siento atraída por otro

hombre que no es su padre. No creo que lo entendiera. Pero no quiero pensar en ello ahora porque estropearía la cena de mañana, y me hace muchísima ilusión invitar a Leo a mi casa, aunque no tenga piano.

Silvia se había cambiado dos veces de ropa antes de que Leo llegara. La primera vez le pareció que estaba demasiado arreglada para una cena informal, y la segunda demasiado informal para una cena. Al final optó por unos leggins y un blusón cuyo color le favorecía mucho y se dejó el pelo suelto. Se aplicó un maquillaje suave y se sentó a esperar a su invitado.

Llegó puntual, con una botella de vino en una mano y un ramillete de flores en la otra.

—¿Esto es para mí? —preguntó invitándolo a pasar.

—Para los dos. Tengo intención de compartir el vino contigo, y a mí también me gustan las flores. Alegrarán la habitación mientras cenamos. Espero que no seas alérgica.

—A ninguna de las dos cosas. Las flores son preciosas, y del vino puedes ir sirviendo una copa mientras frío las croquetas. En ese cajón tienes abridor y en ese mueble copas. No sé si son las más adecuadas para el vino, pero esto es un estudio amueblado y hay lo que hay.

—Son copas; servirán. No soy tiquismiquis ni experto en vinos. Lo único que entiendo es si me gusta o no me gusta. Y este es de mis favoritos. Muy suave.

—Estupendo.

Como hiciera él en su casa, se puso un delantal para terminar la cena. Sobre la pequeña encimera que separaba la cocina del resto de la habitación había un surtido de chacinas y queso, solo faltaba freír las croquetas.

Leo sirvió dos copas y la contempló mientras se anudaba el delantal.

—Deja que te ayude.

Se situó a su espalda, muy cerca. Aunque no la tocaba podía sentir su cuerpo, su presencia y su calor. Los dedos le rozaron levemente la cintura mientras ataba las cintas y le provocaron un cosquilleo de excitación.

«Silvia, eres una mujer adulta, no una chiquilla inexperta que se altera con el simple roce de unos dedos».

Leo permaneció detrás, sin moverse, más tiempo de lo razonable, incluso después de terminar la lazada del delantal. Silvia dio un ligero paso adelante y cogió una de las copas. Se giró enfrentando su mirada. Cerca. Muy cerca.

—¿Brindamos? —propuso nerviosa.

Leo alargó la mano casi rozando su costado y se adueñó de la otra.

—Por el teatro. Por la música. Por las croquetas —dijo alzando la bebida.

—¿Tenemos tantas cosas por las que brindar?

—Tenemos muchas más, pero no las decimos —afirmó mirándola con intensidad.

—Leo... —dijo dando un ligero sorbo a su copa.

—Tranquila. Lo que no se dice, es como si no existiera. ¿Ponemos un poco de música?

—Yo no tengo música aquí.

—Yo sí. Tienes un ordenador, imagino.

—Sí, claro.

Él sacó un pendrive del bolsillo del pantalón.

—Tengo grabado en un archivo los avances de mi canción para que me des tu opinión. No es lo mismo que escucharla en directo, pero...

—Yo tengo la banda sonora de *El piano*. No he podido evitar comprarla; como bien dices no es lo mismo que oírla en directo, pero... cuando vuelva a casa me recordará los momentos que hemos pasado juntos.

—No hablemos hoy de tu vuelta a casa. Por favor.

—De acuerdo.

—Esta noche somos solo un hombre y una mujer que cenan juntos, oyen música y se hacen la ilusión de que el mundo fuera de estas cuatro paredes no existe.

Asintió con la cabeza, incapaz de responder.

Terminó de preparar la cena, encendió el ordenador y descargó el archivo. Las suaves notas de la melodía llenaron la reducida estancia. Se sentaron a comer uno frente al otro en la pequeña mesa. Todo era pequeño en aquel apartamento, lo que les hacía sentir una intimidad y cercanía abrumadoras.

Leo sirvió vino de nuevo.

—Las croquetas están deliciosas.

—Ya te dije que eran mi especialidad. Te doy la receta si quieres.

—No me saldrían igual. Y tampoco quiero comerlas si tú no estás conmigo.

—Te las volveré a preparar cuando quieras.

—Te tomo la palabra.

La canción seguía avanzando, lenta y melancólica, y de pronto se cortó.

—¿No hay más?

—Me temo que no, solo he llegado hasta ahí. Aún le falta el final.

—¿Vas a titularla *Atardecer*?

—No. Voy a emular al gran Beethoven, en mi modesta interpretación. Él tiene su *Para Elisa* y yo mi *Para Silvia*. Se llamará así.

—¿La canción es para mí?

—Desde la primera nota.

—Me abrumas... yo...

Leo alargó la mano y agarró la suya por encima de la mesa. Los dedos se perdieron entre los de él.

—Silvia, vamos a ser sinceros. Al menos yo voy a serlo. Me estoy enamorando de ti y no

puedo, ni quiero, evitarlo. Sé que estás casada, que tienes una vida a la que has de volver. También sé que no le vas a ser infiel a tu marido ni yo pretendo que lo seas. Pero siento lo que siento y no voy a ocultártelo ni a fingir lo contrario. Me conformo con estar aquí contigo, disfrutar de la cena, de la música y de tu compañía. Sé que no habrá nada más, que es muy probable que no tenga ni siquiera un beso tuyo para recordar cuando esto acabe. No me importa.

—Leo, yo...

—No digas nada más, ya me quedaron claras tus intenciones el día de la playa. No te lo reprocho, yo haría lo mismo si estuviera en tu situación. Solo quiero que me digas una cosa. Si no estuvieras casada, ¿me darías una oportunidad?

—Sí. Rotundamente, sí —respondió apretando sus dedos.

—Es todo cuanto quería saber.

Seguía acariciándole el dorso con el pulgar provocándole aguijonazos de placer por todo el cuerpo. Silvia posó la mirada sobre las manos unidas.

—Solo te estoy tocando la mano. Ya nos la hemos dado cuando nos presentamos el primer día. No le pones los cuernos a tu marido por ello.

«Físicamente no, pero daría cualquier cosa porque no te limitaras a eso».

—Lo sé.

—Luego, cuando terminemos de comer, vamos a poner de nuevo la canción y bailar. Seguro que has bailado con más hombres aparte de él.

—Por supuesto que sí.

—Pues eso. Solo bailar, lo prometo. No intentaré besarte, ni nada que te haga sentir incómoda o culpable. Pero deja que te tenga en mis brazos al menos una vez, bailando tu canción. Como si solo fuéramos amigos.

Volvió a asentir. No podía negarse, ni quería. Pero no eran amigos, jamás lo serían.

—Ahora —continuó Leo, separando su mano después de acariciarla una vez más desde la muñeca hasta la punta de los dedos—, nada de hablar de tu familia ni de obligaciones morales o de cualquier tipo. Solo tú y yo.

—Solo tú y yo —afirmó.

Leo volvió a llenar las copas de ambos y alzó la suya.

—Por nosotros.

—Por nosotros.

Terminaron la cena. Apenas quedaba vino en la botella. Silvia se sentía achispada, con el corazón burbujeante y los sentidos a flor de piel. Impaciente por bailar con Leo, por sentirse entre sus brazos.

Entre los dos apartaron la mesa hacia un lado y volvieron a reproducir la canción en el ordenador. Y añadieron una lista de canciones para que sonara a continuación. Leo la enlazó por la cintura y la acercó a su cuerpo. Ella le echó los brazos al cuello y recostó la cabeza en su hombro mientras su mente no cesaba de repetir el título de la canción: *Para Silvia... Para*

Silvia...

Le habría gustado permanecer así para siempre, fingiendo que no existía un mundo fuera de la burbuja que los envolvía.

Las melodías se sucedían una tras otra, pero ellos apenas las escuchaban. Se encontraban inmersos en la cercanía de sus cuerpos, en las respiraciones agitadas y el loco latir de sus corazones, que parecían ir al unísono.

Bailaron en silencio durante mucho rato, hasta que la lista de reproducción terminó. Aun así, permanecieron todavía unos minutos abrazados, sin moverse del sitio, pero sin soltarse.

—¿Quieres que busque más música? —preguntó Silvia alzando la cabeza del hombro que la sostenía.

—Mejor que no. No soy de piedra y estoy llegando al límite de lo que puedo soportar sin besarte. Sin ir mucho más lejos.

Lo miró a los ojos con la culpabilidad reflejada en los suyos.

—Lo siento.

—No lo sientas —dijo Leo soltándola con renuencia—. He sido yo quien ha querido bailar. No me arrepiento en lo más mínimo. Pero es el momento de dejarlo porque mi voluntad flaquea.

—Gracias.

—No me las des. Jamás haré nada que te pueda incomodar. Sé que si ahora te besara no me rechazarías, que incluso podríamos llegar a más; pero luego te sentirías fatal. Por eso no lo haré. Si un día vienes a mí, quiero que sea sin media botella de vino en el cuerpo y, sobre todo, sin que te sientas culpable después. Te ayudaré a recoger todo esto y después me marcharé a casa. Hoy ya no me siento capaz de tenerte cerca y seguir manteniendo el control de mis sentimientos.

—Gracias. Pero no hace falta que me ayudes a recoger nada.

—Por supuesto que sí. Los dos hemos cenado, los dos recogemos.

Durante un rato se dedicaron a lavar los platos en medio de una conversación que trataban de hacer intrascendente, pero no lo conseguían del todo. La obra de teatro era un tema recurrente en el que refugiarse para ignorar todo lo demás.

Una vez finalizada la tarea, Leo se despidió.

—Gracias por una cena y una noche maravillosa.

—¿Lo ha sido?

—Por supuesto que lo ha sido. ¿Para ti no?

—Sí.

Se inclinó y depositó un beso suave en el pelo.

—Buenas noches, Silvia. Nos vemos el martes en el ensayo. Pero si quieres dar un paseo o tomar algo antes, solo tienes que llamarme.

—Adiós, Leo. Y de nuevo gracias. —«Gracias por tener tú la fuerza de voluntad que a mí me está faltando».

Cuando cerró la puerta tras él solo tenía ganas de llorar porque le gustaría ser otro tipo de

mujer. Una capaz de retener a Leo en su cama toda la noche, sin ningún tipo de remordimiento.

Capítulo 18

El último ensayo

Diario 11 de mayo

El tiempo avanza demasiado deprisa. Los quince días transcurridos desde mi cena con Leo han pasado en un suspiro entre ensayos y algún que otro café o paseo. Ninguno de los dos ha mencionado lo sucedido aquella noche —ni lo que no sucedió—, pero no hace falta, nuestros ojos lo dicen todo. Ambos lo tenemos muy presente en cada uno de nuestros encuentros.

No hemos vuelto a quedar a solas en nuestras casas, creo que ninguno de los dos se atreve. Nos vemos en la playa, en cafeterías o lugares públicos para evitar tentaciones.

La obra avanza a buen ritmo, ya la tenemos dominada y pronto la representaremos, como cierre de las actividades desarrolladas en el centro cívico, que finalizan a finales de mayo. Solo nos queda un último ensayo general, con el vestuario.

Mar ha conseguido ajustar sus horarios y vendrá a la representación y posterior fiesta de clausura. Alfonso, como es de prever, está muy ocupado para hacerlo. Incluso ha llegado a decirme que no desea verme hacer el ridículo en un teatro de aficionados. Mentiría si dijera que no he sentido alivio. Lo último que deseo es ver a Leo y a mi marido juntos y tener que presentarlos. O compararlos. Prefiero mantener los dos aspectos de mi vida separados y lo más lejos posible uno del otro.

Después de la clausura ya no habrá excusa para que Leo y yo nos encontremos, pero a mí aún me quedan casi tres semanas para regresar a casa. Aunque en estos momentos tengo el corazón dividido al pronunciar la palabra casa, porque el pequeño apartamento que ha sido mi vivienda estos meses se ha convertido en un hogar para mí.

Con Alfonso hablo lo imprescindible porque cada día está más gruñón, más impaciente por mi regreso, y yo me siento más culpable por no desear lo mismo. Mar se encuentra en la última etapa de su curso, deberá además afrontar la prueba de acceso a la universidad y dedica a los estudios la mayor parte del tiempo, lo que obliga a mi marido a realizar más tareas en casa o a recurrir más a menudo a pedir comida a domicilio, lo que lo tiene bastante irritado.

Leonor parece haber abandonado el barco y apenas va por allí; no la culpo si debe soportar el malhumor de su hijo cada vez que aparece.

No, no tengo ganas de regresar porque soy consciente de lo que me espera cuando lo haga. No va a ser fácil cambiar las cosas, pero de lo que estoy convencida es de que no volveré a lo mismo. A esa relación que me hacía desgraciada. Al estrés que tenía. Alfonso tiene que cambiar. Conseguiré que lo haga por el bien de nuestro matrimonio. De nuestra familia.

En los servicios de mujeres del centro cívico Silvia cambió su ropa por la falda larga y la blusa que usaría en su papel de Adela. Para la escena final añadiría a su atuendo una pañoleta floreada para dar un aire festivo a la indumentaria. Aquella tarde tendrían el último ensayo general, interpretarían la obra tal como lo harían el día de la actuación, con el vestuario y los escasos muebles que necesitaban. Un solo decorado, una mesa cubierta por un tapete y varias sillas distribuidas alrededor y una alfombra era todo lo que necesitaban. Eso y la ilusión del trabajo realizado durante meses.

Los nervios los atenazaban a todos, aquella tarde era la última oportunidad de hacerlo mal, de equivocarse, antes del gran día.

Leo, ataviado con su traje de aldeano —pantalón, camisa y chaleco— al que añadiría una chaqueta en el primer acto, los animaba a todos.

—No debéis preocuparos, hemos ensayado hasta la saciedad y podemos estar satisfechos de lo que hemos conseguido. Hoy solo vamos a hacerlo todo del tirón y con vestuario, no hay más diferencia. Y lo vamos a bordar. Estoy muy orgulloso de vosotros, de todos. —Le dedicó a Silvia una mirada llena de ternura que la hizo sonrojar—. Incluida Silvia, que se incorporó tarde al elenco y ha trabajado muy duro para ponerse al nivel del resto.

—Si lo he conseguido ha sido gracias a vuestra ayuda, la de todos.

—A que eres una *crack* —dijo Ceci—. Ninguno de nosotros dudaba de que lo conseguirías.

—¿Todos listos? Comenzamos —sugirió Leo—. Tenemos que aprovechar el tiempo.

Silvia se ocultó entre bambalinas en espera de que le llegara el turno de salir a escena. Su personaje no entraba hasta el segundo acto. Desde las sombras observó a Leo en las escenas anteriores a su aparición, tan apasionado, imprimiendo a su papel el tono justo de intensidad. Martín era un hombre atormentado, y Leo, aquella tarde, le pareció que también lo era. Había en sus ojos una sombra oscura y triste, de fatalidad, y sabía que era ella el motivo.

—Leo está fantástico hoy, ¿verdad? —comentó Ceci—. Está actuando como nunca.

—Sí —admitió—. Espero estar a la altura cuando me toque interpretar escenas con él.

—Olvida los nervios y déjate llevar —sugirió Mario.

Mario tenía razón, pero si se dejaba llevar le daría a Adela toda la pasión que el personaje necesitaba, pero también desnudaría su corazón. No obstante, era la única forma de expresarle a

Leo sus sentimientos sin que nadie lo supiera, ni siquiera él: hacer que Adela hablara por su boca.

Al fin le llegó el turno a la escena en que debían declararse su amor. La que deseaba y temía. Subió al escenario y se enfrentó a los abismos oscuros y profundos de los ojos de Leo. Cuando, siguiendo el guion, él murmuró con voz ronca «adiós», fue consciente de que pronto llegaría el momento en que ese adiós fuera real. Sintió el desgarró por dentro, el mismo que Adela. Se sumergió en el papel, poniendo su propio corazón en jaque. Los cuerpos muy cerca, las manos unidas, las miradas prendidas.

MARTÍN:

Si te huyo cuando estamos solos, si no me atrevo a
hablarte ni a mirarte de frente, es porque quisiera
defenderme contra lo imposible. ¿De qué me vale
morderme los brazos y retorcerme entre las
sábanas diciendo ¡no! si todas mis entrañas
rebeldes gritan que sí.

Cuando susurró su frase con voz ronca y atormentada supo que no era Martín, sino Leo, quien la pronunciaba. Mirándola a los ojos con desesperación.

ADELA:

Martín.

MARTÍN:

No hubiera querido decírtelo, pero ha sido más
fuerte que yo. Perdona.

Silvia le acarició la cara tal como exigía el resto del dialogo. Susurró su parte con la voz rota por la emoción. Se dejó envolver por sus brazos y, por primera vez, tal como indicaba el guion, Leo la besó. Fue un simple roce de labios, suficiente para encenderle todo el cuerpo. Para hacerla vibrar con una pasión que había olvidado. Sus manos se apretaron más contra su espalda, como si se resistiera a soltarla, a dejarla ir. Como si estuvieran solos y no rodeados de gente.

El resto de la escena estuvo impregnado de la misma emoción por parte de ambos, y cuando terminaron un sonoro aplauso los hizo descender a la realidad.

—¡Bravo!

—¡Genial!

—¡Lo habéis bordado!

Sus compañeros los rodearon entusiasmados. Silvia evitó la mirada de Mario y su sonrisa socarrona. Estaba segura de que el hombre lo sabía, aunque jamás hubiera hecho ni siquiera una insinuación.

—Nunca habíais actuado así antes —murmuró Ceci—. Habéis vibrado sobre el escenario.

—Debe ser porque lo hemos representado todo desde el principio y nos hemos metido de lleno en los personajes —explicó Leo.

Pero su mirada decía otra cosa. Su mirada la acariciaba como poco antes la habían acariciado sus labios.

La representación continuó y al final Ceci propuso ir todos juntos a tomar algo. Era el último ensayo y había salido perfecto.

Se reunieron en un bar cercano, el mismo al que acudieron con Mar unas semanas atrás. Pidieron unas bebidas y brindaron por el éxito de la obra.

—¿Qué vamos a representar el año que viene, Leo? —preguntó Bego.

—Una comedia, por favor. Es más fácil —sugirió Ceci.

—Pues todos habéis dado la talla con el drama —afirmó el director—. Pero admito sugerencias. Si queréis comedia, sea.

—¿A ti qué te gustaría interpretar, Silvia? —preguntó Jacobo, que hacía el papel de Quico, el criado.

—Me temo que no podré interpretar nada, porque no estaré aquí el año próximo. Solo cubro una baja maternal y regresaré a Huelva el mes que viene.

—¿En serio? ¿Y no puedes pedir el traslado definitivo? —volvió a preguntar el chico—. El grupo ha ganado mucho con tu incorporación.

—Tengo allí a mi familia. Debo volver.

—Te vamos a echar de menos. ¿Verdad, Leo? —preguntó Mario.

—Mucho —afirmó este de forma lacónica.

—Y yo a vosotros. Esta experiencia ha sido maravillosa. Mi estancia en Almería hubiera sido muy aburrida sin la obra.

—Debes seguir actuando, seguro que en Huelva encuentras alguna compañía de aficionados a la que puedas incorporarte. Eres buena —añadió Ceci—. Hoy has estado magnífica.

Leo no se había sentado a su lado, y evitaba su mirada. Nadie parecía percatarse de ello, pero ambos luchaban por mantener una indiferencia que estaban muy lejos de sentir.

Sabía que cuando terminaran le pediría acompañarla hasta su casa. Querría hablar de lo sucedido sobre el escenario. Y a ella le daba miedo, mucho miedo quedarse a solas con él. Porque todo su cuerpo bullía desde que se besaron. Un beso bastante casto, pero que le hacía desear más. Mucho más.

Al final todos se despidieron, no volverían a verse hasta dos días después, el sábado, en el estreno.

Mar llegaría por la mañana y volvería a irse el domingo temprano. En plena época de exámenes no se podía permitir quedarse más tiempo. Pero le agradecía mucho que hiciera el viaje para compartir un momento que para ella era importante. Como importante estaban siendo aquellas personas que habían llenado sus tardes. Que la habían hecho revivir.

Se quedaron solos Leo y ella, como siempre. Como intuía. Como deseaba.

—¿Te importa si te acompaño a casa? —le preguntó—. Me gustaría hablar contigo.

—Puedes acompañarme, pero no es necesario hablar nada, Leo.

—Yo creo que sí.

Echaron a andar uno al lado del otro por la calle que empezaba a cubrirse de sombras.

—Tú dirás —concedió. Aunque sabía lo que diría a continuación.

—Espero que no te haya molestado que te besara.

—En el libreto lo pone. Exigencias del guion, ¿no? Y ha sido apenas un pico.

—Pero hasta ahora lo habíamos obviado en los ensayos. Y no te he besado por el guion. Tenía la firme intención de eliminar ese detalle, pero no he podido evitarlo. Quería disculparme por ello.

—Disculpas aceptadas.

—No me arrepiento —añadió.

—Yo tampoco. Pero preferiría que el sábado no lo hicieras. Mi hija estará presente y no me gustaría que me viera besarte.

—No te preocupes, no tenía intención de hacerlo. Lo de hoy ha sido algo... puntual. Me he dejado llevar, pero el sábado no lo haré.

—Gracias.

—Me alegro de que Mar venga. ¿Estará él también?

—No.

—Sé que te gustaría que viniera, pero yo prefiero que no lo haga.

—Yo también lo prefiero. No le agrada mucho esta faceta mía de actriz y puede decir algo poco adecuado que moleste al resto de compañeros.

—¿Es de esos hombres que te dice lo que debes hacer? —preguntó en tono duro.

—Nunca lo ha hecho. Solo le molesta que no esté allí, ejerciendo de ama de casa. No quería que aceptara el traslado, pero tuvo que hacerlo porque necesitamos dinero para los estudios de Mar y venir suponía un aumento de salario.

—¿Te arrepientes?

—¡En absoluto! Estos meses han sido muy especiales para mí. Me han hecho descubrir a la mujer que en verdad quiero ser. Y te he conocido a ti. Nunca podría arrepentirme de eso.

—¿Aunque tengas que volver?

—Aunque tenga que volver.

—¿Qué va a pasar después del sábado? —Había inquietud y temor en su voz—. Ya no habrá ensayos ni tendremos una excusa para vernos.

—¿Necesitamos una excusa para vernos?

—Dímelo tú.

—A mí me quedan todavía dos semanas para regresar a casa. Me gustaría seguir tomando café y dando paseos contigo... pero entiendo que tal vez tú prefieras cortar todo el contacto. Tú decides, Leo. No quiero hacerte daño.

—Quiero seguir viéndote hasta el final.

—Entonces decidido, porque yo también.

Habían llegado al portal. Se despidieron con renuencia.

—Hasta el sábado, Leo.

—Adiós.

A ambos les vino a la mente la escena de la obra. Adiós era una palabra terrible. Alargó la mano y posó los dedos sobre los labios masculinos.

—Adiós no; aún no. ¡Hasta el sábado!

Él le agarró la mano y le besó la punta de los dedos. Después la dejó ir.

—Hasta el sábado —murmuró con voz ronca.

Entró al portal y subió a su apartamento con el corazón latiendo a toda velocidad y el deseo quemándole la piel.

«Alfonso, por favor. Haz que no me arrepienta de esto. Que valga la pena el sacrificio que estoy haciendo por salvar nuestro matrimonio».

Capítulo 19

La dama del alba

*D*iarario 14 de mayo

Mañana es el gran día, el que estamos esperando desde que comenzó la actividad de teatro hace ya meses. Mentiría si dijera que no estoy nerviosa, subirme a un escenario con público es diferente a los ensayos que hemos hecho con anterioridad. Espero que los nervios no me traicionen, que pueda imprimir a mi personaje la misma fuerza del último ensayo.

Leo quiere reunarnos a todos después del almuerzo, con tiempo suficiente para cubrir cualquier eventualidad, colocar el escaso mobiliario del atrezzo, revisar el vestuario y, sobre todo, animarnos.

Yo recogeré a Mar temprano y después de comer algo ligero, porque no creo que me entre mucha comida con los nervios como los tengo, la dejaré en casa y me iré al centro cívico, donde ella acudirá para la representación.

Me hace mucha ilusión tenerla conmigo, saber que comprende que para mí esto significa mucho más que una actuación de barrio. Soy consciente del esfuerzo que realiza en plena época de exámenes y que las horas que empleará en este miniviaje se las tendrá que robar al sueño más adelante.

Leo me ha telefoneado hace un rato para darme ánimos y preguntarme cómo estoy, y su llamada ha sido la de un amigo, la del director de la obra a una actriz. No me ha propuesto quedar para tomar algo, como he pensado al ver su número reflejado en la pantalla, y me he sentido un poco decepcionada. Se ha limitado a tranquilizarme respecto al resultado. Lo ha conseguido, siempre logra calmarme, salvo cuando me toca o me mira con esos ojos profundos que me llegan al alma. Entonces mi calma se evapora y mil mariposas me recorren entera.

Después de colgar me he alegrado de no verlo. Es mejor que no lo haga hasta el momento de la representación, en que estaremos rodeados de gente y, sobre todo, en presencia de mi hija. Necesito poner un poco de distancia ahora. Después del sábado volveremos a quedar ya solo como un hombre y una mujer que se atraen, pero que deben mantenerse apartados. Y no es fácil

para ninguno de los dos.

La parte trasera del salón de actos hervía de actividad. Llevaban varias horas en el centro cívico ultimando detalles, moviendo los muebles que formaban el decorado unos centímetros para volver a colocarlos como estaban poco después. Bego había llevado un termo con tila y Mario una botella de coñac —que Leo había confiscado tras permitir que repartiera apenas unos sorbos — para calmar los nervios.

La estancia se estaba llenando, un murmullo de voces les llegaba desde el otro lado del telón y Silvia atisbó entre los cortinajes para comprobar que Mar se encontraba en primera fila. Le había dado un sentido abrazo antes de separarse y le había susurrado el consabido «mucha mierda». Tenía que lucirse, por ella, pero también por sí misma, para demostrarse que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera.

Al cerrar de nuevo la cortina encontró a Leo su espalda, muy cerca.

—Lo vas a hacer genial.

—Eso espero.

—Tú lo esperas; yo lo sé —afirmó con una sonrisa.

—Gracias por confiar tanto en mí.

—Es una confianza más que merecida.

Le agarró las manos. Sintió la calidez de los dedos masculinos rodeando los suyos y la seguridad se apoderó de ella, relegando los nervios. Él tenía la facultad de aumentar su seguridad en sí misma, su autoestima, como nadie lo había hecho antes.

—Dejad de hacer manitas —apremió Ceci acercándose—. El telón está a punto de levantarse.

—No estamos haciendo manitas —manifestó Leo con rotundidad—. Solo le estoy infundiendo confianza. Es la primera vez que Silvia sube al escenario. ¿Ya no recuerdas la tuya?

—Me eché a llorar antes de que empezara la obra y tú me calmaste y me hiciste darlo todo.

—Pues eso.

Silvia miró a su compañera de reparto y, aunque nunca había visto entre ella y Leo nada más que compañerismo y amistad, sintió celos tratando de imaginar como la habría calmado.

—¡Vamos... a escena! —susurró Mario contemplando su reloj—. Es la hora.

Y se alzó el telón.

Si el último ensayo había sido espectacular, aquella tarde, con el salón de actos lleno a rebosar, lo superaron con creces. No se oía el vuelo de una mosca entre los asistentes, todo el mundo pendiente de las palabras, los gestos y las idas y venidas de los actores sobre el pequeño escenario.

Silvia dejó de ser ella para convertirse en Adela. Leo dejó de ser Leo y solo era Martín. Para los personajes todo se arreglaba al final, podían vivir su amor sin trabas ni impedimentos.

La escena en que se declaraban su amor fue intensa, emotiva y tremendamente creíble; sin embargo, Leo, como le había prometido, no la besó en el momento álgido de la interpretación. Se limitó a rodearla con los brazos y apoyar su frente contra la de ella en un gesto tan íntimo que le aceleró el corazón incluso más que cuando la había rozado con sus labios.

En la escena final, con casi todo el elenco sobre el escenario, le rodeó la cintura con el brazo, y ella hizo lo mismo con él. No pudo evitarlo. Sentía real cada roce en su cuerpo, y no fruto de la interpretación.

La adrenalina le corría por las venas al escuchar los aplausos cuando el telón cayó y el público les dedicó una ovación. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse en sus brazos delante de todo el mundo.

Se abrazaron todos cuando, tras salir a escena tres veces reclamados por los asistentes, al fin el telón cayó de forma definitiva sobre ellos. Fue un abrazo general, jubiloso, todos unidos en uno, todos felices por el éxito logrado.

Mar se unió a ellos cuando la sala comenzó a despejarse de público.

—¡Mamá! Has estado increíble —exclamó abrazándola también.

—Gracias, cariño, por estar aquí; sé que no te ha sido fácil organizar los horarios.

—¡No me lo quería perder! Sé lo importante que es para ti. Me gusta esta nueva mujer en que te estás convirtiendo. Prométeme que eso no va a cambiar cuando vuelvas a Huelva. Porque vas a volver... ¿verdad? —Había una leve interrogación en su mirada.

—Claro que voy a volver, en poco más de dos semanas. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Te veo tan cambiada, tan feliz que no estoy segura de que desees regresar a lo de antes.

—Estoy feliz, y lo estaré también en casa, cuando regrese. Porque hay cosas que van a cambiar en mi vida, estoy decidida a ello.

—Me alegra oírlo.

Después la chica se volvió al resto de compañeros, que seguían felicitándose unos a otros y comentando los pormenores de la obra.

—Enhorabuena a todos. Lo habéis hecho genial.

—Gracias, Mar. ¿Vendrás a la fiesta de clausura de las actividades? —preguntó Ceci.

—Por supuesto, si no es de acceso restringido.

—Puede entrar todo el mundo —aclaró Silvia—. Vamos a cambiarnos de ropa y en seguida estoy contigo.

Poco después todos se reunían en el patio del centro cívico, donde un mostrador improvisado en uno de los laterales permitía adquirir bebidas y algunas comidas sencillas. Sillas de madera distribuidas por el mismo permitían sentarse a los asistentes, pero ellos permanecieron de pie. La música suave de fondo facilitaba las conversaciones, y Silvia y Mar se mezclaron con el resto de sus compañeros en una agradable charla.

Leo se mantenía a una prudente distancia, dentro del grupo, evitando aproximarse demasiado a Silvia. Había observado la mirada de Mar a menudo sobre él, y temía delatar sus sentimientos si

se acercaba mucho. Tal vez la chica se hubiera percatado de que lo sucedido en el escenario no había sido una mera actuación. No eran tan buenos actores ninguno de los dos.

Ella lo observaba con fingida indiferencia, sintiendo el desgarró de ver a Silvia con su hija. Esa era su vida, la que tenía en Huelva, no el breve intervalo de su estancia en Almería. Mar y Alfonso, ese hombre esquivo, eran su familia, no él. La familia a la que deseaba volver a pesar de la atracción que existía entre ambos. Atracción que para él se había convertido en amor.

Sintió que todo el éxito de la tarde se diluía en la certeza de que Silvia se marcharía en dos semanas, cuando terminara su suplencia. Se olvidaría de él, del tiempo compartido, llevándose tan solo el recuerdo de una obra de teatro, un beso que ni siquiera había sido apasionado y un archivo con una canción que ya estaba terminada y que le entregaría antes de que se marchara. Y se quedaría solo, sintiendo que el amor de nuevo se burlaba de él.

Un espectador se les acercó solicitando una foto de los actores y se agruparon. Leo se situó al lado de Silvia y rozó su mano como al descuido. Necesitaba ese leve contacto, hacerle sentir que estaba allí. Ella no retiró la suya, mantuvo los dedos unidos mientras varias personas aprovechaban el momento para inmortalizar al grupo. Mar entre ellas.

—Luego os la paso —dijo esta.

—Gracias —susurró.

Silvia se alejó del grupo y se situó en la cola de la barra para pedir unas bebidas. Mar se acercó a Leo y este sintió la mirada de la chica que lo observaba con atención.

—Tu madre está muy contenta de que hayas venido —dijo en un intento de iniciar una conversación intrascendente.

—Lo sé. Yo también. ¿Nadie de tu familia ha venido a verte a ti?

—No tengo familia en Almería.

—¿También tú has dejado a tu mujer y a tus hijos en otra ciudad por motivos de trabajo?

—No tengo mujer ni hijos.

—No sé si decirte que lo siento o felicitarte...

—Ninguna de las dos cosas. Las cosas son como son, y ya está.

—Te llevas muy bien con mi madre, ¿verdad?

—Sí, tenemos aficiones parecidas.

—Me alegro de que tenga amigos aquí, que no se haya sentido sola. En Huelva solo tiene una amiga, una compañera de trabajo, pero apenas la ve fuera del banco. Esto está siendo una especie de vacaciones para ella.

—Me lo ha dicho. Luego llegarán las vacaciones de verdad, cuando vuelva.

—Eso espero.

Silvia regresó llevando unas bebidas en las manos.

—Me muero de sed. Por mucho que beba no logro calmarla.

—Eso es por los nervios —aclaró Leo—. Pero ya puedes tranquilizarte, ya ha terminado todo.

—Sí. Ya terminó mi faceta de actriz.

—No digas eso. El año que viene busca algún grupo de aficionados al que unirte. Seguro que te aceptan, eres buena.

—Pero no será igual —se lamentó Silvia con un tono pesaroso.

—Cada grupo y cada año es diferente, aunque la primera obra es como el primer amor, no se olvida. Pero lo disfrutarás también.

—Seguro que sí.

—Nada de tristezas hoy —afirmó con una sonrisa—; estamos de celebración.

—Cierto.

Bego se unió a ellos.

—¿Qué hacéis aquí tan solos? Estamos pensando en irnos a cenar a otro sitio. La ocasión lo merece.

—Por mí perfecto. No hay nada como una buena comida para celebrar el éxito de esta noche.

Se marcharon alegres a disfrutar de la cena y de la compañía. No se verían hasta después del verano, si se apuntaban a la actividad. Silvia ya no estaría, pero no quiso pensar en ello, sino en disfrutar de la noche y de la compañía.

Capítulo 20

Despedida

*D*iarario 5 de junio

Mi estancia en Almería se acaba. Hoy he almorzado con mis compañeros del banco, que han hecho mi trabajo muy agradable durante mi permanencia en esta ciudad. No son como Lola, nadie es como ella, pero ha sido un placer colaborar con todos y me han brindado un almuerzo de despedida.

Mañana viernes es mi último día en el banco, y por la noche he quedado con Leo, pues el sábado regreso a Huelva. Iremos a cenar a un restaurante, aunque yo preferiría ir a su casa y que de nuevo tocara el piano para mí. Pero él no lo ha propuesto y lo entiendo y lo respeto. Después de lo sucedido en mi casa la noche que lo invité a cenar, no sería una buena idea.

Durante las casi tres semanas transcurridas desde la representación de la obra nos hemos visto a diario, y nos hemos acercado todavía más uno al otro, aunque ninguno de los dos ha hablado de sentimientos. Como dos amigos hemos compartido gustos, aficiones, ansias de viajar y mil cosas más en las que seríamos compatibles, que podríamos hacer si las circunstancias fueran otras. Los momentos íntimos, los pequeños roces de manos, se han producido con frecuencia por mucho que hayamos intentado evitarlos.

Ninguno tiene dudas de lo que sentimos uno por el otro, aunque no lo mencionemos. Por mi parte es más que una simple atracción, y en algún momento durante estas dos semanas he pensado si no debería tirar la toalla y no tratar de salvar mi matrimonio, sino arrojarme a los brazos de ese hombre que me mira con adoración y por el que siento un intenso deseo físico y emocional.

Pero luego pienso en los muchos años de convivencia con Alfonso, en que tenemos una hija en común, y sé que debo intentarlo. Me sentiría muy mal si no lo hiciera, si simplemente le dijera que se acabó, sin que lo espere, sin que sepa lo que se le viene encima. No soy ese tipo de mujer. Él aguarda mi regreso, y voy a poner todo mi esfuerzo en arreglar las cosas entre nosotros, en darle una oportunidad. Aunque me desgarré por dentro separarme de Leo.

Silvia entró al restaurante donde había quedado con Leo con puntualidad. Había ido en taxi, no le apetecía conducir esa noche y tampoco había querido que él fuese a buscarla. Llevaba puesto un vestido veraniego, muy favorecedor, que se había comprado para la ocasión, un vestido que probablemente nunca más se pondría. Como la protagonista de la película *Los puentes de Madison*, lo guardaría como recuerdo de una etapa de su vida oculta y secreta. De una noche inolvidable. Porque aquella noche quería sentir, por última vez, la mirada admirativa de Leo sobre ella.

Él estaba ya esperándola sentado a una mesa, y la observó con una sonrisa mientras se acercaba. Y le dedicó la mirada que anhelaba.

—Estás preciosa —le susurró al verla.

—Gracias.

Quiso decirle que él también estaba guapísimo, pero prefirió guardarlo para ella.

—He pedido vino.

—Bien.

Había una botella en una cubitera sobre la mesa y llenó dos copas que había a su lado.

—Por nosotros —propuso él alzando la suya.

—No habrá un nosotros, Leo —advirtió bebiendo un sorbo, que estaba delicioso—. Regreso mañana a Huelva.

—Siempre lo habrá, Silvia. Por muy lejos que estemos, por muchos kilómetros que nos separen. Aunque vivas con otro hombre, yo te sentiré mía. Siempre. —Había emoción en su voz.

El camarero se acercó con las cartas y las depositó sobre la mesa.

—¿Qué te apetece? —le preguntó Leo echando un vistazo al menú y rompiendo la intensidad del momento.

—Nada. No creo que me entre la comida. Siento un nudo en el estómago desde esta mañana.

—Pero esto es un restaurante, algo tenemos que comer. ¿Pedimos algo para compartir? Algo ligero.

—De acuerdo. Lo dejo a tu criterio. Hoy no tengo ganas de elegir nada.

Él la miró y sus ojos se oscurecieron aún más. Su mirada parecía decirle: ya has hecho tu elección. Pero no había ningún reproche en ella, solo resignación.

—Gracias —susurró cuando el camarero se alejó con el pedido: una ensalada y una dorada al horno.

—¿Por elegir el menú?

—Por eso también. En realidad, por comprenderme, por aceptar mi decisión de volver a casa.

—No me lo agradezcas, porque no lo comprendo. Si sientes algo por mí, y creo no equivocarme, no comprendo que quieras volver con un hombre que no te hace feliz, solo por el hecho de que sea tu marido. Lo acepto, por supuesto, jamás te forzaría a hacer algo que no

deseas porque, conociéndote, eso sí nos separaría. Prefiero quedarme en tu recuerdo como ese hombre que te amó, y te respetó, aunque me esté muriendo por llevarte a mi casa, tocar el piano para ti y después hacerte el amor toda la noche, como despedida. Sé que, si te llevo a casa y te intento seducir, no vas a resistirte, porque lo deseas tanto como yo. Pero no quiero eso. Si alguna vez vienes a mí, tiene que ser porque me quieras a mí sin la sombra de otro hombre entre nosotros. Y sobre todo, no quiero que te arrepientas de nada de lo que has hecho conmigo.

—No me arrepiento, Leo. De nada.

—Porque no hay nada de lo que arrepentirse. Pero si hiciéramos el amor, si lo harías.

Él tenía razón.

Les llevaron la comida y de nuevo la conversación perdió la intensidad de momentos antes. Se sirvieron y comenzaron a picotear de los platos sin ningún apetito y a beber de sus copas a pequeños sorbos.

Prolongaron la cena todo lo que pudieron, bebiendo, comiendo y hablando de trivialidades, eludiendo lo que de verdad deseaban decir. Sin tocarse, permitiendo que solo los ojos acariciaran. Que solo los suspiros expresaran lo que las palabras no decían, pero de lo que ambos eran conscientes.

Cuando les retiraron los platos y les sirvieron un café, Leo sacó un envoltorio y lo colocó sobre la mesa.

—Para ti.

—Leo... ¿Me has comprado algo?

—Sí, y no. Ábrelo.

Con dedos nerviosos deshizo el envoltorio ante la mirada atenta y expectante de Leo. Dentro de una caja de madera encontró un colgante en forma de hoja, con pequeños cristales de Swarovski en la superficie.

—¡Un colgante! Es precioso. —murmuró acariciándolo. Después alzó la cabeza para mirarlo, algo avergonzada—. Lo siento, yo no te he comprado nada.

—No es exactamente un colgante, aunque puedes usarlo como tal si quieres. Permíteme.

Lo cogió y con movimientos precisos de uno de los laterales de la hoja extrajo una memoria USB.

—Está lleno de música, interpretada por mí, con todo mi amor.

—Leo... no hay nada que me pudiera gustar más —dijo con la voz entrecortada, volviendo a coger el delicado objeto de sus manos. Dejando que sus dedos se rozaran durante unos segundos

—La primera canción es, por supuesto, *Para Silvia*. El resto, lo que he interpretado para ti en mi casa. He querido immortalizar esos momentos para que lo escuches si quieres recordarlos. Y si no quieres, si las cosas con tu marido van bien, solo tienes que borrarlo, o tirarlo, y olvidar estos meses.

Alargó las manos y tomó las de él.

—No quiero olvidar estos meses. Ojalá pueda salvar mi matrimonio, pero siempre habrá un

hueco para ti y para tu música en mi corazón y en mi recuerdo. Gracias, infinitas gracias, Leo, por todo lo que me has dado durante este tiempo. Lo usaré como colgante —decidió—. Nadie sabrá lo que contiene. Será mi secreto; nuestro secreto.

Se miraban a los ojos, las manos unidas por encima de la mesa. El corazón palpitando con fuerza, las voluntades perdiendo la batalla frente a los sentimientos.

Con un hondo suspiro, Leo la soltó, y bebió de un trago el resto de vino que le quedaba en la copa. La comida permanecía casi intacta sobre la mesa, pero la botella estaba vacía en la cubitera.

—Será mejor que nos vayamos a casa. No quiero decirte adiós todavía, pero esto está siendo muy difícil para mí, Silvia.

—Demos un paseo. No he traído coche, pensaba coger un taxi de vuelta, pero yo tampoco quiero regresar aún. Hay un buen trecho hasta mi casa...

Abonaron la cuenta y salieron del restaurante. Comenzaron a caminar uno al lado del otro. La noche era apacible y serena, invitaba al paseo, a las confidencias y a la intimidad. Silvia buscó la mano de Leo, que al instante aferró la suya y pasearon como dos enamorados. Como lo que eran en realidad. En silencio durante un buen rato, solo sintiendo la presencia del otro, la cercanía. Apurando cada minuto que les quedaba de estar juntos.

—Silvia... —murmuró Leo cuando ya estaban cerca de su apartamento.

—¿Sí?

—Quiero que sepas que si las cosas no salen como deseas, si no logras reavivar tu relación con Alfonso, yo estoy aquí. Seguiré estando aquí para ti, enamorado y deseoso de hacerte feliz. Que dedicaré mi vida a cuidarte, a mimarte, y a amarte con todo mi cuerpo y toda mi alma, como te mereces.

—Leo, no... —La voz se le rompió sin terminar la frase.

—Tenía que decírtelo —confesó él con un hondo suspiro—. Quiero que lo sepas, que lo tengas presente. Te quiero, como nunca he querido a ninguna mujer, y no puedo callarlo. Lo que siento por ti no es una simple atracción. No pretendo hacerte sentir mal, solo... necesitaba sacármelo de dentro.

—Lo sé. No me siento mal, solo triste; muy triste.

Sintió el fuerte apretón de la mano de Leo en la suya y supo que estaba haciendo un enorme esfuerzo por contenerse.

Su edificio ya se veía a escasos metros, la hora del final se acercaba. Los minutos que les quedaban eran escasos. Se detuvieron ante el portal, dubitativos, mirándose a los ojos. Con una muda súplica en los de él. Con una tremenda culpabilidad en los de ella.

No supo quién dio el primer paso, ni alargó los brazos hacia el otro. Se encontró envuelta en los de Leo, y con los suyos rodeando la espalda masculina. Las bocas se buscaron con voluntad propia, se fundieron en un beso apasionado, ardiente. Desesperado.

Perdieron la noción del tiempo que pasaron besándose, una vez tras otra los labios se fundían,

las lenguas se enredaban, se buscaban y se separaban solo unos instantes para recobrar el aliento, para volver a empezar.

Cuando ya les resultó imposible seguir besándose sin pasar a mayores, Leo la soltó, apretando con fuerza los puños contra los costados para no seguir tocándola, para no dejarse llevar.

Silvia dio un paso atrás, sintiendo que un frío y un vacío aterrador se apoderaban de ella. Se miraron con intensidad, conscientes de que había llegado el momento tan temido de la despedida.

—Adiós, Leo —susurró con voz rota.

—Adiós, mi amor. Cuídate... y si no eres feliz, vuelve a mí.

Los ojos se le nublaron de lágrimas, que logró contener a duras penas. No quería llorar, porque sabía que, si lo hacía, Leo la estrecharía otra vez en sus brazos y ya ninguno de los dos podría detenerse. Y ella se convertiría en una traidora y una adúltera. Y nunca podría perdonarse.

Se giró y entró en el portal, dejándolo en la calle, solo y desolado. Había elegido, y esperaba que el hombre por el que hacía ese sacrificio mereciera la pena y luchara con ella por salvar su relación.

Capítulo 21

De regreso

*D*iarario 6 de junio

Estoy desolada. La despedida de Leo ha sido desgarradora, como si me arrancaran el alma, y me ha dejado un vacío que no sé si podré volver a llenar.

He tenido que buscar en el móvil una foto en la que estamos Alfonso, Mar y yo para vencer la tentación de llamarle y pedirle que venga, que pase la noche conmigo. Ver a mi familia ha sido suficiente para conseguirlo, para convencerme de que separarnos sin haber compartido más que unos besos es lo mejor para los dos. También para él, porque estoy decidida a volver, y darle una noche de amor a Leo sería también darle esperanzas, y no sería justo para él. No quiero hacerle más daño del que ya le he hecho.

En lugar de llamarle he metido en el portátil el pendrive y escuchado la música que ha grabado para mí. Oírla me ha hecho llorar, rememorando los momentos compartidos en su casa y en la mía. He imaginado sus dedos tocando música sobre mi piel, algo que nunca sentiré. El sabor de sus besos es lo único que me acompañará en el recuerdo.

Mañana dormiré en casa, retomaré mi vida, me reencontraré con mis seres queridos, y solo puedo llorar pensando en que a uno de ellos, a Leo, no lo veré nunca más.

Silvia aparcó el coche en la puerta de su casa. El trayecto se le había hecho demasiado corto, demasiado difícil. Sentía un vacío en su interior que no conseguía aplacar. Durante el trayecto no dejaba de repetirse que volvía a casa, a las comodidades de las que había carecido en Almería: el lavavajillas, el enorme sofá que permitía tenderse en él, a la terraza a la que le gustaba asomarse. Y de vez en cuando apartaba una mano del volante para tocar el pendrive que había insertado en una cadena y colgado de su cuello, con la intención de llevarlo siempre pegado a su piel.

Una vez hubo estacionado bajó del vehículo, sacó la maleta del portaequipajes y, sin darse

tiempo a un último pensamiento, se dirigió al portal.

Abrió con su llave, y los olores familiares le llegaron de inmediato. Estaba en casa.

—Ya he llegado —anunció en voz alta.

—Estoy en el salón —respondió Alfonso.

Dejó la maleta en el vestíbulo y fue a su encuentro. Estaba sentado en su rincón favorito del sofá, viendo en la televisión un programa de deportes. Como siempre. Se levantó al verla entrar y depositó un beso en su mejilla. Un beso fraternal, o amistoso, no exento de cariño, pero en absoluto el cálido recibimiento que esperaba. Que necesitaba para acallar sus demonios.

—¿Has tenido buen viaje? —le preguntó.

—Bastante bueno, sí. Tranquilo.

Cuatro meses sin verse ¿y eso era todo lo que pensaba decirle? Se esforzó en disimular su decepción y ser ella la que expresara su alegría por el regreso.

—¡Qué bien estar de nuevo en casa!

—Ya teníamos ganas de que volvieras. Sin ti la casa es un desastre. La niña pasa casi todo el tiempo en su habitación estudiando. Ahora está en la biblioteca haciendo no sé qué trabajo con unos compañeros; vendrá más tarde.

—Es normal en esta época, se juega su futuro. Pero también estás tú, que no tienes que estudiar.

—Pero trabajo mañana y tarde. ¿O acaso lo has olvidado?

«Durante cuatro meses lo he olvidado, sí».

Se mordió los labios. No quería discutir el primer día de su regreso.

—Voy a darme una ducha y luego desharé el equipaje.

—Mi madre vendrá a cenar esta noche. Tiene ganas de verte.

—Y yo a ella —murmuró en tono poco convincente.

Intuía que aquella misma noche tendría que empezar a establecer las nuevas normas de convivencia.

Dejó a Alfonso que continuara con su programa de deportes, rescató la maleta del recibidor y se dirigió a su habitación dispuesta a ducharse y deshacerla.

Al entrar en su dormitorio observó que una capa de polvo cubría los muebles, la cama estaba sin hacer, sobre la mesilla de noche había un vaso de agua a medio beber. Eran las seis de la tarde y la habitación presentaba el aspecto de un campo de batalla. Se mordió los labios, cogió ropa limpia de la maleta y entró en el cuarto de baño contiguo.

El cesto de la ropa sucia estaba lleno a rebosar, el lavabo presentaba restos de jabón del afeitado de Alfonso, los grifos marcas de cal. La toalla húmeda y arrugada no se había cambiado en bastantes días.

La cogió enfadada y la arrojó al cesto, sustituyéndola por otra, limpió el lavabo, el inodoro y la bañera antes de entrar en ella. Cuando salió se dirigió al salón tratando de calmar su furia.

—Alfonso, el baño está hecho un desastre, la cama sin hacer y la casa llena de polvo.

—Ya te he dicho que Mar está muy ocupada con los exámenes.

—¿Y tú? Ni siquiera has hecho la cama.

—Es sábado; ya sabes que es mi día de descanso. Además, no es tan terrible no hacer la cama, una vez en ella el cuerpo no lo nota.

—¿Y la casa? Creí que venía alguien a limpiar una vez por semana. Hay polvo por todos lados.

—Venía; ya no. Le dije que no volviera hace un par de semanas. Ahora que estás tu aquí no vamos a gastar dinero en pagar a alguien que limpie.

—Pues yo creo que sí lo vamos a gastar —afirmó decidida.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que hablar sobre muchas cosas. Hoy no, acabo de llegar, pero algunas rutinas van a cambiar. Tienen que cambiar.

—No sé a qué te refieres, pero si tú lo dices... ¿Qué vas a prepararnos para cenar esta noche? —preguntó sin apartar la mirada del televisor.

—¿Yo?

—Claro, ¿quién si no? ¡No te imaginas las ganas que tengo de comer tus deliciosas comidas!

—Acabo de llegar, he conducido cuatro horas seguidas y estoy cansada. No me apetece cocinar.

—¿Y qué vamos a cenar entonces?

—¿Qué habéis cenado en mi ausencia?

—¡No me lo recuerdes! Hamburguesas, pizzas, y tortilla de patatas de la pollería de la esquina.

—Pues come lo que quieras. A mí me basta con un sándwich y me iré a la cama, estoy agotada. —«Física y emocionalmente».

—Va a venir mi madre. ¿Te vas a acostar? Quiere verte.

—Esperaré a que llegue para saludarla, y sí, después me voy a acostar. Antes haré la cama y cambiaré las sábanas. ¡A saber el tiempo que llevan puestas!

—No están sucias.

—Por si acaso... —masculló.

—El trayecto de vuelta te ha cansado más de la cuenta y te ha puesto de mal humor. Pero ya estás en casa y mañana será otro día.

«Sí, estoy en casa y no veas las ganas que tengo de dar media vuelta y volverme a ir».

—Si te vas a acostar en seguida llama a mi madre y dile que no venga esta noche, que lo deje para mañana. Porque no podrás llevarla a casa después.

—Llámalas tú; es tu madre. Y no llevaré a nadie a casa después de cenar.

—¡Sí que estás de mal humor! Anda, descansa.

«No te imaginas cuanto!

Las llaves en la puerta calmaron su enfado y salió a recibir a su hija. Mar la estrechó en un sentido abrazo.

—¡Mami, ya estás en casa! ¡Bienvenida!

—Gracias cariño.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí, he salido a mediodía y había poco tráfico.

—Tengo que pedirte perdón por el estado de la casa. Quería limpiarla antes de tu llegada, pero un compañero imbécil, tonteando con el ordenador, ha perdido parte de un trabajo de grupo que debemos entregar el lunes y llevamos dos días tratando de rehacerlo. No he tenido tiempo. De hecho, debería estar aún en la biblioteca, pero tenía muchas ganas de verte.

—No eres la única que vive aquí, Mar.

—Ya lo sé, pero no quería que tuvieras esta primera impresión de la casa al regresar, sino que te sintieras feliz de estar aquí.

—No pasa nada, cariño. Estoy cansada, pensaba comer un sándwich y acostarme temprano. No he almorzado, desayuné fuerte para salir sobre las doce, y pillar poco tráfico.

—¿Papá como se ha tomado eso? Creo que esperaba una opípara comida de tu parte, croquetas a ser posible.

—Me da igual; no va a tenerlas.

No pensaba hacer croquetas para Alfonso aquella noche. No quería recordar la última vez que las preparó. No cuando aún le dolía en el alma la despedida de Leo el día anterior.

—Siéntate y descansa; yo prepararé la cena en seguida y podrás irte a dormir después. Se tendrá que conformar con una pizza congelada o una tortilla. ¿Qué prefieres tú?

—Me da lo mismo. Gracias, nena.

—No me las des. Como ves, te espera un duro trabajo si pretendes cambiar las cosas, mamá.

—Lo sé, y lo tengo asumido. Cambiarán, no pienso ceder.

—No lo hagas. Y soy yo quien te tiene que dar las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por volver.

Había comprensión, demasiada comprensión, en los ojos de su hija y rogó que no mencionara ni a Leo ni al teatro, porque se echaría a llorar.

—Esta es mi casa y vosotros mi familia. No es perfecta, pero haremos que lo sea.

—Tienes todo mi apoyo.

—Ahora, mientras tú preparas la cena, yo voy a adecentar mi cama para dormir. Como bien ha dicho tu padre, mañana será otro día.

Entró en su dormitorio, cambió las sábanas y, antes de salir, le echó un vistazo al móvil, que había dejado dentro del bolso. Tenía un mensaje de Leo, que hizo que se le nublaran los ojos de lágrimas.

Leo:

No deseo molestarte, estarás ocupada con tu familia. Solo quería saber si habías llegado bien. El

camino es un largo trayecto en coche.

Respondió sintiendo un nudo emocionado en la garganta.

Silvia:

Gracias Leo. Sí, he llegado bien, hace ya un rato. Y
no molestas; nunca molestas.

Vio las comillas azules, señal de que él había leído el mensaje, pero no hubo respuesta. Era lo mejor, romper el contacto del todo, pero se sintió desolada. Se tocó el colgante una vez más aquel día.

El resto de la noche mejoró con la presencia de Mar. Esta telefoneó a Leonor para comentarle que su madre se acostaría temprano, pero la mujer insistió en hablar con ella y su hija le pasó el teléfono.

—La abuela quiere saludarte.

—¡Hola, Silvia, cariño!

—Hola, Leonor.

—¡Qué alegría que ya estés aquí! Pensaba ir a verte esta noche, pero dice la niña que estás cansada y te acostarás pronto.

—Sí, en cuanto termine de cenar.

—Iré mañana a almorzar, entonces.

—Cuando quieras —respondió con acento cansado. —«Pero te irás en autobús».

—¿Ha ido todo bien en Almería? ¡No quiero ni pensar en lo mal que lo habrás pasado allí, tan sola!

—No ha sido tan duro como pensaba.

—¡Cómo que no! ¡Si hasta te has apuntado al teatro para soportarlo!

Una tenue sonrisa afloró a sus labios. Por fortuna nadie la veía, Mar estaba en la cocina y Alfonso no despegaba los ojos del televisor.

—El teatro ha sido divertido.

—Pero ya estás de vuelta. Ya no necesitarás esas tonterías para distraerte.

Podía haberle dicho que no eran tonterías, sino una de las mejores experiencias de su vida. Podía decirle muchas cosas, pero no aquella noche.

—Hasta mañana, Leonor —cortó la conversación de forma abrupta.

Estaba demasiado enfadada y deprimida para discutir en aquel momento. Solo deseaba cenar algo, a pesar de que no tenía hambre, y dormir para evadirse de la realidad. Ni siquiera escribiría en su diario, porque ello equivaldría a volver a llorar, y no deseaba hacerlo. Descansaría y al día siguiente tendría una clara conversación con todos y establecería las nuevas normas de convivencia.

Capítulo 22

Decepcionada

Diario 8 de junio

He vuelto a casa y la única palabra que me viene a la cabeza es decepción. Anoche fui incapaz de escribir nada en el diario de tan enfadada como me sentía, no quería que la primera entrada en él tras mi vuelta fuera de cabreo e irritación.

Cené la pizza que preparó Mar rodeada por la comprensión de mi hija y el gesto contrariado de mi marido por no haberle preparado yo una cena a su gusto. Sin embargo, pareció mostrarse magnánimo por el hecho de haber conducido durante cuatro horas, pero me dio a entender que para hoy esperaba una comida que lo compensara.

Me acosté y, a pesar del cansancio —más emocional que físico— que sentía, fui incapaz de dormirme de inmediato. Estaba despierta cuando Alfonso se metió en la cama y aguardé con una mezcla de esperanza y temor que me pidiera hacer el amor. No me apetecía, pero el hecho de que ni siquiera lo intentara después de cuatro meses me produjo una honda decepción. Me dio las buenas noches y se echó a dormir, cayendo de inmediato en un profundo sueño mientras yo contemplaba el techo preguntándome qué demonios hacía en aquella cama, cuando deseaba con desesperación estar en otra.

Me dije que debía hablar con Alfonso sin dilación y plantearle abiertamente mis deseos y mis expectativas; no quería rendirme antes de empezar, porque todo el esfuerzo que Leo y yo habíamos hecho para no caer en la tentación habría sido inútil.

Silvia se levantó temprano a pesar de que no había dormido bien. Mil imágenes y sentimientos encontrados habían poblado sus sueños y sus horas de vigilia, impidiéndole descansar.

Alfonso dormía aún y había escuchado a Mar salir temprano para reunirse con sus compañeros, como le comentó que haría la noche anterior. La casa pedía a gritos una limpieza,

pero a pesar de que no se encontraba cómoda en ella, se negó a hacerlo. Esperaría a que Alfonso se levantara y se pondrían los dos. Después le prepararía una buena comida para compensarle. Decidió que saldría a reencontrarse con su ciudad y a desayunar fuera.

Dejó una nota en la mesa de la cocina advirtiéndole que iba a dar un paseo y se sumergió en la fresca mañana onubense.

Tras dar una vuelta por el barrio se sentó en una cafetería casi desierta a aquella temprana hora del domingo. Pidió un café con leche y una tostada, desechando la idea de preguntar si tenían tortitas, y desayunó con tranquilidad, consciente de que esta se acabaría en cuanto llegara a su casa.

Cuando regresó, encontró la cara adusta de Alfonso en el salón, sentado en el sofá y con la televisión encendida. La cocina no olía a café ni a que se hubiera preparado nada durante su ausencia.

—¿Dónde estabas? —le preguntó él en tono desabrido.

—He salido a dar un paseo. La mañana está muy agradable. Te he dejado una nota.

—La he visto, pero antes de irte podías haber dejado café hecho.

—No me apetecía, he desayunado en la calle.

—¿Y eso? ¿Es una nueva costumbre que has adquirido en Almería?

—Pues sí; solía desayunar en una cafetería cercana al banco.

—Pero ya no estás allí, sino en casa.

—Pero no por eso pienso renunciar a algunos de los pequeños placeres que he descubierto, como el de desayunar fuera alguna vez.

—Al menos ten la consideración de dejar un café preparado para los demás. Ya no vives sola.

¿De verdad había soportado eso durante años? Respiró hondo para mantener la calma y comentó:

—Hay una cafetera en la cocina y café y leche en la despensa, si es que habéis hecho la compra y no estás esperando a que yo llegara para hacerla. Solo tienes que echar agua, unos cacitos de café y darle al botón. No acabarás herniado por eso.

Alfonso la miró muy serio.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué demonios te han hecho en Almería?

—No me han hecho nada, solo he descubierto que hay otra forma de vida, diferente a la que tenía. Y que hay cosas que deben cambiar.

—¿Qué tipo de cosas? ¡No me toques las narices, Silvia!

—Muchas cosas. La primera que no seré yo la única que se encargue de las tareas domésticas en casa a partir de ahora. Los dos trabajamos fuera y, por lo tanto, los dos nos ocuparemos de ello.

—¡Pero yo trabajo...!

—Ocho horas, igual que yo —lo interrumpió—. La única diferencia es que yo las hago seguidas y tú en dos turnos. Eso nos obligará a organizarnos según los horarios de cada uno,

nada más.

—Tú tienes las tardes libres y yo no. ¿No lo comprendes?

—A cambio tu entras a trabajar a las nueve y media de la mañana y yo a las ocho. Y sales a mediodía a la una y treinta y yo hora y media más tarde. Y sí, sé que vas a decirme una vez más lo cansado que llegas, igual que yo. Después de una jornada de ocho horas también me apetece sentarme un rato a descansar, o dar un paseo para despejarme o...

—O meterte en una estúpida obra de teatro, ¿no? Te han metido pajaritos en la cabeza, te han hecho creer que eres la nueva Lola Herrera y te ves compitiendo por el óscar.

—No tiene que ser eso necesariamente. Solo quiero tener tiempo para mí.

—¿Crees que yo lo tengo, trabajando mañana y tarde?

—Por supuesto que lo tienes. De una y media a cinco solo comes lo que yo preparo, y ves la televisión, que es tu ocupación preferida. Yo no tengo tiempo para ver ni un triste programa.

—¡Maldita sea, con las ganas que tenía de que vinieras...!

—¿Yo? ¿Estás seguro de que deseabas que viniera yo, o la asistente?

—No digas tonterías... pues claro que tú.

—Pues no lo parece, porque anoche, después de cuatro meses separados, ni siquiera hiciste intención de besarme.

—De modo que es eso... que no te eché un polvo anoche. Pues no lo hice porque dijiste que te acostabas temprano porque estabas cansada. Respeté tu cansancio. ¿Vas a echármelo ahora en cara?

—Alfonso, ¿me deseas? —preguntó con un nudo de expectación en el estómago. «Di que sí, por favor... dilo».

—¿Qué pregunta es esa? Pues claro, pero ya no tenemos veinte años... el cuerpo no tiene las mismas necesidades. No tenemos edad para estar todo el día follando como dos salidos.

—No, solo tenemos la longeva edad de treinta y ocho yo y tú cuarenta y uno... Y mi cuerpo sí tiene necesidades todavía.

—Pues si querías un polvo anoche haberlo dicho. ¡No soy adivino! Yo, cuando estoy cansado, no tengo ganas de sexo.

—No lo entiendes...

—No, no te entiendo. No entiendo a la Silvia que ha vuelto después de cuatro meses. ¿Dónde está mi mujer?

«Entre bambalinas».

—Estoy aquí. Solo he descubierto que en la vida hay más cosas que limpiar, cocinar y ocuparme de todo mientras tú descansas, y quiero disfrutarlas. También tengo derecho.

—¡Maldita sea! Seguro que allí has encontrado a alguna feminazi que te ha lavado el cerebro. Espero que se te pase pronto. Ahora bajo a desayunar yo también a la calle, porque ya veo que no vas a preparar el desayuno.

—No tardes mucho porque tenemos que limpiar la casa, que está hecha un asco. Y quiero

hacerlo antes de que venga tu madre.

—¿Yo? ¿Tengo que limpiar yo?

—Deberías, porque no soy yo quien la ha ensuciado; llegué ayer. Pero vamos a hacerlo los dos, como será de ahora en adelante.

—¡Ni lo sueñes!

—Pues espero que hayas conservado el teléfono de la señora que venía a limpiar, porque no pienso hacerlo yo sola. Llámala para que venga mañana.

—¡Me cago en...!

Salió dando un portazo y Silvia se derrumbó en el sofá. Solo había sido el primer combate de muchos, pero la había dejado agotada.

Miró el teléfono con la esperanza de tener algún mensaje de Leo. Sintió la necesidad de hablar con él, de contarle la decepcionante vuelta a casa que había tenido, de dejarse consolar por sus brazos. Y, sobre todo, de ver en sus ojos el deseo que sentía por ella, por la mujer que era. Pero la pantalla estaba muda y desistió de escribirle. No tenía derecho a perturbarlo con sus problemas ni con su insatisfacción; había escogido volver y dejarlo atrás, y lucharía sola su batalla.

Encendió el ordenador y descargó en él los archivos del pendrive. Era lo único de Leo que iba a permitirse tener. Después, estableció *Para Silvia* como tono de llamada de su teléfono móvil. Lo escuchó una y otra vez, necesitaba algo de él para su cruzada o se volvería loca. Porque sabía que no iba a ser fácil, pero se le estaba haciendo más duro de lo que imaginaba. Le fallaban las fuerzas porque se las había dejado todas en Almería.

Alfonso, ofuscado, se sentó ante el televisor al volver de la calle. No le dirigió apenas la palabra y ella tampoco hizo nada por suavizar la tensión que se había creado entre ambos. En el pasado él solía utilizar esa táctica en las discusiones, hasta que ella cedía pues no soportaba la tensión en la casa, pero no pensaba volver a hacerlo. Si llegaba Leonor, le daba igual que los viera enfadados, aunque ella no lo estaba ya. Solo se sentía decepcionada e indiferente al malhumor de su marido.

Entró en la cocina y rebuscó en la despensa para decidir qué prepararía para almorzar. Se seguiría encargando de las comidas porque no quería alimentarse mal, y Alfonso era un pésimo cocinero, según le había contado Mar. Pero él debería ocuparse de recoger la cocina.

Decidió preparar un arroz con lo poco que encontró, pero improvisar se le daba bien. Haría un almuerzo rico, decidió que la guerra se ganaba batalla a batalla y empleando una de cal y otra de arena si quería vencer. Tal vez con el estómago lleno Alfonso estaría más flexible respecto a compartir las tareas.

Leonor llegó poco antes del almuerzo. Tras darle un abrazo, que no dudaba era sincero, le preguntó por su estancia en tierras almerienses.

—Te veo bien —comentó mirándola de arriba abajo.

—¿Por qué iba a estar mal?

—Porque has estado allí sola.

—Almería es una ciudad, no una isla desierta. Hay gente.

—Pero no la familia. La familia es importante, Silvia.

—Por supuesto que lo es, pero también están los compañeros de trabajo, los amigos. Los miembros del grupo de teatro eran muy majos.

—Alfonso lo ha pasado muy mal esos meses.

—Ya me lo imagino. Ha tenido que comer pizza, tortilla de patatas y se ha acostado en una cama sin hacer —enumeró con calma, sin mostrar su irritación.

—Te ha echado mucho de menos.

—Podía haber ido con Mar en Semana Santa y se le hubiera hecho más llevadero.

—Deberías haber venido tú.

—¿Por qué? Hay los mismos kilómetros en las dos direcciones. Si me echaba tanto en falta como dice...

—¿Acaso tú no lo has echado de menos a él? ¿A nosotros?

—Por supuesto que sí. Me hubiera gustado verle, pero me había comprometido con una obra de teatro y no podía faltar a los ensayos —explicó molesta por tener que justificarse ante su suegra.

—Una obra de teatro no es más importante que tu marido.

—Un marido no es el centro del universo. Sobre todo, si tú no lo eres para él.

—¿Qué tratas de decir?

—Nada... son asuntos míos y de Alfonso, Leonor. Cosas de pareja que debemos solucionar nosotros.

—Habéis discutido...

—Ya te he dicho que son asuntos nuestros. No te metas.

—Nada, nada... allá vosotros —dijo alzando las manos en señal de comprensión—. Pero todos estamos muy contentos de que hayas vuelto a casa, él más que nadie.

—Yo también lo estoy —mintió—. Ahora coge algo de beber, y llévale a tu hijo. Si es que hay algo, porque el frigorífico está bastante vacío.

—¿No has hecho la compra?

—No «han» hecho la compra. Mar está en la biblioteca inmersa en un trabajo complicado y Alfonso en el sofá sentado. Si no hay cerveza es su problema, yo suelo comer con agua. Lo siento por ti, que eres la invitada.

—Mejor me voy al salón. Se ve que no estás de buen humor y no quiero que lo pagues conmigo.

Leonor tenía razón, estaba de pésimo humor y ella no tenía la culpa. Trató de calmarse para no meter a su suegra en sus diferencias conyugales.

La comida fue tensa, Alfonso se negó a abrir la boca más que para comer. Ni siquiera ponderó la comida, un arroz delicioso hecho con pocos ingredientes. Solo había una cerveza en el refrigerador, que se abrió para él sin siquiera ofrecérsela a ninguna de las dos mujeres. Parecía un niño con una rabieta, pataleando en silencio. Leonor trató de mantener una conversación con escaso éxito y ella intentó seguirla, pero le costaba.

Una vez finalizado el almuerzo, su suegra, que solía quedarse toda la tarde, decidió despedirse, pues la atmosfera de la casa era demasiado tensa.

—Yo voy a marcharme pronto hoy —anunció—. Espero a que recojas la cocina para que me lleves.

—No voy a recoger, yo he cocinado y ahora le toca a Alfonso.

El aludido ignoró el comentario.

—Pero él no lo hace nunca... No sabe —lo defendió su madre.

—Seguro que ha aprendido durante estos cuatro meses. Y si no es así, yo estaré encantada de indicarle cómo hacerlo.

—En ese caso, llévame ya a casa. Aquí no es agradable estar hoy —musitó levantándose y dispuesta a marcharse.

—Tampoco voy a llevarte a casa. Es de día, hay autobuses y no estás enferma ni impedida. Si has venido en autobús, puedes irte de la misma forma —dijo con amabilidad no exenta de firmeza. No iba a sentar precedentes otra vez.

Leonor la miró con incredulidad.

—¿Tienes algo que hacer?

—Descansar... lo mismo que tu hijo. Que te lleve él.

—Será mejor que me vaya. Hoy estáis intratables los dos... Espero que solucionéis vuestro enfado lo antes posible, porque resulta muy desagradable estar con vosotros.

Los besó a ambos y se marchó.

—Podías haberla llevado —le recriminó Alfonso desde el sofá—. ¿También ella te ha molestado en algo?

—En absoluto, pero es domingo, mi día de descanso, y no me apetece ser el chófer de nadie. Muchas cosas tienen que cambiar, Alfonso, porque no estoy dispuesta a que me vuelva a dar un ataque de ansiedad en el trabajo a causa del estrés, como me pasó antes de irme. Mañana vuelvo al banco, y esta tarde voy a disfrutarla. Han estrenado una película que me gustaría ver. ¿Te apetece venir conmigo?

No tenía ganas de ir al cine, prefería estar al aire libre, pero era de las pocas cosas que Alfonso y ella compartían y decidió tenderle una rama de olivo.

—¿Al cine? Puedes ver docenas de películas en la plataforma de *streaming*, y gratis.

—Quiero salir de casa. ¿Vienes o no? Podemos tomar una cerveza después, ya no quedan en casa.

—No estoy de humor. Prefiero quedarme aquí.

—Muy bien. No te olvides de recoger la cocina —dijo, y entró a darse una ducha y arreglarse para salir.

Cuando subió al coche se dirigió a Punta Umbría, la playa más cercana a Huelva, y se sentó en la arena a dejar que el mar con su suave cadencia, calmara su agitado espíritu. No pensaba volver hasta la hora de la cena. O después.

Capítulo 23

Deprimida

Diario 10 de julio

Ya hace algo más de un mes que estoy en casa y la situación no ha mejorado. Decir que estoy deprimida es quedarme muy corta. Alfonso se niega a hacer nada. No discute, pero no hace las tareas que hemos estipulado compartir. Dice que él no ha acordado nada y simplemente pasa. Ha empezado a venir a limpiar una vez por semana la señora que estuvo haciéndolo durante mi ausencia, pero eso soluciona una parte de las tareas nada más. Me hierve la sangre de ver los platos acumulados en el fregadero, porque me niego a recogerlos yo, hasta que al fin no puedo soportarlo más y lo hago.

Cada mañana le doy una lista para que haga la compra de camino a casa a mediodía y nunca, ni por casualidad, lo hace bien. La cerveza no la olvida, pero siempre falta la mitad de lo que le encargo. La lavadora la pone, sobre todo cuando no tiene limpias sus camisas favoritas, pero en los programas equivocados, y ha originado algún que otro desastre.

Sé que lo hace a propósito, para que al final yo me canse de la situación, de las discusiones, y vuelva a ocuparme de todo. Estoy tratando de resistir, pero las fuerzas me fallan.

El ambiente en casa es malo y me preocupa que Mar lo está sufriendo también y he tratado de evitar las disputas en lo posible, para proporcionarle la tranquilidad que necesita para terminar el curso y afrontar la prueba de acceso a la universidad. Ya ha terminado y está en espera de los resultados. Cuando los tenga se irá quince días de vacaciones con una amiga que tiene casa en la playa. ¡Ojalá pudiera hacer yo lo mismo, irme y desaparecer!

Mi cuñada trató de que volviera a ocuparme de recoger a mi sobrino de natación, pero me negué, así como tampoco he vuelto a hacer de chofer para mi suegra, lo que hace que venga menos. Tampoco el ambiente en casa es agradable, lo reconozco. Todos están molestos conmigo, y yo añoro los días pasados en Almería, tan plácidos y felices, y sobre todo añoro a Leo. Nuestros cafés de sobremesa, los ensayos y las tardes en la playa durante los últimos quince días que estuve allí. El único consuelo que tengo es ir a la playa yo también y poner su música en el

móvil para revivir los momentos pasados con él. Es como si volviéramos a estar juntos, como si el mar, aunque no sea el mismo, nos conectara. Y lo que más echo de menos es su mirada tierna y enamorada, esa que me hacía temblar el alma y el cuerpo.

El sexo con Alfonso sigue siendo inexistente, pero tal como están las cosas, sería yo la que se negaría si me lo propusiera.

Me siento deprimida y, sobre todo, fracasada. No logro reflotar mi matrimonio, cada vez que intento hablar con mi marido y hacerle ver cómo me siento y que no puedo tirar yo sola de nuestra relación, que hace aguas por momentos, se limita a mirarme como si estuviera loca, como si le estuviera pidiendo la luna, y a seguir viendo la televisión. Soy muy infeliz y el recuerdo de Leo se cuela cada vez más en mis insomnios y mis viglias, que son constantes.

Aquella noche Silvia se sentía triste y sola, muy sola. Mar había salido con sus amigos para celebrar que había conseguido la nota necesaria para la carrera que deseaba estudiar, y ella acababa de cerrar el diario, en el que había volcado, un día más, su frustración.

Alfonso se había ido a la cama hacía rato, sin haber recogido los platos de la cena. Los dejaría allí hasta el día siguiente, pero si a mediodía él continuaba sin meterlos en el lavavajillas, tendría que hacerlo ella. Ni siquiera tenía ya fuerzas para discutir, como al principio de su vuelta. Sus energías se iban desgastando y su ánimo también.

Cuando se metió en la cama se percató de que Alfonso no dormía. Una de sus manos le acarició la cadera y se tensó. Permaneció quieta mientras él levantaba el camisón, aferraba el elástico de las bragas y tiraba hacia abajo. Sin más prolegómenos, sin siquiera un beso o una palabra cariñosa...

—Alfonso, no. No me apetece.

—¿No decías que tenías necesidades? ¿Ahora me vienes con que no te apetece? ¿En qué quedamos? Ya no sé cómo complacerte.

—Pues sí que tengo necesidades, pero para que me apetezca hacer el amor tenemos que estar bien, y no lo estamos.

—No estamos bien porque no he recogido la cocina, ¿es eso?

—No es eso. Lo de las tareas domésticas es una de las cosas que no funcionan, pero hay mucho más.

—¿Qué es lo que no funciona? Siempre ha funcionado, no entiendo por qué ahora no.

—Porque somos jóvenes y nuestra relación necesita algo más de lo que tenemos: comunicación, hacer cosas juntos, quiero sentir que somos una pareja. En agosto cogeremos las vacaciones. Hagamos un viaje los dos solos, sin tareas de casa, sin familiares, sin roces ni discusiones. ¡Vamos a redescubrirnos! Luego, a la vuelta, negociamos lo de las tareas de casa.

Él bufó.

—Mira, si no te apetece echar un polvo, lo acepto, pero no me vengas con zarandajas. Llevamos media vida juntos, ya nos conocemos bastante. No hay nada nuevo que descubrir. ¡En maldita hora te fuiste a Almería!

Se giró y se echó a dormir dando por terminada la conversación.

Silvia sintió como las lágrimas caían cálidas y silenciosas por sus mejillas. Se levantó, incapaz de permanecer acostada al lado de aquel hombre que no estaba dispuesto a luchar por su matrimonio. Y ella no podía hacerlo sola.

Se sentó en el sofá del salón, a oscuras, y se puso unos auriculares para conectar el móvil y escuchar la música de Leo. Y lloró, durante mucho rato. Lloró por ella y por Leo, por su vida infeliz, por la decepción que sentía. Ni siquiera estaba segura de por qué lloraba, pero no podía parar.

No escuchó las llaves en la puerta ni advirtió la presencia de Mar hasta que estuvo a su lado.

—¿Mamá?

Se giró con la cara llena de lágrimas y las enjugó con las manos para no preocupar a su hija, que se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis vuelto a discutir?

Se encogió de hombros.

Mar le agarró las manos.

—¿Quieres hablar?

—¿De qué? ¿De que tu padre no ha recogido los platos de la cena?

—No es solo eso, y las dos lo sabemos. No eres feliz.

—No —admitió—. No lo soy.

—Es por Leo, ¿verdad? Había algo entre vosotros.

—No he tenido una aventura con Leo. Jamás le he sido infiel a tu padre —aseguró con firmeza.

—No tengo ninguna duda de eso, pero había algo. Me di cuenta de cómo os mirabais cuando estuve en Semana Santa y cómo evitabais hacerlo el día de la representación. Salvo cuando subisteis al escenario. Entonces no estabais actuando, sino dejando aflorar sentimientos.

—Lamento no haber sido capaz de disimularlo mejor. Sí, Leo y yo estábamos enamorándonos.

—Mami, te he agradecido infinito que volvieras a casa, que intentaras recuperar la relación con papá, pero te veo desgraciada y eso me duele. Solo tenemos una vida y no es justo que desperdicies la tuya al lado de alguien que no te hace feliz.

—¿Me estás diciendo...?

—Sí, te estoy diciendo justo lo que crees. Quiero mucho a papá, pero no dejo de reconocer que es muy egoísta, que no te valora ni te da lo que necesitas. Yo también soy mujer y te aseguro que, si tuviera a mi lado a alguien como él, lo habría mandado a freír espárragos hace tiempo. Cuando estabas en Almería te veía radiante, alegre y vital; ahora eres una sombra de aquella mujer.

—Eso es lo que soy, sí, una sombra. Pero no es fácil romper con todo. Me siento culpable por haberme enamorado de otro hombre —admitió—. Y voy a intentar arreglar las cosas.

—Yo te apoyaré hagas lo que hagas, pero no te entierres en vida.

—En una semana comienzan nuestras vacaciones de verano y le he propuesto a tu padre hacer un viaje juntos y solos. Quiero darle una última oportunidad.

—¿Y ha aceptado?

—No ha dicho ni sí ni no.

—¿Quieres que hable con él y trate de convencerlo de que lo hagáis? ¿Crees que servirá de algo?

—No lo sé, Mar. Pero tú mantente al margen. Esto es un asunto entre tu padre y yo. Tienes que ser neutral.

—Soy neutral, pero sé lo que estás pasando y me duele verte así. Siempre va a ser mi padre y estaré ahí para él, pero quiero verte feliz. Prométeme que si el viaje no funciona harás algo.

—Primero veamos si acepta —dijo ya más calmada.

—Muy bien. ¿Quieres que pongamos una película?

—Es tarde y estarás cansada.

—Pero mañana no me tengo que levantar temprano. Aunque tú sí.

—No podría dormir si me acostara ahora.

—Entonces, vamos. ¿Una romántica?

—*El piano*... la he comprado.

—Muy bien.

Leo salió de su casa como hacía muchas tardes, en dirección a la playa de las olas. Le gustaba sentarse en la arena al anochecer, cuando la mayoría de los bañistas se habían marchado, recordando a Silvia. Solo con el mar y sus pensamientos.

No sabía nada de ella, después del mensaje en que le dijo que había llegado bien, no habían vuelto a escribirse ni a llamarse. Estuvo tentado muchas veces, para saber cómo estaba, si había conseguido sus deseos de solucionar sus problemas conyugales, pero luego temía ser inoportuno y desistía. Se decía que si no lo había llamado era porque todo iba bien, porque él era pasado y ella había seguido con su vida.

Notó la vibración del móvil en el bolsillo y tentado estuvo de no responder a la llamada, y menos después de comprobar que el número le resultaba desconocido, pero al fin lo hizo.

—¿Sí?

—¿Leo? Soy Mar, la hija de Silvia.

Se tensó de inmediato.

—¿Ella está bien? ¿Le ha pasado algo?

—No le ha pasado nada, pero no está bien. Me he tomado la libertad de coger tu contacto de su teléfono y llamarte.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, aunque intuía lo que estaba pasando.

—Es muy infeliz. Las cosas en casa van mal, está triste y deprimida. He hablado con ella, pero no sé cómo ayudarla. Tal vez tú puedas; sé que entre vosotros había algo. Era feliz en Almería, Leo, y ahora no lo es.

Respiró hondo. Tenía ganas de maldecir a aquel gilipollas, incapaz de apreciar a la mujer que tenía al lado. La voz de Mar seguía sonando angustiada.

—Tal vez me he precipitado al llamarte, y me estoy metiendo donde no debería. Si es así, ignora mi llamada y disculpa. Pero no sé qué hacer por ella.

—No te voy a negar que había cierta atracción entre nosotros, pero me consta que Silvia deseaba solucionar algunos problemas de pareja con tu padre, y es muy testaruda. Tal vez no quiera saber de mí.

—No lo está consiguiendo, las cosas entre ellos van cada vez peor. ¿Y tú quieres saber de ella? Porque si no es así... Tal vez me he precipitado...

—Veré que puedo hacer —murmuró—. Te llamo en un par de días, ¿vale? Ahora mismo necesito asimilar esto.

—Claro. Gracias por no colgarme, Leo.

—Gracias a ti por llamarme. Hablamos.

Cortó la llamada porque se sentía incapaz de seguir hablando sin dejar salir toda su rabia, sin insultar a aquel malnacido y, a fin de cuentas, Mar era su hija. Era un hombre pacífico, pero en aquel momento le gustaría estrangular a aquel cabrón que probablemente había borrado la preciosa sonrisa de los labios de Silvia. Claro que haría algo, y muy pronto.

Se había apartado porque pensaba que podría ser feliz con su marido, pero si no era así, lucharía por ella con uñas y dientes.

Capítulo 24

Rescatada

Diario 15 de julio

Después de mi conversación con Mar me siento reconfortada y apoyada, decida lo que decida. Cada vez tengo más claro que mi matrimonio se va a pique y yo cada día tengo menos ganas de salvarlo; no obstante, voy a darle una última oportunidad al viaje que le he propuesto a Alfonso. Él no parece muy decidido a realizarlo, aunque tampoco lo ha rechazado abiertamente. Parece darme largas, tal vez piensa que si tarda en manifestarse cuando cojamos las vacaciones el uno de agosto, ya no encontraremos una buena oferta para ir a ningún lado y tendremos que ir, como cada verano, al piso que su tía tiene en Málaga, y que nos ofrece gratis. A nosotros y a toda su familia, aunque no sé si Leonor este año vendrá con nosotros. Está molesta conmigo, ella y mi cuñada, porque desde mi regreso no he vuelto a retomar mis «obligaciones» para con ellas.

Me da igual, todo me da igual, salvo la infelicidad que se ha apoderado de mí en este último mes. Y, por supuesto, no pienso ir a Málaga «en familia» a seguir limpiando y cocinando y ocupándome de mi sobrino mientras sus padres salen de noche o hacen excursiones en barco. Esa Silvia ya no existe, y más les vale a todos aceptarlo.

Las discusiones con Alfonso siguen a la orden del día, aunque yo cada vez acepto más el desorden en casa y los platos sin fregar porque algo en mi mente dice que es temporal. Me estoy volviendo más pasota y menos belicosa, más resignada a que esto va a terminar mal. Muy mal.

Mar se ha ido de vacaciones con sus amigos y nos hemos quedado solos Alfonso y yo, y la convivencia es difícil. Ya he desistido de intentar convencerlo de salir a algún sitio juntos, se aferra a su sofá y a su televisor como si le fuera la vida en ello. Como si ignorando mis propuestas pudiera anclarse a un pasado que no tiene futuro. Yo, en cambio, suelo irme a la playa por las tardes, a disfrutar del aire libre y del sol. Pero me siento sola, muy sola.

Silvia salió del banco como cada día, acompañada de Lola. Se sentía deprimida y agotada. La noche anterior había vuelto a pasarla casi en blanco y había tenido que abusar del maquillaje para disimular las ojeras.

Al llegar a la calle se despidió de su amiga y enfiló la acera para buscar el coche, aparcado a la vuelta de la esquina. Notó un cosquilleo como si alguien la observara de lejos y alzó la vista. El corazón se le aceleró y temió estar soñando: Leo le sonreía desde la acera de enfrente, y le salía al encuentro con paso apresurado. Reaccionó y, cruzando la calle, avanzó hacia él. No hubo palabras, se fundieron en un abrazo en medio de la acera, sin que importara quién pudiera verlos. Al notar los brazos de él rodeándola, sintió que todo su dolor y su infelicidad se desvanecían, que estaba en casa. Que aquellos brazos lo eran todo para ella.

Permanecieron así mucho rato, sin hablar, dejando que sus cuerpos lo dijeran todo; ajenos al bullicio de la avenida, de la gente que pasaba a su alrededor y que les lanzaban alguna que otra expresión jocosa. Al fin se separaron, pero permanecieron con las manos cogidas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó perdiéndose en sus ojos.

—Mar me llamó para decirme que no eras feliz... y aquí estoy.

—¿Mar?

—Sí; está muy preocupada por ti.

—Y tú has venido.

—Por supuesto. En cuanto he podido gestionar que me dieran un par de días libres en el trabajo. Silvia, te quiero, y si te dejé ir en Almería fue porque tú deseabas salvar tu matrimonio. Pero si no lo has conseguido, voy a luchar por ti. Por nosotros.

—No lo he conseguido. De hecho, es un desastre.

—Vamos a un sitio más privado y me cuentas... ¿te parece?

Asintió.

—Tengo reservadas dos noches de hotel. ¿Quieres que vayamos allí o prefieres un bar o una cafetería?

—En tu hotel estaremos más tranquilos.

—Vamos entonces. Tengo el coche aquí cerca.

—El mío está aparcado a la vuelta de la esquina. Te sigo.

Temblando, se separó de Leo y buscó su vehículo. Subió al mismo y antes de arrancar envió un mensaje a Alfonso.

«No iré a comer». Y desconectó el teléfono. No quería interferencias, llamadas o mensajes que la distrajeran de la presencia de Leo aquella tarde. Y mucho menos reproches o recriminaciones.

Condujo detrás de su coche hasta un hotel situado en la periferia, moderno y acogedor. Uno al lado del otro, subieron a la segunda planta hasta una habitación que Leo abrió con la correspondiente tarjeta. Era una estancia amplia y luminosa, y cuando la puerta se cerró tras ellos volvieron a abrazarse. Las bocas se buscaron con avidez. Y Silvia dejó de luchar, se abandonó a sus sentimientos y al amor que aquel hombre le inspiraba.

Se besaron con la pasión y el deseo que llevaban conteniendo mucho tiempo, sin que importara nada más que ellos en aquel momento.

Sin palabras, las manos de Leo deslizaron los tirantes del vestido por los brazos y Silvia comenzó a desabrochar los botones de su camisa, dejando al descubierto un torso bronceado. Los dedos al fin tocaron y acariciaron la piel del otro, esa piel que había dejado de estar prohibida.

Tal como había hecho en el escenario, él se inclinó para tomarla en brazos y llevarla hasta la cama, donde se dejaron caer sin siquiera quitar la colcha, enredados los cuerpos, ávidas las bocas, consumidos por una pasión largo tiempo contenida.

—Pienso jugar muy sucio —le advirtió Leo mientras terminaban de desnudarse—. Cuando salgas de esta cama quiero que te sientas mía y de nadie más.

—Hace mucho que me siento tuya y de nadie más. Fui una estúpida al pensar que podía ser de otra manera.

Se contemplaron desnudos por primera vez. Los ojos de Leo brillaban al mirar su cuerpo, pleno y maduro, marcado por la maternidad, y supo que le gustaba, que la deseaba.

—Eres preciosa —susurró alargando los brazos y acariciándole los pechos con reverencia.

—No soy ninguna jovencita...

—¿Y quién quiere una jovencita? Eres una mujer, con cuerpo de mujer. Y eres maravillosa. ¿Te he dicho ya que te quiero?

—Sí, pero no me importaría volver a escucharlo.

—Creo que mejor te lo demuestro.

Se tendió sobre ella y volvió a besarla. Con besos ávidos, dulces, apasionados. La besó de todas las formas posibles, recorriendo con sus labios cada rincón de su cuerpo. Saboreándola, a veces, como si tuvieran todo el tiempo del mundo; con urgencia imposible de contener, otras.

Tampoco ella se mostró tímida. Había deseado tanto aquel momento que pensaba aprovecharlo al máximo. Aunque no sería el último, sino el primero de muchos, porque si había tenido dudas ya no las tenía. Quería pasar con Leo el resto de su vida. Quería sentir bajo sus dedos aquella piel morena y cálida, que se erizaba con su contacto. Con sus besos.

Después de explorarse uno al otro con las manos y la boca, al fin Leo se puso un preservativo y se sumergió en ella, despacio, mirándola a los ojos para no perderse ni una sola de las emociones que provocaba.

Lo recibió con un largo gemido de placer y se aferró a su espalda, mientras ambos se movían al unísono como si fueran viejos amantes y no la primera vez que hacían el amor. Como si supieran de antemano qué deseaba el otro. Como si fueran uno solo, fundidos sus cuerpos y sus mentes.

Silvia sintió como las sensaciones se arremolinaban en su vientre en un torbellino de pasión, hasta estallar en un orgasmo intenso que hizo aflorar una enorme sonrisa a su boca. Leo se dejó ir a continuación.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —le susurró acariciando la mejilla masculina con la palma

de la mano.

El respondió con un brillo intenso en los ojos.

—No, pero, aunque pueda sonar arrogante, ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Desde que te cogí en brazos por primera vez y te sentí temblar contra mi cuerpo. Pero he esperado a que tú lo supieras también.

—No tengo ninguna duda. Te quiero con toda mi alma.

—¿Y quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

—Sí.

—Eso es lo que deseaba escuchar.

Se inclinó y la besó de nuevo, con un beso tierno, suave y cargado de emoción. Después se separó de ella y se tendió a su lado. Silvia apoyó la cabeza en su hombro y le acarició el pecho ligeramente cubierto de vello.

—No será fácil. Tú vives en Almería y yo en Huelva.

—Las cosas que de verdad valen la pena nunca lo son. Pero encontraremos el modo.

—Estoy segura de ello.

—Ya lo pensaremos... Ahora lo importante es que estamos aquí, juntos. Y aún tenemos mucha tarde por delante. Porque imagino que no te quedarás a dormir... —Había una propuesta implícita en sus palabras, pero también comprensión. Una vez más le daba a ella la facultad de elegir.

—No, Leo. Tengo algo que solucionar en casa, y cuanto antes lo haga, mejor. Mañana volveré y me quedaré toda la noche, pero cuando ya haya hablado con Alfonso y le diga que voy a dejarle. Quiero hacer las cosas bien.

—De acuerdo. Pero que sepas que si no vuelves voy a ir a rescatarte de las fauces del león. Esta vez no me voy a quedar de brazos cruzados, no pienso perderte de nuevo.

—No será necesario. Y ahora, ¿qué te parece si comemos algo? No he almorzado y me muero de hambre.

—Yo también. ¿Pedimos al servicio de habitaciones o bajamos a buscar algún sitio donde nos den algo? Aunque es tarde para un almuerzo y temprano para la cena.

—Mejor el servicio de habitaciones. No tengo ganas de compartirte con nadie.

—Yo tampoco.

Pasaban las diez de la noche cuando Silvia entró en su casa. No había pretendido demorarse tanto, pero les había sido muy difícil separarse. Habían hecho el amor dos veces más, insaciables, hambrientos uno del otro, y habían vuelto a pedir al servicio de habitaciones unos sándwiches antes de despedirse con un beso largo y ardiente, que le infundió ánimos para lo que

tenía que hacer.

Sabía que Alfonso estaría enfadado, pero le daba igual. También iba a enfadarse cuando escuchara lo que iba a decirle.

—¡Ya era hora! —bramó él desde el salón, sin siquiera darle la oportunidad de entrar—. Te he llamado al móvil para saber si venías a cenar y lo tenías apagado o falto de cobertura. ¿Dónde estabas?

—Por ahí —respondió con calma, sentándose en una de las sillas y marcando distancia—. Yo ya he cenado.

—Y por lo que parece no me vas a preparar nada... ¡Podías haber avisado antes para que pidiera algo!

—A partir de ahora no voy a avisarte de nada. Te vas a tener que buscar la vida solo, Alfonso.

—¿Qué demonios tratas de decirme?

—Que se acabó —anunció con firmeza—. No aguanto más esta situación y quiero el divorcio.

—¿El divorcio? —Por fin apartó los ojos de la pantalla y la miró lleno de incredulidad—. Ya comprendo, es una especie de amenaza para que me vaya contigo de viaje y para que colabore en la casa.

—No es una amenaza y ya no quiero que vengas conmigo de viaje. Se acabó.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Muy en serio. A partir de este momento no me siento tu mujer, ni te debo explicaciones de mi vida, y por supuesto, estoy exenta de servirte.

—¡Joder, ¿estás loca?! ¿Qué mierda te han metido en la cabeza en Almería para que quieras tirar por la borda casi veinte años de convivencia?

—Nadie me ha metido nada en la cabeza; Almería ha servido para darme cuenta de que la vida que tenía contigo no me gusta. He vuelto y he intentado cambiarlo, pero no me lo has permitido. Las cosas solo han empeorado con discusiones constantes. No estoy dispuesta a seguir así.

—O sea, que si limpio y cocino no nos separamos. Eso es chantaje.

—No lo has entendido o no lo quieres entender. No es solo eso. Es que no me siento una mujer contigo, no me siento tu pareja, solo una criada sin sueldo. Y aunque cocines y limpies, ya no servirá de nada, porque yo necesito mucho más y ahora sé que nunca me lo darás. Quiero el divorcio y tienes dos opciones: lo hacemos de buen rollo y llegamos a un acuerdo satisfactorio para los dos, o yo presento una demanda y nos peleamos en los tribunales. Tú decides.

—¿En serio me estás diciendo esto?

—Completamente.

—No te estás tirando un farol para llevarme a donde tú quieres.

—No.

—Tengo que pensarlo. No esperaba algo así.

—Por supuesto. Pero de ahora en adelante dejo de considerarte mi marido y, por supuesto, mi obligación. Te las apañas para las comidas, la ropa y demás. Yo dormiré en el cuarto de Mar.

—¿Y qué vas a hacer cuando ella vuelva?

—Me iré de vacaciones en agosto, aún no sé dónde, y a la vuelta espero haber encontrado ya algún sitio donde vivir. Me iré yo de casa; es lo justo puesto que soy yo quien desea el divorcio.

—¡Joder! No me lo puedo creer...

—Estoy cansada, me voy a la cama.

—Silvia... no puedes...

—Buenas noches, Alfonso.

Entró en el cuarto de su hija sintiéndose liberada. Liberada y libre, como si le hubieran quitado de encima una pesada losa. Mientras se desvestía para meterse en la cama pensó que la temida pregunta de si había otro hombre no se había formulado. Alfonso había dejado de verla como mujer y ni siquiera había considerado la posibilidad de que hubiera vuelto a enamorarse. Y ella no pensaba decírselo si no preguntaba. Ya se enteraría.

Le puso un mensaje a Leo informándole de que la conversación había ido bien, y agotada física y emocionalmente se durmió, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Capítulo 25

Una nueva vida

*D*iarario 31 de julio

Mañana será el primer día de mi nueva vida. Saldré temprano para Almería, para pasar con Leo mi mes de vacaciones y hacer planes para el futuro. Me da lo mismo cuáles sean, lo único que tengo claro es que quiero que sea con él.

Tras pasar juntos dos días en Huelva, cuando vino a verme, regresó a su casa, pues solo tenía dos días libres, que fueron maravillosos. Toda mi tristeza y ansiedad se evaporaron y tuve más claro que nunca el error que había cometido al tratar de ignorar lo profundo de nuestros sentimientos.

Durante dos semanas yo me he dedicado a preparar mi divorcio de Alfonso. Este ha intentado por todos los medios posibles convencerme para que recapacite, pero mi decisión está tomada y nada va a hacerme dar marcha atrás. Ha limpiado, ha cocinado —algo incomedible— e incluso se ha ofrecido a acompañarme al viaje que le había solicitado. Lo ha hecho de mala gana, lo sé, y remarcando lo mucho que está dispuesto a sacrificarse por mí, por recuperarme. No se da cuenta de que es demasiado tarde, de que ya nada de lo que haga puede retenerme a su lado.

He tratado de ofrecerle un buen acuerdo, yo me iré de casa puesto que gano más que él, y le cedo el piso en uso y disfrute con la condición de que lo pongamos a nombre de Mar. Ambos correremos con los gastos de sus estudios al cincuenta por ciento hasta que se independice. Y, puesto que es mayor de edad, poco más hay que acordar, ni régimen de visitas ni ningún otro asunto.

Ha prometido que lo pensaría, pero creo que poco tiene que pensar, porque si llegamos a los tribunales —y estoy dispuesta a hacerlo si me niega el divorcio—, un juez estipularía vender el piso y repartir el dinero, con lo que saldría perjudicado económicamente. No quiero eso, solo cerrar una etapa de mi vida para abrir otra, de la forma más pacífica posible.

Leonor también ha intentado convencerme de que le diera otra oportunidad a su hijo, ha venido a verme varias veces con esa intención. Incluso me ha preguntado si había otro hombre, y

le he dicho la verdad. No voy a esconder a Leo y lo que siento por él. Alfonso no me ha hecho ningún comentario al respecto, como si se negara a aceptar que puedo volver a enamorarme, que sigo siendo joven y estando viva. Que otro me ofrece lo que él no.

La única feliz por mi decisión es mi hija, que me apoya al doscientos por cien. Me ha prometido cuidar de su padre, en la medida de sus posibilidades, pero coincide conmigo en que este es un adulto y ya es hora de que madure y aprenda a ocuparse de sí mismo. Y Lola, que me ha ofrecido su casa, a la vuelta de las vacaciones, mientras encuentro otro sitio donde vivir. Pero no sé si me quiero quedar en Huelva; no me importaría cambiar de ciudad, empezar de cero en otro lugar. He hablado con Fermín y he solicitado algún traslado a Almería o sus alrededores; ya veré a la vuelta de las vacaciones qué puede ofrecerme.

Por lo pronto estoy muy feliz de irme con Leo a su casa, a convivir las veinticuatro horas del día durante todo un mes. A prepararle croquetas y a que él me haga tortitas, a escucharle tocar el piano y a dormir en sus brazos cada noche. A hacer el amor con la pasión que nos caracteriza.

Haré el camino llena de ilusión, de deseo y de amor. Algo muy diferente a la primera vez que lo recorrí.

Leo aguardaba la llegada de Silvia con impaciencia. Su habitual calma brillaba por su ausencia aquella tarde. No podía apartarse de la terraza esperando ver su coche enfilarse por la avenida. Había estacionado el suyo en la calle, aprovechando uno de los escasos huecos, para cederle a ella su plaza en el garaje del edificio y que no tuviera que molestarse en buscar dónde aparcar, después de cuatro largas horas de autovía.

También había preparado una cena especial, deliciosa y a la altura del momento que estaban viviendo. Aún le parecía un sueño que ella se encontrara tramitando el divorcio y deseara un futuro con él. Que estuviera a punto de llegar para compartir juntos las vacaciones. Iba a dejarse la piel para hacerla feliz, para que nunca se arrepintiera del paso que estaba dando.

Habían hablado por teléfono la noche anterior, despidiéndose con un ilusionado «hasta mañana». Pero apenas había podido dormir, temeroso de que algo se interpusiera, de que retrasara o impidiera la posibilidad de estar juntos.

Por fin, acodado en la barandilla de la terraza, vio su coche acercarse al portal y detenerse en doble fila. La llamó por teléfono.

—No busques aparcamiento, bajo a abrirte el garaje.

—¿El garaje para mí? —preguntó intrigada.

—No quiero correr el riesgo de que no puedas aparcar el coche y tengas que volverte —bromeó.

—De acuerdo —respondió ella—. Aunque dormiría en él antes que regresar.

Bajó rápido, impaciente por verla, abrió la puerta metálica y subió al vehículo, para indicarle

la plaza. Una vez estacionados, se giró y, agarrándole la cara con ambas manos, buscó su boca.

—¡Estás aquí! —susurró sobre sus labios entre beso y beso, incapaz de conformarse solo con uno. Ardientes, ansiosos y apasionados.

—Pues claro que estoy aquí. Es lo que acordamos anoche, ¿no?

—Sí, pero... tenía miedo de que te arrepintieras. O de que surgiera algo que te retrasara.

—No voy a arrepentirme, Leo. Si tomo una decisión no suelo volverme atrás. Ya te darás cuenta de ello cuando me conozcas mejor.

—Es lo que más deseo en el mundo, conocerte mejor. Y que tú me conozcas a mí. Solo espero que después de este mes no desees mandarme al diablo porque no me soportes.

—Dudo mucho que eso suceda.

—No soy perfecto.

—Ni yo. Y uno de mis defectos es que conducir me cansa mucho y estoy deseando salir del coche y estirar las piernas.

—Vamos entonces.

Agarrados por la cintura se dirigieron al ascensor, mientras Leo arrastraba la pesada maleta.

Silvia se emocionó al entrar de nuevo en el piso, deliciosamente fresco en aquella calurosa tarde de agosto. Recordaba la última vez que había estado allí, a Leo tocando el piano para ella. El beso frustrado y la confesión que siguió. Ahora nada les impediría besarse, ni amarse, con todas las consecuencias.

Se giró hacia él y le echó los brazos al cuello. Sintió los de él que la rodeaban y la acercaban a su cuerpo con urgencia. Supo en ese abrazo impaciente el miedo que él había tenido de que no acudiera, de perderla de nuevo. Los dos tenían miedo, y los dos debían esforzarse para calmar los temores el otro.

Lo besó con suavidad, para infundirle esa confianza que parecía faltarle, pero el beso pronto cambió volviéndose puro fuego después de dos semanas de separación. Los cuerpos se apretaron uno contra el otro, sintiendo que encajaban, que se complementaban. Y que se deseaban.

—Cariño —susurró ella cuando sus bocas se separaron—, mataría por una ducha.

—¿Mejor un baño que te alivie el cansancio del viaje? Compartido o a solas, como prefieras.

—¿Esperarías hasta que me bañara? Después de este beso tan ardiente...

—Esperaría lo que hiciera falta.

—Pero yo no —dijo con un guiño malicioso—. Me apunto al baño compartido, si en tu bañera cabemos los dos.

—Nos las apañaremos. Ven, trae la maleta al dormitorio mientras yo lo preparo. ¿Sales aromáticas para la señora?

—¿Por qué no?

Mientras el agua caía en la bañera, de buen tamaño, se desnudaron entre besos. Leo colocaba las prendas sobre una banqueta, para que no cayesen al suelo, y cuando estuvieron desnudos entraron al agua. Él se situó a su espalda, con las piernas a ambos lados de sus caderas, y apartó

el pelo para depositar en el cuello y la nuca pequeños besos, mientras las manos se deslizaban hacia delante apesándole los pechos.

—Leo... —gimió.

—Lo siento... Si querías un baño relajante deberías haber optado por la otra opción.

—¿Quién quiere un baño relajante pudiendo tener quien te enjabone?

Él captó la indirecta. Pasó las manos por la pastilla de jabón aromático y comenzó a deslizarlas por todo su cuerpo. Con suavidad. Con adoración. Los labios seguían en el cuello, dejando un reguero de sensaciones. Los dedos bajaron por el vientre despacio, buscando su sexo. Silvia se movió para dejarle espacio y sintió la erección de Leo aumentar contra su trasero. Le dejó acariciarla en lo más íntimo, que los dedos juguetones la llevaran casi al límite. Solo casi. Cuando estuvo cerca del punto de no retorno se levantó y se sentó a horcajadas sobre él, dejándose caer.

—No tengo un preservativo a mano —advirtió él gimiendo al abrirse paso en su interior.

—No es necesario, hace años que tengo puesto un DIU. Lo único que tenemos que hacer es un poco de malabarismo en esta bañera.

—Nos las apañaremos —volvió a repetir él alzando las caderas para salirle al encuentro.

Se amaron en el agua, mirándose a los ojos y viendo en ellos el placer que tensaba sus cuerpos. Sintiendo que todo lo que habían pasado hasta llegar a aquel momento había valido la pena.

Cuando todo acabó, Silvia se desplomó contra el cuerpo tembloroso de Leo, que la acunó contra su pecho, rodeándola con los brazos. En silencio. No hacían falta las palabras.

Permanecieron así mucho rato, hasta que el agua se enfrió demasiado. Entonces se enjabonaron uno al otro y salieron de la bañera, dispuestos a disfrutar de una opípara cena y de un mes de vacaciones.

Silvia se estiró en la cama buscando a Leo. No lo halló y se preguntó dónde estaba. Aunque él solía despertarse antes, se quedaba acostado hasta que ella abandonaba también el sueño. A veces hacían el amor, y otras se limitaban a quedarse charlando y haciendo planes de futuro. Unos viables y otros descabellados.

Una cosa le había dejado clara y era que pensaba seguirla donde quiera que a ella la trasladasen. Que dejaría su casa y su trabajo, para empezar de cero en cualquier otro lugar. Que tenía ahorros para vivir un tiempo y dos manos para trabajar en lo que fuese. Jamás nadie había hecho algo semejante por ella, y lo adoró aún más.

Llevaba ya diez días en Almería y se le habían hecho muy cortos.

Se levantó dispuesta a buscarlo, porque la idea de estar sin él se le antojaba terrible.

—Leo... —llamó abriendo la puerta del dormitorio.

Una voz imperiosa la detuvo en seco.

—¡Vuelve a la cama! En seguida estoy contigo.

Se giró y se metió de nuevo entre las sábanas. Poco después él hizo su aparición en el umbral portando una bandeja con un servicio de café y una fuente de tortitas.

—¡Servicio de habitaciones!

—Desayuno en la cama... ¿Celebramos algo?

—Por supuesto. Que estás aquí. Y que te quiero.

—No hay nada que merezca más una celebración —afirmó dejándole sitio a su lado.

Las tortitas le habían salido mejor que nunca, o a ella cada día le sabían mejor. Porque cada día estaba más enamorada de aquel hombre que había vuelto a llenar su vida de luz y de amor.

Cuando hubieron dado cuenta del desayuno, Leo se levantó y depositó un sobre en la bandeja.

—¿Qué es esto?

Él se encogió de hombros con un fingido aire de inocencia.

—Un regalo.

—¿Para mí?

—Para los dos. ¡Ábrelo!

Con la mirada de Leo clavada en ella, extrajo dos entradas para un concierto.

—Siempre hablamos de asistir juntos a un concierto y nunca lo hicimos. Creo que es un buen momento, ¿no te parece?

—Claro que me parece. Es un regalo estupendo... —Miró la fecha, y parpadeó asombrada—. Pero, Leo, es para dentro de una semana... ¡en Viena!

—Me temo que sí, que tendremos que desplazarnos hasta allí —murmuró risueño—. Espero que no te cause demasiados problemas.

Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó otro sobre, que le tendió.

—Los billetes de avión y la reserva de hotel para cinco noches. Sé que habíamos hablado de coger el coche y hacer un pequeño recorrido por la costa, pero nuestro primer viaje tiene que ser algo grande, ¿no crees?

—Viajar contigo siempre será algo grande, sea donde sea. Pero Viena... es una de las ciudades que siempre he querido visitar.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? No recuerdo habértelo dicho.

—Un pajarito...

—No sé si me gusta que mi hija y tú conspiréis a mis espaldas.

—Tendrás que acostumbrarte, porque a mí me encanta hacerlo. Y a ella también.

Apartó la bandeja y le echó los brazos al cuello.

—Gracias, Leo. Mil gracias.

—¿Por llevarte a Viena?

—No; por todo.

Se besaron y por un rato se olvidaron del viaje, del concierto y de cualquier cosa que no fuera ellos y el amor que sentían uno por el otro.

Epílogo

Dos años después

Diario 10 de agosto

Leo y yo llevamos ya dos años juntos y soy muy feliz. Sé que él también lo es, porque sigue mirándome con el amor desbordando sus ojos oscuros y yo sigo derritiéndome cuando lo hace.

Vivimos en Motril, fue el lugar más cercano a Almería que pude encontrar a la hora de pedir un traslado. Porque, además, los dos queríamos estar cerca del mar y nos hubiera costado mucho vivir tierra adentro.

Él alquiló su piso y dejó el trabajo, dispuesto a seguirme dondequiera que yo fuese, pero no le llevó más que un par de meses encontrar un puesto en una clínica dental. Su perfil está muy solicitado. Yo trabajo en una pequeña sucursal muy tranquila en invierno, aunque en verano puede llegar a ser una locura con el pueblo lleno de foráneos. Pero no me importa, no me asusta atender al público ni realizar el resto de las tareas bajo presión durante un par de meses. Lo he hecho toda mi vida.

Una vez a la semana recorreremos los poco más de cien kilómetros que hay hasta Almería para asistir al grupo de teatro, del que no queremos desvincularnos, al menos de momento. Es un agradable paseo para representar, esta vez, una comedia de enredo. Será la última para nosotros durante una temporada porque estoy embarazada de mi segundo hijo, un niño esta vez. A diferencia de Mar, no se trata de un accidente, sino de un bebé buscado y deseado por los dos. O por los tres, porque la más ilusionada con su llegada es mi hija, deseosa de ejercer de hermana mayor. Ya nos ha anunciado que no debemos renunciar a hacer algún viaje, puesto que ella se ocuparía del pequeño en las vacaciones de la facultad.

Viene a vernos con frecuencia y se lleva genial con Leo, con quien discute de forma amigable en cuestión de gustos musicales. Le encanta picarlo diciéndole que es un abuelo en cuestión de música, pero le encanta escucharlo cuando toca el piano. Como a mí.

Sé que la llegada de este niño no supondrá para mí renunciar al sueño, a las salidas ni a mi vida como la primera vez, porque Leo compartirá cada tarea conmigo, de la misma forma que

comparte las de casa. Lo bueno y lo malo, el trabajo y el descanso, el placer y esta nueva realidad que nos llena de ilusión.

Hemos pasado dos años disfrutando de la vida, y uno del otro: viajes, conciertos, cine e incluso alguna locura, pero ahora ha llegado el momento de sentar la cabeza y ampliar la familia.

Silvia llegó a casa después de salir del banco. La recibió un delicioso olor a comida procedente de la cocina, lo que indicaba que Leo había llegado antes que ella y se estaba ocupando del almuerzo. Eso sucedía si el último paciente no acudía a la cita. Se alegró porque estaba hambrienta, además de cansada y muerta de sueño. El embarazo la tenía sumida en una casi perpetua modorra, y el calor, a pesar de encontrarse en la costa, agotada la mayor parte del tiempo.

—¿Cómo está hoy mi bella durmiente? —le preguntó él saliendo a su encuentro y dándole el habitual beso de bienvenida.

—Cansada, para variar. Y hambrienta.

—Pues la comida estará lista en unos minutos, y después la cama te espera para una siesta.

—Te advierto que estoy muerta de sueño. Solo por si tienes otros planes más activos...

—No tengo más planes que los de tenderme a tu lado. El resto lo decides tú: cómo, cuándo y dónde.

—Primero dormimos y luego ya vemos, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

Se sentaron a la mesa. Leo era un excelente cocinero, no solo las tortitas se le daban bien. El pollo al horno que acababa de servir estaba delicioso, y la guarnición de verduras también. Se había vuelto totalmente solidario con su embarazo y había eliminado de su dieta todo lo que ella no pudiera comer. Solían bromear sobre que cuando naciera Martín —habían decidido ponerle al niño el nombre del personaje que los había unido— se darían un atracón de jamón y queso, acompañado de un buen vino.

Por mucho que Silvia insistía en que él no debía guardar ninguna dieta alimenticia, ciertos productos no entraban en su lista de la compra.

—Ha llamado Mar —le informó—. Viene el fin de semana.

—¿Otra vez? —preguntó Leo risueño—. Seguro que quiere que le dejemos el coche para alguna excursión.

—¿Te molesta que venga tan a menudo? —preguntó temerosa de que su hija se excediera en la frecuencia de sus visitas.

—Me encanta que lo haga, que considere esta también su casa. Porque lo es.

—Creo que en esta ocasión no viene sola. Me ha preguntado si tenemos inconvenientes en acoger a alguien más.

—¿Por fin va a presentarnos al misterioso Dani? ¿Ese del que se supone que no tenemos noticias, pero con el que se pasa todo el tiempo al teléfono?

—Es posible. Aunque tal vez se trate de una amiga.

—Sea quien sea, será bienvenido en casa. Aunque yo, si es él... —advirtió con el ceño fruncido—, creo que voy a afilar el cuchillo de jamón en su presencia, aunque no tengamos jamón en casa por tu embarazo, para que sepa lo que le espera si nos trata mal a la niña.

—¿Tú vas a hacer eso? —rio, tratando de imaginar al tranquilo Leo en actitud amenazante—. ¡Pero si eres lo más pacífico del mundo!

—No cuando se trata de mi familia. Por vosotros mataría, y Mar forma parte de ese vosotros.

—Lo sé. Y ella te considera su padre tanto como a Alfonso.

Habían terminado de almorzar y los ojos de Silvia se cerraban como si tuvieran voluntad propia.

—Vete a la cama —sugirió Leo—. Me reuniré contigo cuando termine de recoger.

—Te ayudo.

—¡A la cama! —exclamó con fingida severidad—. Si no quieres provocar a Leo el terrible, obedece, mujer.

Muerta de risa, se dirigió a la habitación.

Cuando poco después Leo se reunió con ella, dormía a pierna suelta. Se acostó a su lado cuidando los movimientos para no despertarla, aunque dudaba de que eso pudiera suceder. El embarazo la había convertido en una autentica bella durmiente, y se necesitaría un tsunami para sacarla del sueño.

La rodeó con los brazos y ella, al percibir su presencia, se acomodó en la postura que solía adoptar para dormir: enroscada a su costado y con una pierna sobre las de él.

La contempló abstraído, consciente de que no existía una felicidad mayor que la que sentía en aquel momento, con su mujer y su hijo durmiendo en sus brazos. Pronto el vientre de Silvia impediría esa postura, pero encontrarían otra. Siempre encontrarían la forma de salir adelante de las dificultades, porque habían nacido uno para el otro. Eran dos mitades de un todo. La besó en el pelo dando gracias a la *Dama del alba*, la obra de teatro que había hecho que se encontraran entre bambalinas, porque eso había cambiado la vida de ambos, llenándola de felicidad.

Nota de autora

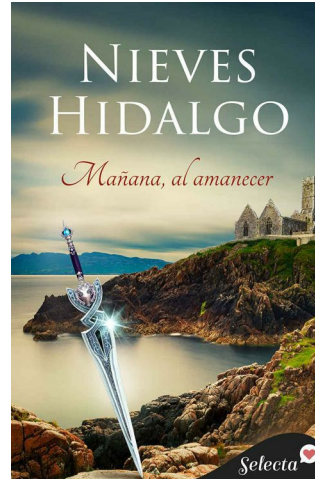
Quienes me conocéis sabéis que me gusta enfocar las historias de amor desde diferentes situaciones. Esta vez les ha tocado a esas mujeres que viven una situación de infelicidad, sin saberlo; que sufren un tipo de abuso que no está considerado como tal por la sociedad. A esas esclavas de la familia, a las que nadie agradece su esfuerzo ni su dedicación. A esas que se olvidan de sí mismas para dedicarse a los demás, y ni siquiera son conscientes del (mal)trato que reciben. Esta novela es mi homenaje a ellas.

Si te ha gustado

Secretos entre bambalinas

puedes disfrutar de estas





XXXXXXXXXXXXX



XXXXXXXXXXXXX

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.

Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.

Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.

En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

- Miscelánea
- La Serpiente peluda
- Luces y sombras
- Arcoíris
- La chica que se subía a los árboles
- Ella, él ... y el danés
- Sin derecho a roce
- Cuando sube la marea

Serie amigos:

- ¿Solo amigos?
- Más que amigos
- Amigos y algo más
- Amigos, sin más
- Amigos y nada más
- ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:

- Dos copas y una noche
- Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

- Algún día te besaré. Digital
- Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

- Te robaré el corazón
- Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras “Ebrias de amor”:

- Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
- Limoncello para Lena y... adiós a su pena

Y otra más en la serie “Adonis tour”:

- Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

- El violinista en el balcón
- Nueve manzanas y media.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Ana Álvarez

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18995-83-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Secretos entre bambalinas

Capítulo 1. ¡Hasta el moño!

Capítulo 2. Harta de todo

Capítulo 3. Enfadada

Capítulo 4. Decidida

Capítulo 5. Liberada

Capítulo 6. Admitida

Capítulo 7. Disfrutando

Capítulo 8. Invitada

Capítulo 9. ¡Porque yo lo valgo!

Capítulo 10. ¡No, no, no!

Capítulo 11. Interpretando

Capítulo 12. ¡De chicas!

Capítulo 13. Ensayando

Capítulo 14. Una canción

Capítulo 15. Culpable

Capítulo 16. Amigas

Capítulo 17. Cenando

Capítulo 18. El último ensayo

Capítulo 19. La dama del alba

Capítulo 20. Despedida

Capítulo 21. De regreso

Capítulo 22. Decepcionada

Capítulo 23. Deprimida

Capítulo 24. Rescatada

Capítulo 25. Una nueva vida

Epílogo. Dos años después

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Álvarez

Créditos